

De Vez En Cuando

De la Intrincada Selva Amazónica
a Los Barrios de México...
La Formación de Un Misionero

Rick Johnson

De Vez en Cuando: From Time to Time
Derechos Reservados © 1996 por Rick Johnson

Primera Edición: Enero 1996
Segunda Edición: Agosto 2002
Versión en Español: Noviembre 2008

Publicado originalmente en inglés con el título:
De Vez en Cuando: From Time to Time

Traducción al español por:
José Luis Leyva
David Medina

Con La Colaboración de:
Sofía Jurado
Aída García
María Eugenia Magaña
Petra María Buscema
Oscar Escalada
Eunice Johnson

Publicado por
International Action Ministries
2610 Galveston Street
San Diego, CA 92110

ISBN 978-0-9818804-1-9

IMPRESO EN COLOMBIA



BUENA SEMILLA
Apartado 29724
Bogotá, Colombia

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá reproducirse de ninguna manera ni en ningún medio sin la autorización escrita de International Action Ministries.

Dedicatoria

Dedico este libro a mi esposa, Eunice, a nuestros padres, hermanos, hermanas y a mi especial amigo, colaborador y hermano en la fe, Jeff Huckabone.

También está dedicado a la maravillosa gente con quien he tenido la oportunidad de trabajar todos estos años y a los fieles y sacrificados compañeros que oran, nos animan, apoyan y hacen posible cada uno de los aspectos de este ministerio.

Muchas gracias por las más grandes bendiciones de mi vida — la fe, la esperanza y el amor.

Tabla de Contenido

Dedicatoria	3
Introducción	6
Prefacio	15
1 Mi Infancia En Una Iglesia Muerta	17
2 Jeff y Los Divertidos Paseos Con Los Ancianitos	25
3 Compañía de Servicios Profesionales de Jardinería de Rick y Jeff	31
4 Hacia Venezuela	39
5 La Llegada Al Amazonas	47
6 A La Selva	53
7 Reto A Las Perspectivas	63
8 Discrepancias	71
9 Enfermedades, Quebrantamiento y Depresión	77
10 Fe o Ficción	87
11 ¿De Regreso Al Amazonas?	95
12 ¡Paseo En Carrito de Equipaje A Unas Vacaciones En El Caribe!	101
13 Una Muy Ruda Bienvenida	107
14 Serpientes y Tarántulas, Hormigas y Cucarachas	111
15 Todavía Enfermo, Pero Libre	121
16 A La Manera de Dios	129
17 Si Alguno Quiere Ser Discípulo Mío...	135
18 La Muerte del Padre de Casper	141
19 Cristianos de Arroz y Misiones de Arroz	153
20 Una Comida de Acción de Gracias	159
21 Ayuda Constructiva de Los Grupos Visitantes	167

22	La Vida en el Barrio	175
23	Más Bienaventurado Es Dar Que Recibir	183
24	Eunie	189
25	La Perrera Como Habitación	199
26	El Discipulado y Una Nueva Iglesia	201
27	Una Pequeña Iglesia Envía Sus Primeros Misioneros	207
28	Oraciones, Prioridades y Pesos	213
29	El Mañana Puede No Llegar	217
30	Veneno	223
31	Los Diabólicos	231
32	Tienes Que Tener Más Fe	237
33	Reflexiones Del Amazonas	247
34	Ideas Erróneas	257
35	Las Piezas del Rompecabezas	267
	Acerca del Autor	274

Introducción

Una de las historias más convincentes de la Biblia es el testimonio del ciego que admite: “No sé mucho acerca de aquél que me sanó o cómo fue que lo hizo; pero de una cosa estoy seguro, antes era ciego y ahora veo.” Ninguna otra cosa es más convincente que el testimonio personal de alguien que ha sido cambiado por Dios.

De una manera franca y realista, Rick narra su odisea a través de las enfermedades, los peligros y los retos que implican el ser misionero. Este libro se maneja con humor y a la vez con mucha seriedad, y nos hace volver a considerar lo que como cristianos damos por sentado tradicionalmente. Debemos considerar una vez más los valores y supuestos que han determinado los métodos que utilizamos en la obra cristiana. Este libro lo transportará a una nueva perspectiva.

El relato de Rick nos lleva a conclusiones con las que estoy de acuerdo. Él y yo también compartimos la pasión por los que sufren y por los perdidos, y que puede ser también la pasión de usted. Su visión de ver a aquéllos que son el “ministerio” de hoy al ser equipados para ser los “ministros” de mañana, refleja mi propia visión de la obra con los Waodani (también conocidos como los “Aucas”), quienes mataron a mi padre con sus lanzas en las selvas ecuatorianas en 1956.

Este libro proporciona visión, inspiración y esperanza a las personas ordinarias que desean ser usadas por Dios.

Steve Saint
Misionero, Ecuador

Quienes nos hacemos llamar “discípulos de Cristo” necesitamos una sacudida *de vez en cuando*. Es muy, pero muy fácil medirnos a nosotros mismos por medio de lo que se considera la “cristiandad normal” que nos rodea y sentir que estamos bien. Lo que verdaderamente necesitamos es quitar nuestra mirada de lo general de la cristiandad, y echar un nuevo vistazo totalmente honesto hacia Jesús mismo, y a lo que Él nos ha llamado a hacer. El relato de Rick es una oportunidad para hacer precisamente eso. Su vida y relato son tanto una bendición como una molestia, ¡y es exactamente lo que necesitamos!

Rick formula las preguntas adecuadas acerca de la discrepancia entre las prioridades claramente bíblicas y las cosas que constituyen lo que buscamos en la vida. De manera humilde y sencilla admite que siempre nos quedamos cortos en nuestro actuar, ¡pero ello no es razón para ceder en nuestra búsqueda de Cristo!

Este libro no se trata de presentarles un reto a todos para que “participen en la obra misionera;” es algo mucho más fundamental que eso. Este libro tiene que ver con presentar nuestras vidas

a Dios para que las utilice, de la manera y en el lugar que Él considere conveniente, aquí y ahora. Igualmente plantea las preguntas difíciles del discipulado cuando la cosa se pone difícil. En el caso de Rick, esto lo llevó a la obra misionera. En el caso de usted, lo podría llevar a algo totalmente diferente. Sigamos el ejemplo de Rick en ofrecer nuestras vidas a Cristo y disfrutemos la aventura de hacernos participantes activos del plan de Dios.

Ron VanPeursem
Misión Nuevas Tribus, Comité Ejecutivo

A diferencia de la mayoría de la gente que ha conocido a Rick, yo sólo lo he conocido en unos de sus tiempos en la selva, aquí entre los indígenas Yanomamö, quienes por muchos años han avivado su pasión y han refinado su enfoque de ver el Reino de Dios establecido en todo el mundo.

Sus visitas a nuestra región siempre han sido realmente emocionantes tanto para los misioneros como para los indígenas; y mucho he apreciado su compromiso incondicional de darse a sí mismo a aquéllos a quienes sirve, compartiendo hasta los momentos más oscuros y difíciles de sus vidas y su batallar. Pero aun más, atesoro los momentos que hemos pasado juntos y lo que hemos compartido en cuanto a lo que significa en verdad pertenecer a Cristo, conocerlo y darlo a conocer.

Me da gusto que esos mismos conceptos que nos animaron y desafiaron en nuestro ambiente primitivo de aquí, estén ahora disponibles a una mayor audiencia, por medio de estas páginas. En ellos encontrarán un llamado a examinar su fe y su compromiso, y a dejar la comodidad de solamente dejarse llevar por la corriente en los ámbitos cristianos. Es un mensaje que se necesita con urgencia, y oro a Dios que lo use de manera poderosa e impactante. Gracias, Señor, por Rick y Eunice.

Marg Jank
Misionera entre los Yanomamös

Una de las razones de más peso para leer este libro es debido a lo que no es. No presenta un enfoque emocionante ni propone un plan espectacular para realizar la obra misionera. Más bien es un libro que de manera honesta busca atender algunas de las cuestiones fundamentales con respecto al crecimiento y la madurez en la vida cristiana.

De hecho, se dará cuenta que este libro le llevará a hacerse más preguntas de las que el libro puede responder.

En un comentario personal, la Escritura dice en Proverbios 18:24: *“Algunas amistades se rompen fácilmente, pero hay amigos más fieles que un hermano.”* Rick ha sido este tipo de amigo para conmigo durante los últimos 32 años, por lo cual

me siento en gran manera bendecido.

Ha sido un privilegio muy especial en muchas ocasiones el confesarle a la gente cuando me pregunta, que sí, yo soy “ese Jeff” que aparece en el libro de Rick.

Jeff Huckabone
Presidente de TEAM Manufacturing Inc.

Éste es un libro que, sobre todo, es honesto. Es una serie de aventuras cristianas salidas del corazón. Cómo es que tal jovencito pudo haber pasado por tantas cosas y seguir viviendo; ello desafía a todo razonamiento.

Al ser su pastor por muchos años, animé a Rick a que recibiera entrenamiento bíblico formal, pero él decidió no hacerlo. Tal vez ello lo habría distraído y habría evitado que aprendiera directamente del Supremo Maestro.

Si no desea que se le presente un desafío, por favor no lea este libro. Si desea un tónico para su alma, léalo y páselo a algún amigo.

Rick ha encontrado el secreto del corazón de Dios al amar y ayudar a los pobres y despreciados de este mundo. *“El que ayuda al necesitado, presta al Señor.”*

Dios le ha dado a Rick una maravillosa esposa, Eunice. Qué gran regalo de parte de Dios. Una

dama con el mismo corazón por Dios y Su pueblo.

Éste es un libro difícil de cerrar hasta terminar de leerlo.

Ray Hahn
Pastor Emérito
Iglesia Clairemont Emmanuel
San Diego, California

Rick narra en su libro las experiencias de hace 30 años en el Amazonas. Ahí conoció a mis padres y después a mí. La amistad de mi familia con Rick después de todos estos años sigue siendo una probadita de lo que será nuestro compañerismo en el cielo.

Rick siempre ha mostrado gran compasión y amor por la gente. Lo he observado con los Yanomamö, quienes de manera afectuosa lo llaman “Yanomamö Blushishiwä” (“Yanomamö blanco”); pude ver esta misma dedicación y compasión hace algunos años cuando lo visitamos y pudimos ver su obra en México.

Al leer el libro de Rick, se percibe una actitud optimista en su letra, y en su narrativa nos transporta no solamente a las alturas del servicio a Dios, sino que también comunica el dolor, desánimo y desesperanza que muchas veces experimentan – pero casi nunca cuentan – los misioneros.

Éste no es un libro que usted pueda leer y luego olvidar. Va a cuestionar su visión en cuanto a las misiones y los misioneros.

Mike Dawson
Misionero entre los Yanomamös

A diferencia de la mayoría de los cristianos que conozco, a Rick le gusta que sus enseñanzas sean sencillas. Cuando estoy cerca de él, pienso en la ocasión en la que los discípulos de Jesús le preguntaron por qué utilizaba parábolas para hablarle a la gente, y Jesús respondió: “...*A ustedes Dios les da a conocer los secretos de su reino; pero a los otros les hablo por medio de parábolas, para que por más que miren no vean, y por más que oigan no entiendan.*”

Rick puede ver y entender cosas que muchos otros misioneros que han venido a México a trabajar con gente desvalida no pueden ver ni entender. Rick respeta y trata a cada persona de la misma manera, sin importar su condición económica y social o su nivel educativo. La manera en que presenta el Evangelio a nuestra gente, no sólo es sencilla, atractiva y completa, sino que nos hace llegar su mensaje en nuestras propias palabras y desde nuestra perspectiva. Tiene el don de convertirse en uno de nosotros.

Así como es sencillo, es profundo. Cada una de sus experiencias relatadas en este libro está llena de profundas enseñanzas, pero presentadas de

una manera sencilla que sean disfrutadas por todos. Ustedes no van a querer perdérselas.

Oscar Escalada
CEO Federación de ACJ de la República
Mexicana, A.C.

Nota del Autor

Debido a las circunstancias políticas de un país sudamericano donde trabajamos, no se hace mención de los nombres de algunos individuos específicos ni de algunos lugares.

Prefacio

Reflexionamos y nos damos el tiempo para volver la vista atrás, *de vez en cuando*. Lo corto de la vida no nos permite detenernos con mucha frecuencia; sin embargo, *de vez en cuando*, todos nos ponemos a mirar al pasado para recordar, para meditar y para considerar. Al hacerlo, reflexionamos en rostros, experiencias, lugares y eventos que han formado y alterado nuestro ser, nuestros valores, nuestra perspectiva y nuestros propósitos en la vida.

El siguiente relato no es una reflexión acerca de los eventos, cambios o logros de ninguna persona, sino más bien es una serie de eventos que reflejan un proceso del avance del Espíritu de Dios, al ser estorbado por el pecado y muchas deficiencias.

Es una historia inconclusa que toca en aquellas cosas que reflejan la cristiandad real y verdadera en contraste con lo que se percibe como cristiandad real. Aunque de ninguna manera esta pequeña colección de reflexiones y eventos tiene la intención de ser la última palabra acerca de cualquier tema en lo específico, estos eventos son pedacitos de historia que han tenido una gran influencia en mis convicciones y percepciones.

La historia estaría mucho más completa de no ser por la naturaleza pecaminosa de mi vida, que desde el principio ha retrasado y estorbado lo mejor de llegar a la madurez. Aún ahora, día tras

día, esta misma naturaleza batalla contra el Espíritu de Dios, afectando aspectos de mi vida y trabajo. Debo ser el primero en admitir que el hombre realmente no aprende de sus errores, ya que aunque en incontables ocasiones caigo, vuelvo a caer nuevamente. Si hay algo bueno que pudiera extraerse de estas páginas, la gloria sea dada a Aquél que es el origen de todo bien, Jesucristo.

Esta colección de eventos, perspectivas y experiencias surgió de mis escritos, así como grabaciones en cintas de audio, registros de diario, notas, testimonios y otros recuentos que se han tomado con el paso de los años. Son de carácter personal y no tienen la intención de ser “autoridad” en la vida de otras personas.

Cada una de nuestras vidas es un rompecabezas que lentamente se va armando. Cada experiencia, persona y lugar está representado entre los literalmente millones de piezas que componen lo que cada uno de nosotros es. Estas piezas colectivas del rompecabezas de nuestra vida reflejan quiénes somos por medio de nuestras actitudes, convicciones, acciones y fe.

Rick Johnson

Mi Infancia En Una Iglesia Muerta

Nací en Carolina del Norte el 16 de julio de 1961; un año después cambiamos nuestra residencia a San Diego, California.

Mis padres procedían de hogares con fuertes valores cristianos. Le doy gracias a Dios por haber sido criado en el seno de una familia cristiana junto con una hermana menor muy especial. Nuestros padres nos amaban mucho.

Los domingos íbamos juntos a la iglesia. Crecí dentro de una iglesia. Los domingos, todo giraba en torno a la iglesia. Todos los domingos era siempre lo mismo: despertarse, vestirse, desayunar juntos en familia, y arreglarse para ir a la iglesia. Siempre era una pelea de último momento prepararnos y subirnos a la camioneta e irnos a la iglesia. Una eterna lucha con mamá y papá era parte de todo servicio dominical. Parecía que nunca había suficientes tarjetas de asistencia en la parte trasera de la banca en las cuáles pudiéramos hacer dibujitos o garabatos. Los sermones duraban una eternidad, y eran aburridos; como niños, no había manera de que nos estuviéramos sentados muy quietos. Ir a la iglesia era una verdadera tortura; era el último lugar en el cuál cualquier niño desearía pasar la mitad de su fin de semana.

Durante aquellos años previos a mi adolescencia, yo era el azote de mis padres y de mi pobre maestra voluntaria de la escuela dominical; de

hecho, ella no se sentía más emocionada que yo en cuanto a ir a la escuela dominical.

Al llegar a la iglesia, mi hermana y yo dejábamos de jalarnos el pelo el uno al otro y dejábamos de pelear, para dirigirnos, en paz, cada uno a su propia clase de la escuela dominical. Yo representaba el cincuenta por ciento de mi clase. Jasón era el otro cincuenta. Juntos soportábamos este ritual semanal. La parte más emocionante de ir a la escuela dominical era cuando terminaba, y nos obsequiaban una revista de caricaturas cristianas.

Después de la clase, procedíamos a arrancar las plantas sembradas en la iglesia y a tirarles pedazos de estas a los otros niños hasta que se iniciaba el culto o hasta que nos metíamos en algún problema con los adultos. Mis padres seguramente no esperaban que yo aprendiera algo del sermón. De hecho, no sé qué tanto de él siquiera tenía sentido para ellos. Hasta donde sabíamos, esto era todo lo que podíamos esperar, y si se suponía que eras cristiano, entonces debías ir a la iglesia. Aunque seguramente llegué a dibujar miles y miles de *monitos* y carros de carreras en el reverso de las tarjetas de asistencia, y dormía todo lo que podía durante la parte en que estábamos sentados en la reunión, algo de ese “Jesucristo” de alguna manera, se me quedó en la mente. Pronto aprendí que entender el sermón no era tan importante como el hecho de ir a la iglesia.

Simplemente ir a la iglesia era lo que importaba. ¡Ah! y no molestar a nadie más durante la reunión como lo hizo el Señor Bill cuando lanzó un tremendo grito una mañana durante el sermón. Tenía uno de esos radiecitos en su bolsillo con un audífono en el oído para escuchar el juego de béisbol; yo creo que por un momento se le olvidó que estaba en la iglesia.

A los once años de edad, me tocó ir a un campamento cristiano. El campamento era diferente a la iglesia. En el campamento nos divertíamos, y cuando nos predicaban, más o menos podíamos entender lo que querían de nosotros. Una noche, tal vez el Señor ya estaba harto de mis travesuras. Había estado peleando con otro muchacho del campamento, y al llegar la hora de la reunión de la noche, fui planeando, junto con algunos más, cómo jugarle otra pesada broma a este muchacho. Sin embargo, los planes se vinieron abajo cuando nos dimos cuenta que habría algo más que un simple predicador gritando y regañándonos. Tenían una de esas cosas que le llaman franelógrafos. Una viejita pasó al frente y comenzó a aventar tela por todos lados, y al mismo tiempo predicando a todo volumen. No me acuerdo cómo empezó, pero se trataba de algo acerca del cielo y el infierno.

En un lado del franelógrafo, tenía el mundo, que ella identificó como el lugar donde estábamos. Del otro lado, colocó un castillo muy bonito y dijo que representaba el cielo. Entre esas dos cosas, pegó una tela roja que se asemejaba a unas llamas

y nos dijo que era el infierno; mientras más tela roja le pegaba, más caliente se volvía. Y ya se imaginan el resto de la historia. Al final puso una cruz encima de las llamas y se pusieron a orar. Preguntó quiénes de nosotros queríamos ser salvos de esas llamas, y que lo demostráramos levantando la mano. La mía se levantó de inmediato. Con franelógrafo o sin el, no me gustó nada la manera cómo esta viejita había dicho que yo me iba a quemar.

Se pueden dar una idea del gran cambio que vino a mi vida en esa noche. Después de un tiempo especial de consejería y oración, quienes habíamos “aceptado al Señor” – así nos dijeron que se llamaba eso que hicimos – recibimos un diploma con fecha y firma, con el que se confirmaba nuestra “salvación.” Regresé a casa siendo un niño cambiado, hasta que se me acabó la inspiración del campamento. Entonces regresé a mi hábito de tirarles piedras a los demás niños de la iglesia, a pelear con mi hermana y a volver a ser como era antes. Más o menos un año después, la clase de la Escuela Dominical de mi hermana se había vuelto menos exitosa que mi clase de dos alumnos. Al quedar solamente una alumna en su clase, la maestra decidió renunciar y mis padres se vieron forzados a buscar otra iglesia que nos mantuviera a nosotros, los niños, alejados de problemas y lejos de que dejáramos de hacer lo más importante, es decir, ir a la iglesia. Yo no quería cambiar de iglesia. Aunque no me gustaba la iglesia a la que siempre habíamos asistido, no me sentía a gusto de ir a otra

donde no conocía a nadie.

Varias semanas después, habíamos seleccionado otra iglesia. A pesar de que sólo tenía doce años de edad, pude notar muchas diferencias entre la nueva iglesia y la iglesia de donde habíamos venido. En la iglesia anterior, el énfasis era estar callados y no correr en los pasillos, no andar jugando, y no ensuciarnos la ropa. El ministro siempre andaba vestido como si fuera Dios. Se ponía una bata muy curiosa y siempre hablaba en voz muy baja. Hasta se parecía a Dios cuando se sentaba en su sillota que parecía un trono o cuando predicaba detrás de esa cajota de madera. La gente grande le llamaba “púlpito” a esa cosa. Todo eso sonaba muy espiritual, así que nunca cuestionábamos por qué el pastor tenía que pararse detrás de eso para hablar acerca de Dios. Sólo se le veía los domingos, y siempre me daba una palmadita en la cabeza -como si yo fuera un perrito- cuando estábamos saliendo, al término de la reunión. Siempre era demasiado pequeño como para poder decir lo que toda la gente grande decía al pasar junto al ministro. “Qué bonito sermón predicó, Reverendo,” o tal vez “Ay, Reverendo, qué hermoso mensaje.” A mí lo que me daba gusto era salir de ese lugar para poder tirarle unas cuantas piedras a los niñitos. Estaba harto de la iglesia.

Esta otra iglesia me era completamente extraña. Me imagino que las reuniones de la gente grande eran más o menos iguales, excepto que parecía que la gente no se ponía tan molesta de que los

niños hiciéramos ruido durante el sermón y el predicador no se ponía ropa tan chistosa. Hasta me saludaba de mano en la puerta en lugar de darme una palmadita en la cabeza. Sin embargo, lo que más me impresionó fue que el grupo de jóvenes era considerablemente más grande que el de la otra iglesia. En lugar de ser solamente dos de nosotros en la escuela dominical, esta nueva iglesia tenía cientos de jóvenes que asistían. En lugar de escuchar una aburrida historia en idioma arcaico que ni siquiera la maestra de la escuela dominical podía leer con facilidad, acá utilizaban una Biblia que estaba escrita en el lenguaje normal de la gente y el ministro de jóvenes se oía como muy emocionado acerca de la Biblia. Hasta cantábamos canciones que me gustaba cantar. Algunos tipos tocaban guitarras y pianos en lugar de la música de órgano de una “casa de terror” que teníamos en la otra iglesia. Nunca antes había visto esto. No pensé que alguien pudiera en verdad emocionarse con la iglesia.

El miércoles había aun más emoción. Asistían más de 400 jóvenes para escuchar hablar al pastor de jóvenes. Muchos de ellos venían en bicicletas y patinetas a la iglesia y nadie les gritaba por tenerlas dentro. Todos andaban de tenis, *jeans* o pantalones cortos. Iban hasta en traje de baño, y el pastor de jóvenes se vestía también como persona normal. Se mostraba emocionado con la Biblia y no se escondía detrás de la caja o púlpito para hablar. Se sentaba en un viejo banquillo, rodeado de todos nosotros, los

muchachos, que estábamos sentados en el piso. Incluso nos podíamos recostar y nadie se molestaba.

Ya había escuchado algunas de las historias bíblicas que él estaba contando, pero él las contaba como algo que realmente había sucedido, no como algo sacado de algún viejo y polvoriento libro. El nombre de este pastor no era Reverendo o Ministro; todo mundo lo llamaba simplemente por su nombre, Von. No pude comprender todas estas cosas nuevas, pero por primera vez esperaba con interés el ir a la iglesia y me gustaba escuchar las historias bíblicas. Von era un poco raro. Se le podía visitar durante la semana. Siempre estaba haciendo algo junto con los muchachos. Su día libre era el jueves, pero realmente no parecía como un día libre. Los jueves él se iba temprano a México y no regresaba hasta tarde. Tenía un ministerio “adicional” allá.

Cuando yo casi estaba para cumplir los trece años, sucedió algo que nunca olvidaré. Fue un miércoles por la noche. Después de que Von terminó su estudio bíblico, se me acercó y me preguntó: “Oye, ¿por qué no vas conmigo a México en alguna ocasión? Voy a ir mañana.” A la edad de doce años, podía ser lo suficientemente listo como para recordar que los jueves eran días de ir a la escuela y que esto se podría presentar como una gran oportunidad para salirme de la escuela, andar de vago todo el día, comer tacos, ver la loca manera de conducir en México y jugar con los huérfanos que Von

visitaba cada semana. Esperé con ansia a que mi querida mamá me recogiera después de la reunión. Nunca olvidaré el momento en que se estacionó.

“Mamá, no lo vas a creer. Von me preguntó si acaso pudiera ir a ayudarlo a trabajar en México mañana. Necesita mucho que lo ayude, y no quiero quedarle mal.”

Mi mamá se sintió abrumada de que yo estuviera tan ansioso de participar en algo más en la iglesia, o tal vez se sintió mal de que Von estuviera necesitando ayuda tan desesperadamente como para tener que pedirme que yo fuera con él. De cualquier manera, se las ingenió para que yo pudiera faltar a la escuela y me fui. Se me quitó la cara de “seriecito” tan pronto me dejó en la iglesia para reunirme con el equipo de trabajo para México. ¡Estaba listo, listo para jugar, andar de vago y hacer todo un relajo!

Jeff y Los Divertidos Paseos Con Los Ancianitos

Era poco después de mediodía cuando me cansé de estar jugando y entré al orfanato para ver qué estaba haciendo Von. Me impresioné. Aquí estaba el tipo que tomó el lugar del reverendo, el tipo que no nos imaginábamos que podría ensuciarse o trabajar de verdad, ¿mi pastor? ¡Allí estaba de rodillas en un charco lavándoles los pies a los niños! Aunque la totalidad del impacto no me afectó en ese momento, ya estaba hecho. Aquí, todas esas historias bíblicas, todas las cosas que había escuchado acerca de que Jesús era bueno y ayudaba a los demás, alguien las estaba haciendo de verdad, realmente viviendo las palabras de la Biblia, no solamente predicándolas. Eso era algo que ni siquiera había escuchado antes.

Estas primeras experiencias eran bíblicas, por decir lo menos, y eran parte de lo que constituiría un fundamento sin hipocresía para mí, el ver la Palabra como algo aplicable en el mundo real, no solamente algo que debía escucharse dentro de la iglesia.

Al seguir madurando, pude participar en otras actividades organizadas por el grupo de jóvenes. Los domingos por la tarde, Von nos llevaba a un asilo de ancianos para visitarlos y luego al hogar de niños para pasear a niños con muy notorias discapacidades mentales y físicas, en sus sillas de ruedas alrededor de la cuadra.

Trabajábamos en México, íbamos a ayudar a la gente de la calle y visitábamos asilos. Aquellos años produjeron muchas experiencias que en años posteriores moldearían algunas de mis más fuertes convicciones. Con el tiempo, conocería otras formas de ministerios de jóvenes con énfasis y metas diferentes. Pero mientras tanto, Von nos ayudó a enfocarnos en entender el amor de Dios y a ponerlo en práctica. En años posteriores, pude ver otros ministros y ministerios de jóvenes que se enfocaron en el compañerismo, la diversión y en hacer crecer un grupo de gran tamaño. La mayoría de nosotros quienes habíamos pasado por las enseñanzas de Von no percibíamos ningún propósito genuino ni diversión en tales actividades muy centradas en sí mismas.

Aunque se avecinaban cambios en el programa original de Von, él continuó desafiándonos a todos nosotros, los que integrábamos su grupo, a hacernos preguntas de análisis. ¿Qué de nuestra fe? ¿Qué es lo que realmente enseña la Biblia? ¿Quiere Dios que nosotros, Sus seguidores, realmente nos involucremos? Existía un constante cuestionamiento para ver más allá de nuestros propios pequeños mundos.

Cerca de la edad de quince años, me había hecho buen amigo de un hermano en el Señor que era tan revoltoso como yo. Jeff y yo pasamos mucho tiempo juntos visitando los asilos de ancianos y hasta les hacíamos bromas de vez en cuando a las personas que ahí conocíamos. A Jeff le gustaba poner la alarma del reloj de una señora

en particular para que sonara a las 3:00 a.m. ¡Hasta ahora, a pesar de todo, esta señora sigue amándonos a los dos!

En uno de los asilos, la comida era de lo peor. Las personas que trabajaban en ese lugar no trataban muy bien a los internos. Había reglas muy estrictas que entristecían la vida de nuestros amigos. Jeff y yo metíamos panecillos “de contrabando” a la institución y organizábamos fiestas con nuestros amigos ancianitos en ese lugar.

Después, compré un automóvil que corría muy rápido. Algunas veces, Jeff y yo llevábamos a los ancianitos a dar “aterrorizantes paseos.” ¡Cómo disfrutaban el ruido del motor, el patinar de las llantas y los emocionantes recorridos! Agradecían mucho los bocadillos que les llevábamos de contrabando y les encantaban los paseos llenos de emoción. Disfrutaban todos nuestros alocados intentos de ponerle sabor a sus vidas. Solíamos cantar y orar con diferentes personas en ese lugar, pero sus ojos parecían brillar más cuando teníamos alguna travesura planeada. Siempre pedían más.

Jeff y yo charlábamos mucho acerca de cosas relacionadas con el estilo de vida cristiana y después de mucho tiempo, surgieron preguntas que serían difíciles de responder. Si, de hecho, es la voluntad de Dios que todos los hombres tengan oportunidad de escuchar Su palabra, de Su amor, de Su salvación y de llegar al conocimiento de la verdad, entonces nos surgió

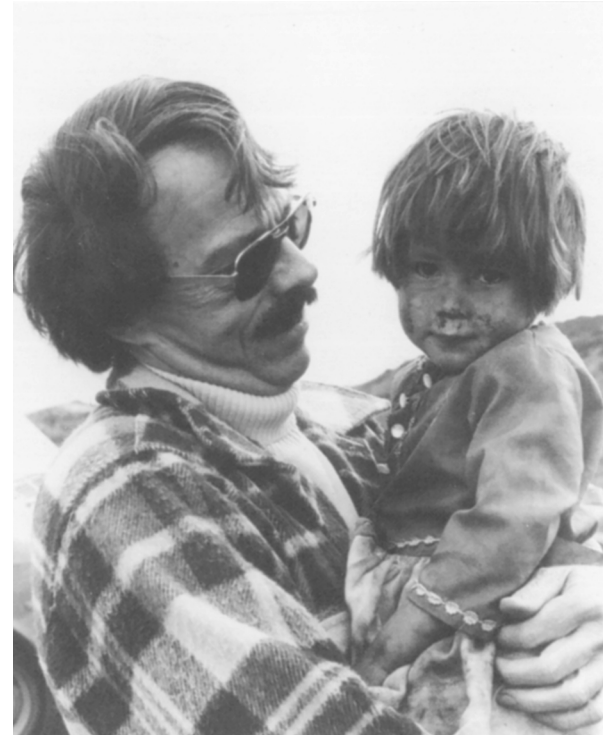
un dilema: ¿cuál debería ser nuestra respuesta al conocimiento de que existen grupos de personas que todavía no han escuchado Su Palabra, y no tienen manera de invocar a Jesús para ser salvos?

Ciertamente, si la prioridad de Dios es que todos los hombres lo conozcan, parecía tener sentido que esa debería ser nuestra prioridad también. Y así comenzaron las reflexiones, las oraciones y las preguntas. A principios de 1979, a la edad de diecisiete años, habíamos decidido ir al campo misionero y ver por nosotros mismos de qué se trataba esa obra. Esto fue antes de la avalancha de tantas organizaciones con visión a corto plazo que vendrían ofreciendo proyectos de verano en campos misioneros del extranjero.

Habíamos oído muchas historias acerca de tribus escondidas en el Amazonas de Sudamérica. Ni Jeff ni yo nos imaginábamos que esas personas llegarían a ser muy importantes en nuestras vidas.

Dentro de mi cabeza, el exuberante y verde territorio amazónico era tanto una realidad como un sueño. La sobria realidad: tribus primitivas que seguían deambulando en la selva tropical con poco o nulo conocimiento de la existencia de otro mundo fuera de la jungla. No tenían conocimiento de que existe un Dios que quiere librarlos de sus temores, de la brujería, de la guerra sin fin y de las muertes provocadas por el deseo de venganza, todo ello causado por lo que ellos piensan que son

maldiciones de los malos espíritus. Ésa era la realidad. El sueño: que estas personas se convirtieran en una parte muy real de mi vida, conocerlos, comprender sus vidas y el mundo en el que viven.



Von

Compañía de Servicios Profesionales de Jardinería de Rick y Jeff

Era un día de primavera cuando llamé a Jeff.

“Jeff, tengo una muy buena idea de cómo podemos ganar dinero para nuestro viaje.” Veinte minutos después, la emoción de Jeff se evaporó mientras nos encontrábamos de pie debajo de una alta palmera. Mientras Jeff meneaba la cabeza, yo le explicaba cómo podíamos atar una cuerda en la copa del árbol y a nuestras cinturas para evitar caernos, para cortar las hojas secas, las cuales no parecen ser del agrado de la gente. Se necesitó un poco de convencimiento y ánimo para que Jeff lo intentara. Sí, nos daba un poco de miedo. No obstante, las cosas encontraron su lugar, y ¡Ese día nació la **Compañía de Servicios Profesionales de Jardinería de Rick y Jeff!**

Para el siguiente fin de semana, nuestra compañía estaba organizada y ofrecía sus servicios profesionales al público. Jeff estaba un paso más adelante que yo al llegar a la primera puerta. Estábamos temerosos, pero confiados. Que Dios nos perdone. De veras pensábamos que estábamos haciendo lo correcto. La paciencia de Dios es más de lo que la mayoría de nosotros podemos entender. Y ahí estábamos, listos para ganar dinero para nuestra misión en el campo. Dios estaba con nosotros; ¿cómo podíamos equivocarnos? Supongo que teníamos mucho que aprender acerca de Sus caminos y maneras, pero al menos íbamos en la dirección correcta.

La señora abrió la puerta y la saludamos con gusto.

“Hola, somos de Servicios Profesionales de Jardinería Rick y Jeff. Estaremos en su sector solamente por esta semana con un precio especial en palmeras.” No conozco a muchas mujeres que puedan dejar pasar una oferta, y esta señora no era la excepción. No habían pasado 30 minutos cuando estábamos ya colgando de dos cuerdas de nylon de una palmera muy alta. No hace falta decir que cuando ella salió y nos vio, era obvio que tenía dudas acerca de la credibilidad de nuestra empresa “profesional” de jardinería. Pero Jeff era siempre rápido para dar explicaciones de todo, incluyendo la razón por la cual no teníamos un camión para llevarnos los cientos de ramas secas que cortábamos. Las atábamos para que los recolectores de basura se las llevaran. ¿Qué podría ella decir? Estaríamos en su sector sólo por una semana y con una “oferta.”

A medida que continuábamos con nuestro serio negocio de jardinería, rápidamente aprendimos algunos trucos para ganar todavía más dinero. Era simple. Suponíamos que Dios nos ayudaría sin importar lo que pasara. Después de todo, le estábamos dando nuestras vidas a Él. ¡Íbamos al campo misionero!

Cuando alguien preguntaba: “Muchachos, ¿saben ustedes cómo...?” los interrumpíamos a la mitad de la frase para recordarles: “Por supuesto que sabemos; somos profesionales. Siempre lo

hacemos.” Supongo que la gente se preguntaba si era cierto. Con el viejo Volkswagen de dos tonos de gris que Jeff tenía, con las palas y serruchos que colgaban de las ventanas, quizá no nos veíamos tan profesionales. Pero impresionábamos a los clientes potenciales con nuestras palabras, y hasta les proponíamos “ofertas.” Para los mayores de edad trabajábamos y nos íbamos sin cobrarles si sentíamos que les sería difícil poder pagar. Les parecía un poco extraño que después de acordar un precio y haber terminado el trabajo, les dijéramos que no cobraríamos nada y después nos fuéramos.

El negocio parecía prosperar. Trabajábamos después de ir a la escuela y los sábados. Un sábado, teníamos mucho trabajo y también prisa. Estábamos terminando otra “oferta de palmera” cuando la señora salió y preguntó si sabíamos cómo desplantar árboles.

“Claro que sabemos, señora. Somos profesionales. ¿No lo recuerda? Siempre lo hacemos.” ¿Cómo podíamos dejar pasar una oportunidad? Jeff y yo teníamos prisa y no teníamos todas nuestras herramientas “profesionales” en ese momento (nuestra colección de herramientas eran dos serruchos, cuerda, un hacha, dos palas y dos tijeras para podar). Debido a la prisa, decidimos que sería mucho más fácil, simplemente arrancar este pequeño árbol con el auto. Rápidamente atamos todos nuestros pedazos de cuerda que resultaron en una sola con una longitud suficiente como para llegar desde el auto,

pasando alrededor de la esquina frontal de la casa, a través del barandal, alrededor del lado de la casa y de la esquina trasera hasta el árbol. Ya habíamos batallado antes para arrancar árboles y plantas con el auto. Esta vez evitaríamos todo el ruido, el humo y el chillido de las llantas, que generalmente iba acompañado de árboles aferrados a la tierra. Intentaríamos jalarlo una sola vez, de un sólo potente tirón.

Jeff se paró en la esquina de la casa para hacerme señas a mí, el chofer del auto de la compañía, para saber cuando acelerar. Cuando él bajara la mano, yo avanzaría por la cochera hacia afuera, viendo hacia atrás para evitar toparme con otro auto en la calle. Sentí la cuerda tensarse, pero nunca me di cuenta que ya había arrancado el árbol, con todo y sus raíces, y ya había sido arrastrado hasta la esquina trasera de la casa como piedra en la honda. Yo continuaba retrocediendo cada vez más rápido. Jeff vio lo que venía rápidamente desde un costado de la casa. El árbol volaba paralelamente al suelo cuando fue a parar a la reja y la puerta. ¡Zaz! Ambas se vinieron abajo. Jeff, para salvar su vida, se había tirado al suelo para escapar.

Después de ver lo que había pasado, nos tomó unos momentos recobrar nuestra compostura profesional. Quitamos el árbol y estábamos apoyando la reja, cuando de repente, la puerta se abrió. Mientras la señora caminaba hacia la cochera, Jeff y yo nos recargamos en la reja como si tomáramos un descanso. Ella estaba allí parada

con una sonrisa y en sus manos sostenía dos tazones de helado.

“¿Cómo les va, muchachos?”

Los dos respondimos: “Muy bien, sin ningún problema. Las cosas van muy bien.” Ambos nos encontrábamos muy nerviosos ahí parados para poder sostener la reja. Ahí estábamos todos parados; ella mirándonos a nosotros y nosotros a ella.

“Bueno, muchachos, ¿les gustaría un poco de helado?” Jeff y yo nos miramos uno al otro con miedo y asombro. De ninguna manera quitaríamos las manos de esa reja y causándole a esa pobre mujer un infarto cuando viera su reja caer. Por otro lado, ella no iba a caminar con sus lindos zapatitos por toda aquella tierra que estaba entre nosotros y la cochera.

Nos miró como si estuviéramos locos y preguntó de nuevo: “Muchachos, ¿quieren el helado?” Esta vez sonó un poco duro. Ella no podía creer que nosotros sólo nos quedáramos ahí parados.

Ambos contestamos: “Claro, nos encanta el helado; nos encantaría comer helado.” Jeff me miró buscando que se me ocurriera una brillante idea, pero vio que yo lo miraba de la misma manera.

Jeff dijo finalmente: “Sólo nos estamos tomando un descanso aquí en la reja. ¿Por qué no deja el helado en el suelo y lo comeremos cuando nuestro descanso se acabe?”

Al recordar esto, ¡es asombroso que no hayamos acabado en la cárcel! Un día Jeff me llamó muy emocionado acerca de un importante proyecto que había conseguido. Yo estaba animado hasta que dijo los detalles. Era una huerta de cítricos.

“¡De ninguna manera!” Le dije: “De veras tienes que saber bien lo que estás haciendo al podar árboles frutales.” No podía creer que Jeff estuviera lo suficientemente loco como para presentarnos como una compañía con experiencia para algo como el cuidado profesional de árboles frutales. Jeff se molestó un poco conmigo y me recordó que ciertamente éramos profesionales y que todo iba a resultar bien. Además, Jeff dijo que tenía un artículo de una revista que explicaba cómo podar árboles cítricos.

Yo dudaba de la confianza del dueño. Fuimos allá en el feo auto gris de Jeff y un camión rentado. Jeff se abrió paso con la motosierra haciendo un ruido estruendoso y podando salvajemente entre los naranjos. Uno de los dueños, una señora mayor, vino a vigilarnos. Nos hizo algunas preguntas acerca de nuestro trabajo y experiencia. No recuerdo nuestra respuesta, pero estaba claro que tenía grandes dudas de nuestras cualidades. ¡Nunca habían visto una poda de árboles como la nuestra!

Sinceramente, yo estaba preocupado por los resultados de nuestra loca piratería. Cuando terminamos, parecía que la huerta había sido destruida por un huracán. Arrastramos todo lo

dañado en el camión, yendo y viniendo al basurero. ¡Yo estaba preocupado! Jeff tomó mi preocupación como una broma. ¿Y si habíamos arruinado la huerta? Nos podíamos meter en un grave problema. ¡Tiempo después, los dueños de la huerta sí nos llamaron! ¡Querían agradecernos porque nunca habían tenido tan buena cosecha antes de nuestro servicio en la huerta! ¡Estábamos muy bien recomendados de nuevo!

Éste fue uno de muchos desastres en los que parecíamos encontrarnos. De alguna manera, cada vez, todo salía muy bien y la mayoría de nuestros negocios resultaban siendo referencias de nuestros clientes satisfechos. La Compañía de Servicios Profesionales de Jardinería de Rick y Jeff continuó.



**Compañía de Servicios Profesionales de
Jardinería de Rick y Jeff**

Hacia Venezuela

Ni mis padres, ni los de Jeff estaban emocionados con la idea de que nos fuéramos al Amazonas. Estaban mucho menos impresionados cuando notaron lo poco que sabíamos de nuestro viaje.

“¿A dónde van a ir, muchachos?”

“No lo sabemos realmente.”

“¿Con quién van a trabajar?”

“No sabemos.”

“¿Quién los va a recoger allá?”

“No sabemos.”

“¿Quién está a cargo de este viaje?”

“¡Nosotros!”

“¿De quién tienen permiso?”

“Tenemos una carta que dice: ‘Esperamos verlos. Llamen a este número y avísennos cuando llegarán.’ ”

En realidad no sabíamos mucho, pero seguíamos orando por esta carga en nuestros corazones. Dios confirmó una y otra vez que Él nos estaba guiando y necesitábamos fijar nuestros ojos en Él,

para caminar con fe. Dios puso a prueba nuestra fe. ¿En quién teníamos nuestra confianza? Varias personas de nuestra iglesia empezaron a aconsejarnos que no fuéramos.

“Pueden enfermarse. Serían mejores colaboradores si se quedaran en casa y mandaran los fondos a un misionero en vez de ir ustedes mismos. Son muy jóvenes. No tienen entrenamiento. Se están desviando del camino. Primero terminen su educación. Consigan preparación bíblica, después el seminario y luego empiecen a pensar en donde pueden trabajar.” Nuestras cabezas estaban llenas de tantos “consejos.”

Sin embargo, nuestro pastor nunca cambió su postura. Nunca nos dio discursos teológicos, sino que cuando íbamos con él para compartirle nuestros desánimos, simplemente nos animaba a leer la Palabra y a preguntarle todo al Señor. Al seguir en la Palabra juntos, encontramos nuestra solución y dirección. Orar juntos nos daba más confianza y convicción. Seguimos adelante.

Aunque los desánimos eran muchos, mantuvimos nuestra convicción. También había preguntas. ¿Por qué tantas personas tenían dudas acerca de nuestro viaje, y por qué tantos nos querían hacer desistir? Observamos que ni siquiera uno solo de nuestros hermanos que dudaban había mencionado que estaba orando por nuestra situación o que estos consejos eran el resultado de oración y la búsqueda de la dirección

de Dios mediante la Palabra. Esto era inquietante para nosotros, como jóvenes cristianos. Aunque muchos tenían sus dudas, Jeff y yo nos manteníamos fuertes a través de nuestro estudio y oración.

Creíamos que nada podía interponerse en nuestro camino, y nada lo hizo. Nuestra fe permaneció firme hasta el día anterior a la fecha límite para comprar nuestros boletos de avión. Jeff y yo nos sentamos en el auto enfrente de la casa de sus padres. La noche había caído, y junto con ella había caído nuestro espíritu. Estábamos orando.

Dios no había provisto lo que habíamos esperado. Era la última hora, y después de poner su último centavo, a Jeff le faltaban 200 dólares. No había nadie a quién acudir, ningún otro recurso, y aparentemente ninguna esperanza. Antes de que oráramos, Jeff y yo discutimos que no parecía ser posible que el Señor nos hubiera dirigido hasta este punto para que todo se viniera abajo por 200 dólares. En medio de nuestra confusión y frustración, oramos así: “Señor, nos has traído hasta aquí. ¿Por qué no tenemos todo el dinero? Te vas a ver muy mal si no haces algo. Les hemos dicho a todos que nos dirigías por este camino. Si quieres que vayamos, tienes que hacer algo antes de mañana cuando tenemos que comprar nuestros boletos. Todo está en tus manos. Amén.”

Jeff bajó del auto y caminó hacia su casa; yo conduje hasta mi casa. Me sentí emocionalmente entumecido, al conducir por la calle oscura sin saber lo que acontecería. Cuando llegué a casa de mis padres, había un recado, - que llamara a Jeff. Tomé el teléfono y llamé. Jeff contestó, pero su voz ahora reflejaba algo que no tenía hacía diez minutos.

Jeff me explicó: “Cuando entré a la casa, recogí mi correo y fui a mi cuarto. Ahí había una carta de mi abuela, quien no sabe nada acerca del viaje. Junto con la carta había un cheque por 200 dólares.” De nuevo, Dios nos mostró que era en Él en quien debíamos confiar, no en la aprobación de los demás o en nuestras capacidades para trabajar y ganarnos el dinero.

Por fin, llegó el gran día. Las últimas horas estuvieron llenas de preparaciones, incluyendo empacar lo que faltaba. En el aeropuerto había muchas dudas en los ojos de todos. Nuestros padres, algunos buenos amigos y otras personas habían venido a ver si realmente íbamos a hacerlo. Subimos los escalones del avión después de nuestras últimas despedidas. Al final de estos escalones, volteamos para una última mirada a nuestros dudosos amigos.

Pasamos por la puerta, por el pasillo y nos sentamos silenciosamente en nuestros asientos. Un poco callados, sin saber qué esperar. El avión despegó hacia el oscuro cielo de la noche.

Nos sentimos un poco decepcionados de que nos hubieran asignado asientos al lado de un insoportable viejo borracho, pero pronto descubrimos que era un amigable borracho insoportable. Sabía cómo valerse por sí mismo y se ofreció a ayudarnos con su experiencia. Después de que la sobrecargo nos sirvió sándwiches a todos y ya que nos habíamos comido los nuestros, el embriagado hombre se inclinó, y con un guiño preguntó: “Muchachos, ¿quisieran más?”

“Claro,” respondimos de inmediato. No sabíamos si habría mucha comida a donde íbamos y no teníamos mucho dinero para comprar más cosas, así que nos daba gusto la posibilidad de comer más sándwiches. El borracho empezó a llamar a la sobrecargo y a chiflarle. Jeff y yo no éramos tan maleducados pero nos impresionó mucho la efectividad de este nuevo estilo.

“Oiga, estos muchachos quieren más sándwiches. Traígalos.” Después de habernos dado cobertores y haber apagado las luces, todo quedó en silencio por unos minutos. Pero supongo que era muy temprano para que nuestro nuevo amigo se durmiera. Comenzó a cantar y a silbar. Pasó bastante tiempo antes de que se aburriera y se durmiera.

Después de haber volado toda la noche, llegamos a Miami, cansados pero con buen ánimo. Pronto aprendimos que a partir de ese momento tendríamos que ser flexibles. Necesitaríamos aprender un poco sobre una cultura que nos era extraña.

Después de haber recogido nuestras maletas del carrusel de equipaje, deambulamos por el aeropuerto hasta la hora de registrarnos para nuestro vuelo a Caracas, Venezuela. En el mostrador para registrarse, nos encontramos con otro tipo de “eficiencia.”

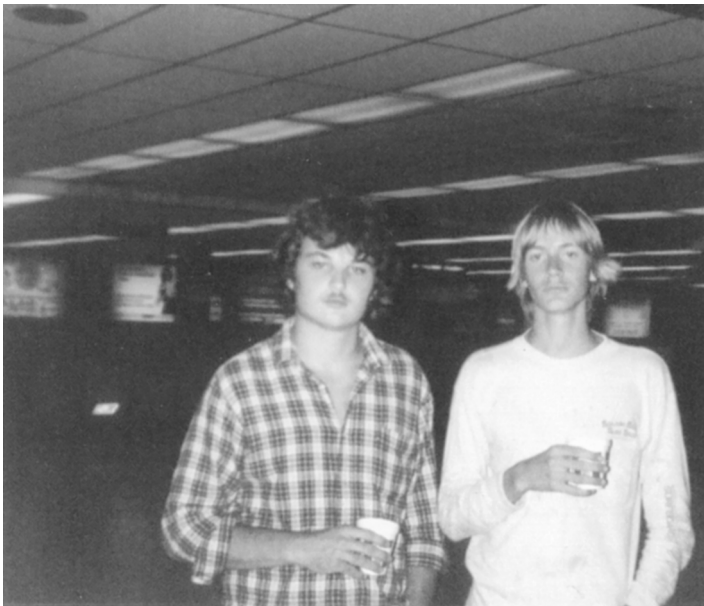
La mayoría de los pasajeros eran venezolanos. Demostraron un método de hacer las cosas que nosotros no habíamos visto nunca. Rápidamente nos quedamos atrás. Aquéllos que formamos una fila en orden sólo demostramos nuestra falta de interés en subir al avión. Por otro lado, aquéllos que empujaron y le gritaron más fuerte a la agente de boletos recibieron el mejor servicio. Ni Jeff ni yo éramos efectivos en este nuevo método, y como consecuencia, fuimos de los últimos en registrarnos.

El vuelo partió tarde por la noche. En realidad no teníamos idea de lo que podríamos encontrar al aterrizar en el otro extremo, así que hicimos lo que pudimos para tomar el mayor número de esas bolsas de cacahuates de la sobrecargo como fuera posible. Al menos tendríamos suficientes cacahuates para sobrevivir el día siguiente.

Al aterrizar el avión, nos sorprendió que todos los demás pasajeros comenzaran a aplaudir. No estábamos seguros de si todos los pasajeros (casi todos venezolanos) estaban aplaudiendo porque creían que había sido un buen aterrizaje o estaban felices de haber llegado sin ningún incidente; por la razón que fuera, nos unimos a la

última parte del aplauso.

La sobrecarga tal vez se dio por vencida al tratar que los pasajeros permanecieran sentados. Tres minutos antes de que el avión llegara siquiera a la puerta, la mayoría de la gente estaba ya parada, había tomado su equipaje de mano e iba hacia la puerta. Nosotros sólo nos reímos cuando las sobrecargas trataron de convencer a los pasajeros que era mejor esperar en sus asientos. Pasamos la aduana casi sin problemas y después pasamos las puertas hacia donde nos esperaba una pandilla de boleros, maleteros y conductores de taxi, todos jalándonos a direcciones diferentes.



Rick y Jeff al volver de Sudamérica, 1979



Rick y Jeff con los Yanomamo, 1979



La Llegada Al Amazonas

Finalmente, una cara amigable se presentó en la multitud, un misionero de carne y hueso nos daba la bienvenida a Caracas, Venezuela.

A partir de este momento, es importante recordar que las experiencias de estos primeros meses en la jungla fueron grabadas por dos jóvenes que no tenían manera de evaluar con precisión las experiencias o peligros con los que se encontraron, ni tenían la experiencia de vivir en este nuevo mundo.

Pasamos la noche en un apartamento que la misión tenía en la gran ciudad. Aunque estábamos algo acostumbrados al español que escuchamos en México, sentíamos como si estuviéramos en un mundo completamente diferente. Las costumbres eran muy diferentes, y el español que se habla en Venezuela no parecía asemejarse a lo que habíamos oído antes.

A la mañana siguiente, temprano regresamos al aeropuerto sólo para experimentar el doble del caos del día anterior. Estábamos muy impresionados con nuestro nuevo amigo misionero que se desenvolvía muy bien en la rutina de empujar y gritar. En poco tiempo tenía nuestros boletos. Una hora después de haber despegado, estábamos aterrizando en el pueblo fronterizo del territorio amazónico. Poco antes de aterrizar, vimos a los pilotos a través de las puertas abiertas mientras discutían. Un piloto

empujaba un par de palancas; el otro le gritaba y jalaba los controles a donde estaban originalmente. La discusión siguió junto con los cambios de controles del avión. Jeff y yo nos mirábamos consternados mientras otro evento gracioso se presentó.

Debido a que la pelea era tan fuerte y los pilotos parecían indecisos al hacer varios cambios en la velocidad, dirección y aproximación del avión hacia una pequeña pista de aterrizaje, Jeff y yo nos sentimos muy animados cuando el avión aterrizó sin destrozarse. Expresamos nuestro agradecimiento junto con los demás con un largo y entusiasta aplauso.

Al bajar del avión nos recibieron varios de los misioneros que trabajan en el pequeño pueblo proveyendo a los demás que trabajan en el interior. Rodeado de densa selva, el pueblo no tenía calles para entrar o salir. Algunos autos, un buen número de motocicletas y unos cuantos camiones constituían el tráfico, más un vuelo diario de la ciudad. Las provisiones eran caras y muchas veces bastante limitadas, pues todo era traído en avión o en una barcaza por el río; raramente llegaban puntualmente. Nos establecimos en la humilde pero agradable casa de la misión. Colgamos nuestras hamacas tratando de evitar los hoyos en el techo por donde la lluvia se metía. El día siguiente conocimos a un compañero cuya casa ayudaríamos a construir en la selva.

Después de varios días, durante los cuales estuvimos comprando nuestras provisiones y preparándonos para vivir en el interior, nos llevaron al aeropuerto. En una avioneta Cessna 185, nos elevamos por encima de las escabrosas montañas de la selva. Nuestro destino era habitado por una pequeña tribu de indígenas que vivían de la misma manera que lo habían hecho por cientos de años.

Aterrizamos en una pista aislada en la selva, junto a un río a través del cual el misionero había mandado por adelantado provisiones en una barca. Desde ahí tomaríamos vuelos al pueblo indígena. El vuelo en la avioneta de la misión fue tranquilo, aunque extrañamos a la agradable sobrecarga, que se esperaba que nos trajera interminables bolsas de cacahuates, refrescos y sándwiches. Dejaron a Jeff en la primera pista para cargar las provisiones; yo fui al pueblo a descargar las provisiones llevadas por aire. La avioneta hizo sólo dos viajes antes de que las nubes descendieran al valle haciendo que fuera imposible continuar los vuelos ese día.

Es difícil explicar aquellas primeras impresiones: la selva, los indígenas rodeándonos viendo cada cosa que hacíamos. Su modo de vestir era un poco diferente al nuestro, por decir lo menos; un taparrabos para los hombres y un simple cordón atado alrededor de la cintura para las mujeres. Probablemente nos veíamos tan interesantes para ellos como ellos para nosotros.

La falta de comprensión del nuevo ambiente que me rodeaba en la selva me ayudó a hacer algunas descorazonadoras reflexiones en mi diario. Con Jeff en otro pueblo, no tenía a nadie con quien hablar acerca de mis percepciones. Quizás temía a cosas a las que no necesitaba temer. No obstante, ahí estaba yo tratando de actuar tan tranquilo como podía con este misionero a quien apenas había conocido. No quería que pensara que era sólo un niño tonto que le estorbaría los siguientes meses. Aunque conozco la selva, después de haber pasado algunos años colectivamente ahí, mi primer viaje estaba limitado a un minúsculo conocimiento real y el resto, bueno, era una combinación de miedo y de tratar de aparentar tranquilidad.

Era pasado el mediodía cuando un indígena vino a hablar con el misionero. Hablaba un idioma diferente a cualquiera que había escuchado. Desafortunadamente, el misionero había estado en ese pueblo poco tiempo y tampoco sabía realmente hablar el idioma de la gente. Sin embargo, entendió el mensaje.

La canoa del hombre había estado atada a la orilla, pero por las fuertes lluvias tropicales, el río había crecido unos metros y su canoa había sido arrastrada por la corriente. El misionero me preguntó si quería ir con él en su canoa con motor fuera de borda. Estaba muy emocionado al ir a mi primer viaje a la selva. Era un poco difícil esconder mi emoción. Entonces partimos;

un misionero, un jovencito novato y cinco indígenas primitivos.



Rick y Jeff trabajando para construir la casa de un misionero, 1980



Rick a los 18 años trabajando en el Amazonas.



Cortando madera con la motosierra, 1980

Desde la aldea, era sólo una caminata de 10 minutos hasta el río. Caminamos por el sendero hasta donde nos subimos a una pequeña canoa hecha de un tronco y fuimos río abajo.

Me senté cuidadosamente en medio de los indígenas. El misionero tomó la parte trasera para manejar el motor. Mientras íbamos por el angosto y rápido río, yo trataba de asimilar todo lo nuevo que me rodeaba.

Por ser un recién graduado de la preparatoria, pronto me di cuenta de que la escuela me había enseñado poco en cuestión de preparación para estos ambientes incivilizados. La selva, por lo que podía ver, era una sola masa de árboles con bejucos, palmeras y espinas. La cortina verde oscuro llegaba hasta la orilla del río y a veces parecía un largo y tenebroso callejón. En la mayor parte, sólo podía imaginar todo lo que estaba oculto debajo de la superficie. ¡Y vaya que me lo imaginé!

Me habían hablado de la selva. Para un principiante, era un poco difícil imaginarse cuantos caimanes, jaguares, serpientes venenosas, anacondas, hormigas que pican, arañas gigantes, escorpiones y otras criaturas de ataque estaban esperándonos detrás de la primera capa de follaje.

Entre más lejos viajábamos, más irrelevantes se

volvían mis cálculos al pensar cuán lejos estábamos, dejando atrás la aldea. Suponía que a pie, ¿estaríamos a días de distancia! ¿Qué haremos si la canoa se hunde? ¿Cómo regresaremos? ¿Qué si a los indígenas les da hambre y nosotros somos la única carne disponible? ¿Cómo podría yo saber si querían comernos, si no podía entender su idioma? De cualquier manera, ¿cuál sería la diferencia, si no hay a donde huir? Yo continuaba pensando en todas mis preguntas mientras veía el agua pasar apresuradamente. ¡Ay!, tal vez hay pirañas en el agua.

Era ya tarde y el sol se ponía rápidamente detrás de una montaña. Todavía había mucha luz, pero pronto oscurecería. La selva era ya una sola masa de sombras. Yo todavía estaba tratando de verme calmado y sereno. Eché una rápida mirada al misionero para ver la expresión de su cara. La mayoría de nosotros tenemos el hábito subconsciente de mirar al líder cuando nos sentimos nerviosos o inseguros. Por mi parte, definitivamente no era un hábito, ni era algo subconsciente. Yo estaba nervioso y lo sabía. Entonces volví a mirar al misionero, quien tenía una mirada típica de misionero, el tipo de mirada que tienen los jugadores de cartas cuando tienen la carta ganadora o están tratando de engañarlo a uno para que piense que van a ganar.

Desilusionado, volví mi mirada hacia el frente. Un poco después, nos topamos con una vuelta pronunciada en el río donde los indígenas vieron la canoa perdida. Había sido atrapada por la

corriente y arrojada a unas ramas que sobresalían del agua oscura. Esta sería mi primera lección básica en la selva.

En muchos lugares a lo largo de la región del Amazonas, y más específicamente en pequeños afluentes alimentados por riachuelos montañosos, el agua sube y baja rápidamente. A medida que las tormentas tropicales caen en las montañas río arriba, torrentes de agua bajan rápidamente, llenando riachuelos y afluentes. En muchas áreas, cuando estos afluentes se llenan, inundan las orillas, cubriendo grandes expansiones de suelo selvático.

Esto crea un interesante fenómeno en la naturaleza. No se necesita ser un científico para descubrir lo que pudiera pasar a las millones de pequeñas criaturas, insectos, arañas, etc., que normalmente viven y andan por el suelo de la selva. Tienen que correr, deslizarse, saltar, ahogarse o aventurarse a la rama, bejuco o árbol más cercano para protegerse de las aguas. Debido a que las criaturas más pequeñas no están equipadas para escapes maratónicos y muchas no son buenas para saltar rápidamente, ni para deslizarse ni nada por el estilo, en la mayoría de los casos un escape rápido no es probable. De igual manera, como estas criaturas son muy efectivas en su constante lucha por sobrevivir, muchas no se rinden sin antes pelear. Así pues, para la mayoría, la solución más fácil es simplemente subirse a las plantas y árboles más altos para evitar las inundaciones temporales.

Esto resulta en una región donde la mayoría de las criaturas rastreras que normalmente están esparcidas y dispersas sobre un vasto suelo selvático, ahora compiten por un lugar de “estacionamiento” en el follaje y en las ramas bajas que lentamente están siendo cubiertas por las ascendentes aguas.

Otro aspecto interesante, de la siempre cambiante selva, es la composición de su suelo. Contrariamente a lo que se piensa, la mayoría de las partes del Amazonas no tienen una capa profunda y fértil de tierra superficial. Cuando uno vive en el Amazonas, no es raro oír grandes árboles caer de vez en cuando, sacando sus gigantes pero poco profundas raíces. A medida que los ríos suben y bajan, los árboles también son arrastrados por las rápidas corrientes.

Habría sido afortunado si hubiera entendido estas y otras características de la misteriosa región selvática. Ciertamente, hubiera hecho esas primeras horas en la selva un poco más agradables. Sin embargo, si hubiera sabido mucho más, habría estado un poco más nervioso. Años después, a un joven amigo lo mató un jaguar río abajo, y otro indígena que conocí fue arrebatado de su canoa por una anaconda mientras pescaba.

Luchábamos por mantener derecha nuestra canoa en la rápida corriente, mientras tratábamos de alcanzar la canoa del indígena con una cuerda. Con la cuerda sujeta, el misionero encendió el motor y posicionó la canoa con la

punta a contracorriente. Debido a la inundación, de hecho, estábamos sobre la orilla.

El motor fuera de borda se detuvo a causa de los bejucos y ramas que estaban debajo de la superficie del agua y se atascó. La rápida corriente nos volteó a lo ancho del río y nos arrastró hasta un árbol que estaba inclinado hacia el río. La fuerza de la corriente debajo de nosotros, a lo ancho, volteó nuestra pequeña canoa y comenzó a llenarse de agua. Finalmente, pudimos enderezar nuestra canoa. Miré al misionero esperando ver alguna expresión de confianza. ¡No hubo suerte! Lo intentamos otra vez, con los mismos escalofriantes resultados. Los indígenas continuaban diciendo cosas, pero por supuesto, ¡yo no tenía ni idea de lo que se estaban diciendo! Al voltear hacia atrás, ¡no vi ningún cambio en la inexpresiva cara de jugador de cartas del misionero!

De repente, ya estábamos en una dirección diferente, y para mí no era más preferible que la primera. Ya no estaba tratando de impresionar al misionero con una compostura valiente. Mis esfuerzos estaban ahora más enfocados en permanecer en la canoa. Habíamos desatado la canoa del indígena y habíamos empezado a salir de ese río a un oscuro y enmarañado pantano lleno de bejucos. No tenía idea de lo que hacíamos o hacia donde íbamos. Me puse junto con los indígenas a jalar los bejucos, árboles y ramas para impulsarnos, mientras nos adentrábamos en este oscuro y húmedo pantano.

Mis esfuerzos por impresionar al misionero con una compostura de madurez y calma iban disminuyendo rápidamente. Dejé que los indígenas siguieran jalando para impulsar la canoa y me dediqué a matar, sacudir y evitar cuantas arañas y criaturas de muchas patas me fuera posible. Me di cuenta de que los indígenas también estaban desanimados con los agresivos invasores. Aplastaban y estrellaban la mayor cantidad de insectos que fuera posible. Mientras tanto, continuaban jalándonos más dentro del pantano.

Tenía el presentimiento de que las criaturas que abordaban la canoa, no sólo nos ganaban en número, sino que también éramos su comida, un banquete de carne blanca y oscura. Primero había pequeñas arañas, luego arañas grandes, algunas de ellas con un tamaño como para cubrir la cara de una persona con su cuerpo y patas. Mis esfuerzos estaban más dedicados a éstas últimas. Todos estábamos siendo picados. Volví a mirar al misionero; ni una palabra, sólo esa cara de jugador de cartas y una nueva dotación de arañas e insectos aplastados en su cara.

Un rato después, salimos del pantano y finalmente entendí la razón por la cuál nuestros amigos indígenas habían entrado. El río había subido tan alto que mucha del agua había estado corriendo sobre una península de tierra, la cuál había creado una vuelta en el río. Ahora en lugar de estar en la parte de fuera de las aguas rápidas, estábamos en las aguas de dentro, en aguas más tranquilas.

Nos tomó un rato terminar de matar a los pasajeros sin boleto, pero finalmente nos dejaron en paz. Ahora podíamos ver una hermosa extensión de río con cascadas no muy lejos. Podíamos oír el agua golpear las piedras más abajo. Me sentí aliviado de haber salido del pantano en camino a la aldea. Después de quitar los bejucos y ramas de la hélice del motor fuera de borda y haber asegurado nuestro bote indígena para remolcarlo, estábamos listos para regresar. El misionero encendió su motor fuera de borda y salimos.

¡Ay, que contento me sentía de regresar! Cuando estábamos cerca de nuestra primera vuelta, la corriente estaba un poco agitada debido a la proximidad de las cascadas. Nos estábamos moviendo lento cuando el motor comenzó a toser y a fallar. Esta vez, cuando miré al misionero, vi la misma cara de jugador de cartas, pero ahora más pálida. Cuando el motor empezó a fallar, nuestro avance disminuyó hasta detenerse. No estábamos avanzando ni tampoco estábamos siendo arrastrados hacia las cascadas.

No se engañen con ningún acto de valentía de mi parte. Estaba pensando mucho en las cascadas y pensaba que era el momento apropiado para una reunión de oración. Ya que los indígenas simplemente estaban esperando, mirando hacia enfrente, y el misionero ya tenía bastante que hacer al manejar el motor, me aventuré a iniciar la reunión de oración de una sola persona, yo. Antes de empezar a orar, la plática de los

indígenas atrajo mi atención hacia un árbol gigantesco desenraizado, que estaba volteándose y torciéndose en las turbulentas corrientes río arriba. Antes de poder comenzar mi pequeña reunión de oración, noté que este árbol gigante en poco tiempo aplastaría nuestra empujadora canoa y nos arrastraría hacia las cascadas. No había tiempo de orar; sólo de asirse a los bordes de la canoa. ¡Aquí viene!

Mientras la corriente torcía el gigantesco árbol, dio una gran vuelta, evitando nuestra canoa, y aplastando la canoa que remolcábamos. Yo estaba muy petrificado, por no decir más. Hasta los indígenas se veían pálidos y estaban obviamente nerviosos. Era hora de orar rápidamente para no acompañar al árbol en su caída hacia las cascadas.

Fue una intensa reunión de oración, probablemente se parecía un poco más a rogar e implorar, que una oración en paz. No había tiempo de “estar quietos y saber que Yo soy Dios.” Era mucho más parecido a un último esfuerzo de recordarle a Dios que necesitábamos un poco de ayuda.

Mi oración fue contestada. Comenzamos a movernos, la primera vuelta nos dirigía al lugar donde originalmente recobramos la canoa perdida. Mientras nos acercábamos, los indígenas empezaron a señalar y a comentar sobre nuestra experiencia en ese lugar. Los señalamientos y comentarios fueron súbitamente interrumpidos

por un fuerte ruido causado por algo que se rompía, que superó el estruendo de las cascadas y del motor fuera de borda. Un enorme árbol se estrelló a lo ancho del río mientras la corriente erosionaba el suelo que rodeaba sus raíces. Fue totalmente desalentador verlo aplastar completamente todo lo que se encontrara en su camino, incluyendo las ramas y árboles de los que nos habíamos asido por seguridad unos minutos antes. Miré hacia atrás para ver el semblante del misionero, que seguía con su inexpresiva cara de jugador de cartas.

Oré todo el recorrido de regreso al camino y me dio gusto de haber llegado de nuevo a la aldea. El misionero me pidió que sacara el tanque de gasolina de la canoa y lo pusiera en la orilla. Lo sentí un poco ligero; lo abrí y lo encontré vacío. ¡Habíamos regresado con un tanque de oración!

Esa fue una noche sobria para mí. Ya entrada la noche, miraba fijamente la selva y el cielo, que de vez en cuando se iluminaba con un relámpago distante. Innumerables ruidos llenaban la selva. Un ambiente domado por el conocimiento y entendimiento, aunque para un novato, un mundo de misterios.



Jeff en un descanso durante la guerra, 1980

Reto A Las Perspectivas

El siguiente día, Jeff y el nuevo misionero llegaron con las últimas provisiones. Inmediatamente comenzamos a construir la casa del misionero. Jeff y yo estábamos a punto de aprender sobre la supervivencia, lo que a menudo daba como resultado que fuéramos a veces más tontos que valientes.

Durante un tiempo, acampamos lejos de la aldea, en un valle, río arriba y después más allá, hacia una gran cascada. Esto nos llevó hasta un cedro que estábamos cortando con una motosierra para hacer tablas.

Un día nos adentramos en la selva persiguiendo a un pavo silvestre. Al pasar debajo de un árbol, una hormiga de casi tres centímetros de largo me cayó en la espalda, hundiendo su potente aguijón en mi carne. Esto rápidamente le quitó el entusiasmo a nuestra cacería.

Después de haber cazado al pavo, volvimos a nuestro pequeño campamento en la selva, el cuál no era más que unas hojas grandes que descansaban en una estructura hecha de ramas de árboles que cubrían nuestras hamacas. Jeff y yo estábamos totalmente solos. El nuevo misionero estaba haciendo algunas difíciles adaptaciones por sí mismo y había regresado a la aldea para enterrar a su perro, al que no le había ido bien en la selva.

Había estado lloviendo todo el día; todo estaba mojado. Recolectamos toda la leña que pudimos para cocinar el pavo. Después de colgar el pavo del techo de nuestro pequeño refugio, nos las arreglamos para encender una pequeña fogata, pero después de un humeante inicio, se rehusó a continuar encendida. Después de muchos fallidos intentos, decidimos que un poco de gasolina ayudaría. Carbonizado por fuera, pero crudo por dentro, el pavo cayó desde el techo al ardiente fuego, el cuál saltó a la altura del techo. Mientras el fuego de la gasolina se consumía, ahí estaba nuestro pavo, cubierto de lodo y hollín. Jeff y yo miramos fijamente nuestra cena de pavo, un poco de humo ascendiendo de un platillo preparado por dos chef maestros. El humeante bejuco que se suponía iba a sostener a nuestro pavo, colgaba flojamente de los palos del techo. Reorganizamos nuestra área de cocina, y con un poco de gasolina de la motosierra, terminamos de cocinar.

Un día después de habernos mudado nuevamente a la base, un indígena llegó a la casa del misionero, hablando sin parar acerca de algo. El misionero entendió lo suficiente como para darse cuenta de que un niño de una aldea al otro lado de la montaña había sido mordido por una serpiente. Sacó en conclusión que la aldea estaba solamente a unas pocas horas de camino. Los dos misioneros y Jeff armaron un pequeño botiquín de primeros auxilios y se fueron. Yo estaba enfermo de malaria, y aunque quería ir, estaba muy débil. El corto viaje se convirtió en un calvario de tres días en el cuál estos hombres

escalaron empinadas laderas selváticas, resbalándose por el otro lado. Al llegar a una pequeña choza, encontraron al niño con una gran necesidad de atención médica. Hicieron lo que pudieron y acabaron salvándole la vida al niño.

El viaje de regreso fue tan malo que en cierto momento llegaron a dudar que alguno de los misioneros pudiera lograrlo. Mientras se abrían paso para volver, algunos indígenas aparecieron por el camino. Les ofrecieron a los muchachos una bebida de maíz que tenían. Se había fermentado y olía a rancio. Jeff tenía mucha sed y de inmediato aceptó la bebida. La bebió, sólo para vomitarla un rato después.

Por tres días batallé continuamente con fiebres que iban en aumento y estaba acostado en el piso, muy enfermo, cuando se oyó abrir la puerta. Ahí estaba de pie Jeff, cubierto de lodo. Entró y cayó al suelo. Cuando el misionero entró, no se veía mucho mejor y ni siquiera podía hablar. Por salvar la vida del niño, Jeff y los misioneros arriesgaron su propia vida.

La gente de la selva, sus miedos, sus cánticos nocturnos, su vida cotidiana nos interesaban en gran manera. Aparte de todas nuestras travesuras, bromas y de que tomábamos las cosas a la ligera, también sentíamos una gran carga. Ninguna cantidad de páginas podría contener las lecciones que Dios estaba grabando en nuestros corazones.

La palabra “perdidos” cobró un sentido que no habíamos conocido antes. El significado de dolor se tornó más real de como lo habíamos entendido antes. El nivel de dedicación y compromiso de los siervos misioneros que observamos en la selva era algo que raramente habíamos visto en la tierra de la que habíamos venido. Estas familias tenían pocas de las cosas que muchos en nuestro país consideran como necesidades básicas. No eran los idealistas y felices egresados del seminario como habíamos imaginado, brincando con atuendos de exploradores y redes para atrapar mariposas, sino que eran personas que muy en serio se esforzaban para darle una oportunidad y una respuesta de vida eterna a un pequeño grupo de indígenas, que sin ello estarían espiritualmente perdidos en medio de la selva. Perdidos para siempre.

Antes de dejar la selva, veríamos muchas otras necesidades y aldeas que deseaban misioneros. Un mundo en gran necesidad, un mundo que tanto necesita el mensaje de salvación como de la acción de la iglesia. Un mundo tan cercano, y a la vez separado por muchos kilómetros de tonterías religiosas, elegantes programas eclesiásticos, un sinfín de construcciones que no tienen utilidad, egoístas reuniones y “necesidades” creadas, como el comité para la compra de un piano, giras de conciertos y cosas similares.

Pasaron muchos días y noches mientras trabajábamos en la selva, en los que Jeff y yo hablábamos de cuestiones con consecuencias

espirituales de largo alcance. Orábamos juntos a diario mientras escuchábamos a Dios. Dios estaba formando nuestras vidas de muchas maneras que no entenderíamos por ser jóvenes.

A Jeff, esto lo llevaría a una vida de servicio comprometido en muchas áreas, incluyendo el pastorado de una iglesia en California, encabezar una fábrica muy exitosa, junto con su socio, y trabajar con varios esfuerzos de apoyo para misiones en el extranjero en Sudamérica y México, incluyéndonos a nosotros. Desafortunadamente en nuestro país trazamos una línea muy distintiva entre lo que es “trabajo cristiano” y el “trabajo secular.” En las últimas décadas he visto el trabajo de Jeff en ambas áreas, y tanto él como su trabajo han sido igual: sacrificio, servicio, ayuda y preocupación por los demás. La integridad incuestionable de Jeff y su firme carácter han inspirado a muchos, incluyéndome a mí.

Para mí, este tiempo de formación me llevaría a una senda un poco diferente. Dios estaba trabajando con nosotros mediante un proceso. Era un proceso de luchas y pruebas del cual el apóstol Pablo habló con gran confianza a los filipenses: *“Estoy seguro de que Dios, que comenzó a hacer su buena obra en ustedes, la irá llevando a buen fin hasta el día en que Jesucristo regrese.”* Era esta “buena obra,” como la llama Pablo, la que pronto yo vendría a odiar y a cuestionar.

Antes de que Jeff y yo termináramos nuestro viaje, pasamos por otras áreas del territorio amazónico

donde experimentamos otros retos y aprendimos de diferentes misioneros e indígenas. Muy poco sabíamos que la demanda de flexibilidad y adaptación a la selva sería mucho más fácil que revertir el proceso al regresar a nuestro país. No era que nuestro país hubiera cambiado tanto en el corto tiempo que habíamos estado fuera. Lo que había cambiado era nuestra cosmovisión y perspectiva.

Ambos regresamos enfermos. Jeff regresó pesando 14 kilos menos con un trozo de mecate a manera de cinto, sosteniéndole los pantalones. Es fascinante cómo, a medida que vamos por la vida, nuestra perspectiva de las cosas cambia tan drásticamente. El miércoles previo a nuestra salida a Sudamérica, una banda cristiana de rock tocó música popular para el grupo de jóvenes. La noche que volvimos, fuimos a la iglesia directamente del aeropuerto; la misma banda, la misma música, la misma multitud que gritaba. Esta vez parecía que algo estaba mal. No sólo esto, sino otras cosas que parecían normales y saludables antes del viaje, ahora nos parecían vacías y sin propósito. Muchas de las actividades que previamente parecían buenas ideas, ahora parecían casi una burla llamárseles ministerios. Estábamos viendo las cosas de una manera diferente, nos gustara o no, así era.

El problema de confrontar estas preguntas era nuestro, debido a que éramos nosotros los que habíamos cambiado nuestra perspectiva. Estábamos, sin duda, muy entusiasmados, y

éramos idealistas y simplistas en cuanto a nuestros puntos de vista. Parecía haber algo inherentemente incorrecto en la idea de que los comités de decoración de la iglesia y los adornados vitrales tuvieran mucho que ver con la Biblia o que la Palabra de Dios tuviera mucho que ver con estas cosas.

Quizá muchas de estas actividades distraían nuestra atención de alcanzar a los que sufren y tienen necesidad. ¿No es el propósito de la “iglesia” capacitar y equipar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, a través del uso de los dones de cada uno? (Efesios 4:11-12) Sólo entonces puede haber tierra fértil sobre la cuál podamos hablar en serio acerca de alcanzar a nuestros vecinos perdidos, a la gente necesitada de la calle, a los enfermos o a los lisiados, o las tribus perdidas de la selva.

“Vayan, pues, a las gentes de todas las naciones, y háganlas mis discípulos,... Por mi parte yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo.”
Mateo 28: 19-20

Las preguntas persistieron. ¿Qué eran estos huecos entre la verdad bíblica y nuestras verdaderas motivaciones en la vida? Esto me había molestado antes, pero ahora estaba más seguro que nunca que mi propia vida estaba desalineada.

Quería vivir mi vida de acuerdo con la verdad, pero estaba dolorosamente consciente todo el tiempo de mis fallas. Al mismo tiempo llevaba la idea de que nuestras iglesias norteamericanas tenían más potencial de lo que normalmente emprenden para impactar y servir a los que nos rodean.



Discrepancias

A nuestro retorno, Jeff y yo fuimos invitados a dar pláticas en varias iglesias, grupos de jóvenes, campamentos y conferencias acerca de lo que habíamos visto, aprendido y experimentado en la selva sudamericana. La realidad nos golpeó, sin embargo, y nos dimos cuenta de que muy poco de lo que sentimos o aprendimos podía ser transmitido o valorado. Tan ciegos como éramos a la tierna edad de 18 años, de alguna manera creímos que los cristianos de todos lados estarían entusiasmados y emocionados de que existieran necesidades reales y urgentes que pudieran, fácilmente, suplirse casi inmediatamente. Pronto nos dimos cuenta de que, en muchos casos, había mucho más interés en los artefactos que trajimos que en las tribus primitivas que los habían fabricado.

Entonces, ¿a quién le importaba estas tribus que podrían responder con profunda alegría al gran mensaje de la Palabra de Dios si sólo alguien fuera y les hablara? A Jeff y a mí nos consumía un sentimiento de gran urgencia por dar a conocer las necesidades que esperaban dentro de la oscura selva. También nos consumía un constantemente creciente sentido de soledad al descubrir que el interés en alcanzar a estas tribus perdidas era muy, pero muy, poco.

Estando en una conferencia en un estado del oeste, terminamos de hablar y dimos oportunidad de hacer preguntas. Nos dio risa cuando una

señora hizo una pregunta, pero pronto nuestras carcajadas se convirtieron en un nervioso “ejem, ejem.” Rápidamente nos dimos cuenta que su pregunta era en serio y no una broma. “¿Para qué gastar todo ese tiempo y trabajo en enseñar a esa gente? ¿No podrían mandar un globo dirigible a estas tribus, equipado con un franelógrafo gigante? Los misioneros podrían comunicar la Palabra de Dios en cuestión de minutos usando un globo dirigible cubierto con un franelógrafo gigantesco que girara por los aires, encima de las aldeas.”

Respiramos muy profundamente antes de tratar de contestarle su pregunta. La respuesta más fácil hubiera sido que los indígenas le dispararían al globo dirigible con sus flechas de dos metros de largo, pero eso hubiera invitado a que se hicieran otras preguntas de este tipo. La necesidad de educación básica acerca de las misiones transculturales en esa iglesia parecía colosal.

Comenzamos a recibir a un creciente número de grupos en nuestro campo misionero en México para que pudieran echar una mirada más profunda y tener una orientación con respecto a las misiones en el mundo. Nuestra fuerte convicción era desafiar a otras personas a unirse, de alguna manera, a la obra misionera del mundo. Nos llenaba de satisfacción ver a diferentes personas responder, muchos de los cuales ahora son misioneros en el extranjero o están haciendo un excelente trabajo en otros ministerios.

Uno de los conflictos espirituales más grandes que observamos durante aquellos primeros años, era lo rápido que se ahogaba la visión de muchos jóvenes y adultos en un pantano de actividades, una vez que volvían a casa. Me acordaba de la iglesia donde me criaron; poco de la iglesia tenía que ver con una relación con Jesucristo. Las cosas importantes eran las que rodeaban a la iglesia local: asistir a los cultos, ofrendar para expandir sus instalaciones, contribuir para comprar un piano u órgano nuevo, los programas de entretenimiento, etc. Con razón el mundo no se siente identificado con algunas iglesias; algunas iglesias no son relevantes para el mundo. ¿Y se preguntan entonces por qué florecen las organizaciones paraeclesiásticas?

La mayoría de las iglesias con las que estábamos en contacto estaban más interesadas en saber acerca de las misiones que en participar en ellas. Estaban más interesadas en dar a la iglesia la oportunidad de echar una leve mirada a la necesidad que hay en el mundo que, en abrirse para satisfacer estas necesidades. Estaban más enfocadas en recibir informes, datos y cifras relacionadas con las misiones mundiales, en que estar real y activamente preocupados por hacer algo constructivo. Ciertamente, una gran parte de nuestro mundo evangélico ha creado un ambiente desfavorable para que florezca un cristianismo saludable.

Pocas de nuestras actividades organizadas en la iglesia tienen que ver con el vivir la vida cristiana.

El compromiso, dedicación, propósito, trabajo sacrificado y genuina generosidad son palabras que caracterizan, en una manera única, el estilo de vida que habíamos observado en la gente con la que habíamos vivido. Esto nos había desafiado a Jeff y a mí, y aunque nos habían pedido compartir estas cosas con diferentes grupos, sentíamos que esto solamente proporcionaba material para tener buenos temas de conversación en los campamentos o retiros. A aquéllos que se atrevían a aplicar demasiado compromiso, dedicación o sacrificio en sus vidas personales, les sería recordado que esto era sólo material para discutir, no para desequilibrarse.

Esta gran separación entre nuestra vida espiritual o de "iglesia" y nuestra vida secular es un misterio aparentemente propagado por muchos predicadores. Es increíble que muchos cristianos, en diferentes niveles, creen que los cristianos "normales" viven de acuerdo a un grupo de estándares y expectativas, mientras que los misioneros y pastores viven de acuerdo a otro. De varias maneras esto puede ser verdad, pero el origen de este concepto puede ser sospechoso.

Mientras que los misioneros necesitan un llamado especial de parte de Dios para hacer lo que están haciendo, "la gente normal" aparentemente no necesita llamado alguno para hacer con su vida lo que les plazca, siempre y cuando asistan a la iglesia y pongan dinero en el cesto de las ofrendas.

Debido a que este llamado nunca podría, de hecho, describirse como tal, la decisión más obvia sería animar y enseñar a los grupos de jóvenes y de adultos a vivir vidas buenas, ser fieles en cuanto a la asistencia a la iglesia, pedir las bendiciones de Dios para cada plan y deseo y ser generosos según Dios los prospere. Suena tan de Dios, pero, ¡qué vergüenza! En lugar de buscar primeramente el reino de Dios, buscamos primeramente nuestro reino y cómo Dios puede adaptarse a él. La predicación popular nos enseña la manera en que Dios se adapta perfectamente a nuestras vidas en vez de cómo podríamos moldear nuestras vidas a la de Él.

Las muchas telarañas de las enseñanzas y predicaciones evangélicas tradicionales y sus acomodos han convertido las revolucionarias enseñanzas y vida de Jesucristo en algo muy diluido. Este problema, propio de muchos círculos evangélicos, pronto se convertiría en una lucha personal. Para poner las cosas en perspectiva, yo sabía que no era más espiritual que los demás, y si alguien necesitaba un cambio de corazón, ése era yo.

Siempre había dado por sentado que era discípulo de Cristo, pero ¿cuál era la realidad que dictaba mi vida y mis decisiones? Pablo dijo: *“Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí.”* (Gálatas 2:20).

Aunque pensaba que entendía lo que Pablo estaba diciendo, estaba lejos de la realidad en mi vida diaria. Sin embargo, incluso en este momento, en que escribo estas líneas durante un viaje con un amigo indígena en otro largo viaje por el río hacia una aldea por las cabeceras amazónicas, esta vida está lejos de mí. En medio de la “vida misionera,” sirviendo a Cristo, emprendiendo difíciles viajes “por el Señor,” haciendo lo que algunos consideran servicio sacrificado, necesito ser muy claro. En lo que respecta a estar crucificado con Cristo (Gálatas 2:20), puedo lograr esto, diariamente, sólo cuando tengo mi vida sujeta a la de Él. Debido a mi naturaleza pecaminosa, de la cual no tengo excusa, hoy puedo decir con toda honestidad que me siento más identificado con lo que Pablo dice en Filipenses 3:13-14: *“...No digo que yo mismo ya lo haya alcanzado; lo que sí hago es olvidarme de lo que queda atrás y esforzarme por alcanzar lo que está delante, para llegar a la meta y ganar el premio que Dios nos llama a recibir por medio de Cristo Jesús.”*

Ciertamente no tengo excusa. Es por la misericordia de Dios por lo que aún estoy vivo. Por Su vida y misericordia me ha sido dado el vivir para Él, aunque muchas veces he hecho de ello un triste espectáculo.

Enfermedades, Quebrantamiento y Depresión

Cuando Jeff y yo volvimos de Sudamérica, estaba muy enfermo, condición que parecía normal considerando lo que habíamos vivido en la selva. Fui a una universidad comunitaria a inscribirme el día después de haber regresado.

Nunca esperé un choque cultural al regresar a mi país natal. Tanta gente, confusión, filas, números de inscripción, y estaba enfermo. No duré ni 30 minutos ahí, y me fui; simplemente no podía funcionar. Era como si hubiera sido puesto en una tierra extraña en la cuál no entendía nada. Conduje hasta mi casa, derrotado. Un amigo volvió conmigo para ayudarme a inscribirme. Todo lo que recuerdo es haberle dicho que me inscribiera en cualquier clase, y yo firmé los papeles.

En la primera semana, después de haber regresado, fui con el médico. Mis visitas al médico eran frecuentes. Durante esas primeras visitas, él revisaba los problemas básicos que se esperan normalmente: parásitos, lombrices, infecciones, malaria. Parecía bastante fácil. En los siguientes siete meses, no pasaba una semana sin que me enfermara.

Manchas que parecían como un sarpullido de hemorragia debajo de la piel migraban por todo mi cuerpo. A veces sentía que habían depositado

colonias enteras de hormigas en mi cabeza. Me plagaron úlceras en la piel y llagas, hemorragias internas, fiebres y escalofríos, infecciones y una misteriosa inflamación de cuello y garganta.

Estaba asistiendo a clases en la universidad por la mañana y trabajaba por las tardes en la construcción y remodelación de casas. Había veces en las que estaba muy mareado y enfermo para trabajar. Al sentarme a descansar por algunos minutos, frecuentemente me quedaba dormido, para despertar minutos después temblando y sudando, y otras veces húmedo y con frío. Traté de tomarlo todo con tranquilidad, pero Dios tenía un proceso por el cuál llevarme.

Estoy convencido de que Dios quiere probar la calidad de nuestra fe de todos nosotros, y al mismo tiempo edificar para Él siervos con corazones puros. Qué proceso tan doloroso puede ser. De la misma manera que en un campo de adiestramiento militar, Dios tiene preparada una ocasión u ocasiones para probarnos y hacernos madurar, por medio de las dificultades, el dolor, la tristeza, los sufrimientos, las pruebas, la persecución, para perfeccionarnos. Veamos Santiago 1:2-4.

“Hermanos míos, ustedes deben tenerse por muy dichosos cuando se vean sometidos a pruebas de toda clase, pues ya saben que cuando su fe es puesta a prueba, ustedes aprenden a soportar con fortaleza el sufrimiento. Pero procuren que esa fortaleza los lleve a la perfección, a la madurez plena, sin que les falte nada.”

La parte de “tenerse por muy dichosos” siempre ha sido difícil para mí. Esos tiempos de prueba o de madurar pueden ser dolorosamente largos. Alabo al Señor por los muchos ejemplos que nos ha dado en Su Palabra, de muchos que victoriosamente encontraron a Dios como el todo en sus vidas. Moisés, Abraham, Job; el capítulo 11 de Hebreos enlista a muchos otros. Sin embargo, muchas veces, en medio de nuestras pruebas personales, poco es el alivio que sentimos al saber que otras personas han pasado por situaciones similares, mucho más cuando necesitamos que se rompa nuestro orgullo, autosuficiencia y autoestima.

Y así, muy lejos de mi entendimiento, Dios necesitaba enseñarme algo, y tomaría algunos meses empezar a aprender algunas de esas lecciones.

Al principio, era sencillo aceptar algunas de mis enfermedades. Sin embargo, después de varias semanas, me inquieté; no parecía justo que Dios permitiera esto después de haberle servido tan fielmente. Cada semana, aunque fuera una enfermedad distinta o una repetida, ir al médico se volvió vergonzoso.

Tenía apenas dieciocho años y ya estaba entrando a una temporada oscura en la vida que me cambiaría para siempre. Sin embargo, ahora entiendo que si este tiempo hubiera sido menos difícil, no hubiera tenido efecto positivo en mi vida. Sin embargo, en aquel momento, las muchas

visitas al médico, un hospital para enfermedades tropicales, más exámenes, más medicamentos, todo condujo a fracasos y decepciones.

Mi impaciencia con Dios se convirtió en amargura. Francamente, me cansé de escuchar a la gente que alababa a Dios; los cantos en los servicios de la iglesia hacían que mi estómago se revoliera. ¡Sarcasmo en toda su expresión!

“¡Que lindo día!” alguien comentó. ¡Fui muy rápido para dar a ese individuo otro punto de vista!

Pocos eran los que me hablaban después de observar mi amargura. Hubo algunos amigos fieles que se quedaron conmigo, aunque no sé por qué se sintieron impulsados a hacerlo. Ciertamente, estos días me ayudaron a formar la perspectiva que ahora tengo sobre la verdadera amistad.

No sólo me sentí desanimado y deprimido, sino decepcionado de Dios. Hubo quienes vinieron como rescatadores espirituales, lanzando salvavidas espirituales, todos los cuales se hundieron debajo de mí. Otros fueron sinceros y se preocupaban, pero quizás adelantándose un paso al tiempo de Dios.

La mayoría de nosotros hemos conocido la sensación de la desesperación. Estaba desesperado. Las continuas enfermedades, la fatiga física, el desánimo y la soledad que experimentaba

estaban afectando profundamente mi espíritu. Estaba perdiendo lentamente mi deseo de esta “vida cristiana.” Estaba celoso de otros en cuyas vidas Dios parecía estar obrando. Nunca dudé de la existencia de Dios, pero el rostro de Dios estaba contra mí y Él no me decía por qué. Dios era injusto; eso lo podía probar con poco esfuerzo. Aunque Dios se había convertido para mí en un Ser Poderoso que me oprimía por algo en lo que Él no me daba oportunidad de reconciliarme, yo aún creía que, de alguna manera, se podía obtener una vida victoriosa. Me aferraba a cualquier consejo que se me ofrecía.

El sufrimiento llama a la puerta de la vida de cada uno de nosotros. Viene en diferentes medidas y se presenta con muchas máscaras. Para mí, cualquier sufrimiento físico parecía tener poca importancia, en contraste con la profunda decepción que crecía, mientras me daba cuenta que Dios no era amoroso como yo había percibido que era. Me sentía casi ahogado en mi fe y en mi experiencia cristiana.

Si usted ha de cruzar alguna vez por un desierto similar, le deseo que lo pase sin los muchos bien intencionados consejeros. Y así fue - muchos “salvavidas,” muchos consejeros bien intencionados. Para mis problemas físicos, continué buscando asistencia médica. Debido a que los ríos de mis sufrimientos físicos, mentales y espirituales corrían juntos, me esforzaba por aferrarme a cualquier consejo que se me daba.

“Rick, estás tratando de enfrentar todas estas cosas con tu propia fuerza. Debes poner todas estas cosas en las manos de Dios y descansar en Él. No lo tomes tan intensamente. Ten fe y espera en el Señor. Deja de tratar de forzar a Dios para que actúe; deja que Él lo haga,” me dijeron.

Eso suena bien, pensé. ¿Era ésta la respuesta? Descansar en el Señor. Desde luego, Él está tratando de enseñarme algo. ¡Eso es! Relájate, confía y déjate llevar por la corriente. Confía y obedece, no hay otra manera...

Aun cuando puse estas cosas en las manos de Dios como frágil y fina porcelana, pude oírlas estrellarse en el piso. Mi amargura aumentó.

Volví a mi rutina regular de tratar de orar y entender las cosas a través de la Biblia, pero no estaba obteniendo mejor respuesta que si estuviera orando a un árbol seco. En cuanto a la lectura, bueno, Dios no me estaba dando ninguna perspectiva nueva y hermosa, y me quedo corto diciéndolo así. Por el contrario, cada página llevaba desánimo y promesas vacías. Pero hubo ayuda, justo a tiempo, cuando otra mano de ayuda levantó mi cabeza.

“Hermano, ésta no es la manera de manejar este conflicto. Sí, debes confiar, pero no puedes solamente ir con la corriente y ver qué pasa. Éste es un asunto serio, que debe abordarse en oración persistente, ayuno, y buscando en la Palabra.”

¡Eso es! Un mayor sacrificio de mi parte, pensé. Al hacer en verdad mi mejor esfuerzo, de alguna manera encontraría la conexión que causaba la enfermedad, la amargura y el gran vacío en mi alma.

Ayuné, oré y busqué con toda sinceridad y honestidad. Hubo resultados; sin embargo, eran menos de lo esperado. El ayunar me causaba hambre, la lectura me hacía sentir burlado y mis oraciones rebotaban en los oscuros y vacíos pasillos.

Dios no respondió a mis oraciones; orar era un ejercicio inútil y frustrante. Leer la Palabra era peor. Ahí estaba Jesús, el Sanador, pero yo no era sanado. Ahí estaba Jesús, el Compasivo, pero yo no sentía compasión al buscarlo en la pena, la enfermedad, la depresión y el dolor. Ahí estaba Jesús haciendo el bien y respondiendo a la necesidad, pero yo estaba en necesidad, clamando a Él en vano. El ayuno sólo levantó un muro de aislamiento y frustración alrededor de mí.

“Rick, ¿has leído Job? Es un hombre que pasó por pruebas increíbles. ¡Lee los capítulos 1-2 y 42!”

Job es un gran libro del Antiguo Testamento, y estos capítulos selectos fueron justo lo que yo necesitaba. En los dos primeros capítulos, Job es despojado de todo lo que posee. En el capítulo 42, Dios bendice a Job doblemente.

Pero como usted puede imaginar, en este punto yo estaba lejos de creer que Dios iba a traer alguna bendición a mi vida. Entre más buscaba al Señor, más lejos parecía estar Él. ¡Hay mucha historia entre los capítulos 2 y 42! Job no era el hombre del que hemos oído hablar en muchas enseñanzas populares de hoy en día, de “sigue a Dios hacia las riquezas.” Encontré a un Job emotivo, que en ese momento no fue de mucho ánimo para mí. En el capítulo 3, versículo 1, Job maldijo el día de su nacimiento, ¡y ese era sólo el comienzo! Me sentí identificado con Job, que sentía que Dios era injusto.

Dije anteriormente que hubo algunos amigos fieles. Su consejo no fue tan atractivo, sin embargo, eternamente más sólido.

“No comprendo. Todo lo que puedo decir es, sigue siendo fiel y aguanta,” decían.

Dos veces en siete meses, una infección invadió mi cuello y garganta. El doctor no pudo diagnosticar el problema y llamó a su colega para consultarlo. Mi cuello estaba inflamado desde la barbilla hasta el pecho, sofocándome para respirar y tragar. Si ésta era la idea de Dios de bendecir a sus hijos, yo ya había tenido suficiente. Estaba tomando dosis fuertes de antibióticos sin resultados. Muchos estaban orando por mí; sin embargo, yo veía que esto era obviamente sólo un ritual inútil.

La segunda vez que surgió este problema, no volví con el doctor inmediatamente. Una persona iba a venir a la ciudad, era respetado y bien conocido, que predicaba por todo el país acerca de Satanás y las fuerzas demoníacas. Vino a San Diego y fui a escucharlo predicar. Quizá él tuviera algunas perspectivas. Estaba planeando hablar con él después, pero no tuve que acercarme a él. ¡Cuando terminó de hablar, vino a buscarme!



Aldeas en guerra, 1980



**Práctica de tiro –
esencial para la supervivencia**



El predicador había oído acerca de mí y de la opresión que sufría. Hizo muchas preguntas y hablamos por bastante tiempo. Era bastante tarde cuando terminamos nuestra conversación. Me miró a los ojos y me dijo que Dios deseaba liberarme de esta opresión y sanarme esa misma noche.

Mi alma estaba desesperada. Yo deseaba tan profundamente que esto fuera cierto. Me dijo que debía creer y, ¿sabe?, de veras lo intenté. Oramos juntos y me invadió una maravillosa sensación de paz y fortaleza. Colocó sus manos sobre mí y oró por liberación y sanidad. Con toda mi esperanza, casi pude sentir el cambio. Me sentí agradecido; le di las gracias y salí de prisa al estacionamiento. En lugar de conducir a casa, fui a la bahía. Al estacionarme a la orilla de la bahía, miré las luces de la ciudad reflejándose en el agua. Con esperanza y fe, comencé a alabar a Dios por mi sanidad. Esto transcurrió por un rato antes de extender la mano para tocarme el cuello. Cuando me lo toqué, descubrí que sólo había abrigado una esperanza o fe para nada. Definitivamente no había sanado, y de ninguna manera había sido liberado de la opresión. Por el contrario, estaba aun más amargado, engañado, frustrado y deprimido. Mi fe me había defraudado. El conocido experto había sido sin duda sincero y amoroso; sin embargo, él estaba sinceramente engañado al pensar que esa noche

yo sería libertado de mis aflicciones.

Al reflexionar, creo que mucha de la esperanza a la que me aferré fue por las cosas maravillosas y buenas que había escuchado cuando crecí. Cosas buenas que, debido a su buena naturaleza, de alguna manera se injertaron en la enseñanza cristiana. Aparentemente pocos preguntan si sólo porque una idea es buena, necesariamente tiene que ser cierta.

Reflexionando ahora, debo decir que creo que mucha de nuestra fe cristiana en nuestros días no es cristiana en lo absoluto. Muchos de nosotros vivimos o pasamos por tiempos de abrumadora decepción, desánimo o desesperación durante nuestra vida. ¿Nos ha abandonado Dios? En nuestro proceso de aprendizaje, podemos decir una cosa con seguridad: nuestros sufrimientos no necesariamente nos llevan más cerca de la virtud, pero nos llevan inevitablemente más cerca de la verdad. Esto, creo yo, es un principio importante del que Santiago habla en el primer capítulo de su epístola.

¿Podría ser que mucha de nuestra frustración viene de la amarga comprensión de que mucha de nuestra fe es justamente eso, *nuestra* fe y no la de Dios? Nuestras esperanzas y expectativas que provienen de los cuentos de hadas de la infancia se combinan con una dosis mínima de la Palabra de Dios, suficiente para darnos un buen equilibrio del cielo eterno y un poco del cielo en la tierra.

Ahora, después de treinta años de trabajar en las filas de los pobres y los primitivos, veo más claramente la razón por la cual muchos parecen luchar con estos problemas de por qué hay tanto sufrimiento en el mundo, o por qué suceden cosas malas a aquéllos que percibimos que no son merecedores de tantos infortunios. Es en esta afirmación donde descubrimos un “precepto cristiano” confuso que se ha injertado en nuestra llamada “subcultura cristiana” -- que describe que las personas malas merecen el infortunio, y las personas buenas son dignas de la buena fortuna.

Sin duda, ésta era una idea subconsciente mía cuando yo estaba tan enfermo y luchando. Mis intenciones eran buenas, yo deseaba ser una buena persona, un buen cristiano, servir a los demás y hacer todo lo posible para ayudar a los demás. No podía comprender por qué mi vida tenía tanta maldición. El problema lo tenemos frente a nosotros. ¿Por qué nos vemos como si fuéramos tan maravillosos y merecedores? En cuanto preguntamos “¿por qué a mí?” o “¿por qué a mi buen amigo?” ya estamos haciendo la pregunta incorrecta.

En breve, eso no tiene nada que ver con el mérito. Si así fuera, ¡ya todos habríamos sido eliminados a estas alturas! Parece que, de muchas maneras, la Palabra de Dios tiene menos influencia en la comunidad cristiana que nuestra propia versión de la misma, una versión alterada y más atractiva.

¡Sí, nuestra versión es más atractiva! Mire en las librerías cristianas.

Estantes de libros y materiales, muchos de ellos conduciéndole a un espejismo de más bendiciones, satisfacción material, pensamiento positivo, buena salud y buena fortuna -- todos cristianos, claro.

Quizás voy contra corriente en esto, pero ciertamente parece que muchas publicaciones y materiales cristianos populares son mucho más egocéntricos que centrados en Dios; muchas cosas “buenas” a la venta. ¿Cuánto de eso es realmente cierto? Probablemente no importa mientras sea “cristiano” y la gente lo compre.

Durante esos meses que se convirtieron en años de enfermedad, me hicieron reconocer que aunque era creyente, nunca había luchado realmente con mucho de lo que creía. Quizás usted se sienta identificado con esto. Lo que creemos se demuestra mejor en la manera en que usamos nuestro tiempo y dinero. Los desafíos, las pruebas y persecuciones pueden forzarnos a cierta re-evaluación saludable de nuestros valores de vida y creencias. Mis luchas y enfermedades me arrojaron a un proceso prolongado de evaluación y búsqueda. Parte de este proceso despertó una sensación de hipocresía en mi pensamiento. Durante años había creído algunas cosas simplemente porque era conveniente hacerlo. Todos lo hacemos.

Existe un peligro en la manera en que esto puede infectar nuestra conexión con la realidad, llevándonos a una gran disparidad entre lo que decimos que creemos y la manera en que realmente vivimos. Ésta era una complicada lucha para un muchacho de 18 años.

El siguiente ejemplo parece extremo, pero podría ser muy común. Recientemente tomé una revista cristiana que ponía un ejemplo de cómo podemos dejarnos influir por la disparidad, la fe inconsistente y las emociones. Cito el anuncio: "... Vacaciones en Crucero Cristiano, 7 gloriosos días y noches," etc., etc. Una gran foto a color de un hermoso crucero, albercas y toda la comida que uno pueda comer. ¡Desde \$995 dólares, todo incluido! En la siguiente página, una foto en blanco y negro de una pobre mujer en sufrimiento. Cito: "...por sólo \$10 dólares mensuales, su amor proporcionará comida semanalmente, medicinas, cobertores, una cama y un pequeño apoyo mensual." ¡Es difícil creer que una pobre mujer viuda pueda recibir toda esa gloriosa ayuda por \$10 dólares al mes, mientras un cristiano normal pagará \$1,000 dólares por sólo siete gloriosos días y noches! ¡Todo incluido, claro! El crucero cuenta con conferencistas cristianos conocidos a nivel nacional y dinámicos músicos cristianos. Estos extras no se incluyen para la mujer que se está muriendo de hambre.

Ahora bien, de ninguna manera estoy tratando de comunicar que está mal ir a un crucero. ¡Está

bien! Vayamos todos y pasémosla bien. ¡Me inclino más a creer que podemos pasarla bien en unas vacaciones por \$1,000 dólares, que a creer que cualquier organización misionera pueda comprar todos esos artículos para la pobre viuda que está muriendo de hambre por "sólo \$10 dólares al mes!" Lo que estoy diciendo es que simplemente debemos ser honestamente realistas y, al mismo tiempo, realmente honestos. Haríamos bien en asegurarnos que lo que buscamos, la manera en que vivimos, cómo administramos nuestros fondos, cómo empleamos nuestros días, y cómo percibimos la vida, encaja en lo que es apropiado y aceptable para nosotros como seguidores de Cristo.

Durante este tiempo en particular, comprender la vida cristiana fue un gran problema para mí. No podía definirlo en ese momento, pero mi idea de cuál era la parte de Dios y cuál era la mía simplemente no encajaba. Dios me estaba defraudando. La vida cristiana no estaba funcionando como yo esperaba. Durante más de 25 años, he hablado con incontables personas que también se dieron cuenta que su modelo de fe les había fallado terriblemente en su momento de necesidad. Aunque creo que este modelo es el resultado de un proceso y está bajo constante cambio conforme maduramos espiritualmente, yo encuentro una gran paradoja.

Jesús alabó a aquéllos de fe sencilla, los niños, aquéllos que tenían pocas preguntas cuando se

entregaban con inquebrantada confianza. Sin embargo, cada uno de nosotros se esfuerza por una comprensión más profunda de nuestra fe. Pasamos toda una vida buscando a través de las profundidades, respuestas a tantas preguntas complejas. Aquéllos que parecen haber madurado más son los que parecen haber cerrado el círculo completo. Ya sea que emprendieran estudios de filosofía, historia, teología, sociología, antropología u otras disciplinas, incluyendo interminables estudios cristianos, inevitablemente regresan. Regresan a la confianza de un niño, al silencio de un ignorante frente a la vasta grandeza del Gran Creador Todopoderoso. Esto, a su vez, lo lleva a uno a arrodillarse humildemente delante de Dios. Estoy en la búsqueda activa de esta “degeneración,” como me referiré a ella.



Uno de tantos ríos que cruzar

¿De Regreso Al Amazonas?

Algunas cosas no se pueden explicar fácilmente. Había pasado un año, y Jeff y yo estábamos en camino de regreso a Sudamérica. Un misionero de nuestra iglesia estaba por comenzar su trabajo en una aldea de la selva. La pregunta de “¿Por qué regresar?” no fue una que yo había contemplado a fondo. Me sentía impulsado desde dentro, aunque podría sonar nada razonable.

Aunque todo en mi vida personal parecía arrastrar una maldición, Dios estaba aparentemente bendiciendo la preparación para hacer nuestro viaje de regreso al Amazonas. Había muchas dudas, temores y sentimientos de amargura que mantuve silenciosamente en mi interior lo mejor que pude. Organizamos diversas actividades y recaudamos fondos para comprar una motosierra grande para cortar madera en la selva. Yo continuaba enfermo. ¡Pobres de mamá y papá! Soportaron mucho. Jeff tenía que dar siempre nuestra respuesta “correcta” cuando nos hacían preguntas espirituales; yo era demasiado sarcástico.

Conforme se acercaba la fecha de la partida, yo tenía grandes dudas de si viviría más tiempo. Hice un testamento sencillo y una carta para mi familia y mis pocos amigos. Fue extremadamente difícil decir: “Adiós” a todos en el aeropuerto. Creí que no los volvería a ver. Estaba seguro que el desenlace de mi hundido ser pronto se presentaría de una u otra manera.

Me sentía enojado con Dios; pero ni modo, estaba a Su merced.

Jeff y yo registramos todo el equipo y el equipaje en la aerolínea, pasamos por seguridad, nos despedimos y nos acomodamos en nuestros asientos del avión.

Todo fue en silencio. Jeff es un buen amigo; él sabía que yo no iba a ser de ningún ánimo espiritual para él. Cuando se trataba de mí y de asuntos espirituales, Jeff callaba casi todo el tiempo; y oraba por mí silenciosa y constantemente.

Aunque había gran provisión de todo el equipo de trabajo que necesitaríamos, Jeff y yo teníamos un presupuesto personal limitado. Eso significaba que tendríamos que improvisar. Eso podría significar cualquier cosa para dos jóvenes de 18 años que aún deseaban probar y experimentar todo. Nuestra escala en Miami fue demasiado larga.

Después de fastidiar a los Hare Krishna que estaban vendiendo sus libros en el aeropuerto, nos aburrimos y decidimos dormir algunas horas. El único lugar tranquilo que pudimos encontrar fue uno de los carruseles para equipaje. Dormimos bien hasta que la policía nos apuntó con sus luces y nos sacó para una revisión policiaca completa. Me reí de Jeff mientras le hacían preguntas. Eso era todo lo que le faltaba mientras trataba de poner una cara seria.

Finalmente, ambos nos arreglamos con la postura de los serios y profesionales Rick y Jeff, y nos disculpamos emotivamente por habernos quedado dormidos en el carrusel y haber pasado por alto el peligro de ser arrastrados junto con el equipaje en la banda transportadora.

Cuando enfrentábamos alguna adversidad, de alguna manera encontrábamos una forma para sacar provecho de ella. Tal fue el caso cuando finalmente llegamos al aeropuerto internacional de Caracas, sólo para darnos cuenta que nuestro equipaje había sido accidentalmente puesto en un avión a Brasil. Al principio estábamos devastados, pero no nos tomó mucho discernir que esto podría significar que quizás la aerolínea nos proporcionaría una habitación en un lujoso hotel hasta que encontraran nuestro equipaje. Estoy seguro que nuestra juventud se prestaba para que muchas cosas de la vida se pudieran ajustar a nuestros gustos. Cuando uno es joven no tiene que aceptar algunos problemas, simplemente improvisa. Si algo sale mal, usted tiene una excusa - ¡es demasiado joven para saber más!

Había muchos en la fila en el mostrador de quejas. Quienes tuvieron más dificultad para llegar al mostrador fueron los que no eran venezolanos. Pero Jeff y yo ya conocíamos el procedimiento. Aprendimos de nuestro primer viaje, si usted desea ayuda o servicio, debe demostrarlo. Así que uno de nosotros se paraba lo más cerca posible del mostrador y el otro empu-

jaba. Pronto estuvimos en una posición a la par con los demás. Cuando finalmente llegamos al mostrador, creo que nos faltó la apariencia digna, de hombres de negocios, que habría ayudado. Éramos los únicos muchachos en el mostrador; no teníamos traje ni corbata, pero aún así hicimos lo que los demás, golpeando el mostrador con el puño demandando un hotel. De ninguna manera la aerolínea iba a pagar los gastos de hospedaje de dos muchachos. Pensaron que iba a ser muy fácil deshacerse de nosotros.

Nos dijeron que siguiéramos nuestro viaje y que nos enviarían nuestras maletas después. Habíamos trabajado en Latinoamérica lo suficiente como para saber cómo funciona eso. Nunca volveríamos a ver nuestras maletas, así que esperaríamos ahí mismo. Fue después de medianoche cuando pusimos nuestro campamento frente a la puerta de la oficina de la aerolínea. El caballero que nos había atendido en el mostrador de quejas finalmente regresó. Nos gritó por estar sentados en el piso frente a la oficina, y no nos tomó en serio. Nosotros sólo pusimos caras tristes y le dijimos cuán hambrientos estábamos. Entró a la oficina y cerró la puerta. Nos sentamos justo frente a la puerta. Pronto, la gente de los turnos de día y de noche nos conocía bien, pues saludábamos a cada trabajador que iba y venía por la puerta.

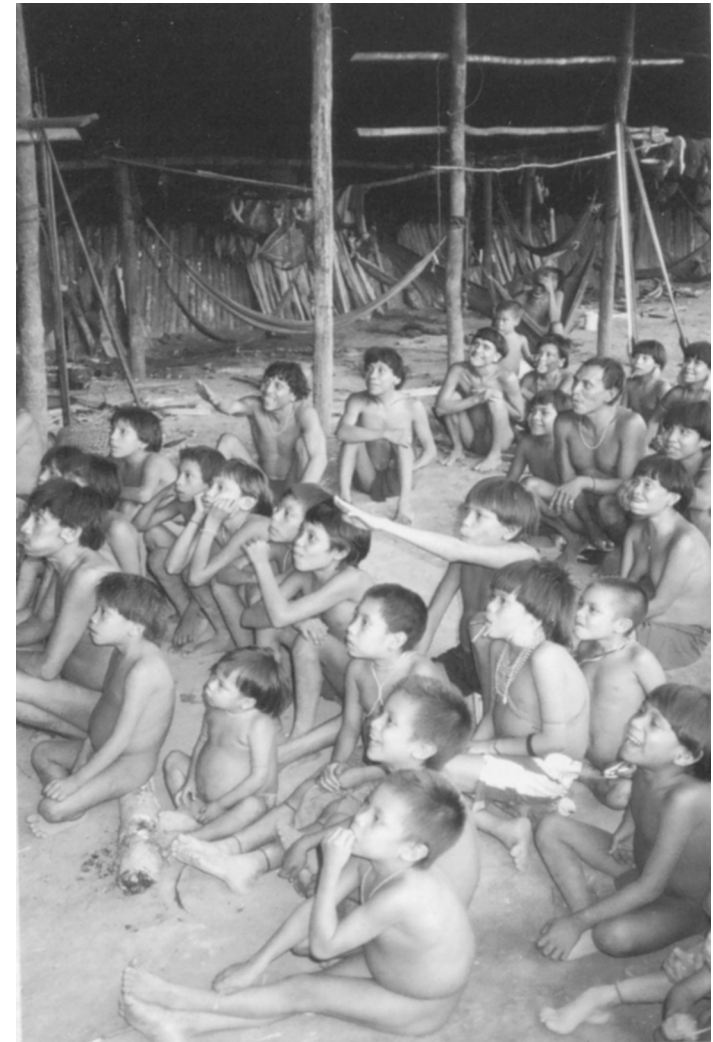
Cuando volvió el turno de noche, nuestro amigo llegó otra vez y se sorprendió de encontrar-nos todavía ahí. Se llamaba René. Ya tarde, esa

siguiente noche, René se mostró más alegre y nos preguntó si nos gustaría entrar a la oficina. Debe haberse sentido mal por nosotros, ¡pero ese fue su error! Nos preguntó si sabíamos usar la elegante cafetera de la aerolínea.

“Claro,” respondimos, “siempre hacemos esto.”



Proyecto de traducción de película, 1990



**Proyecto de traducción de película, 1990
Los indígenas viendo una película del
evangelio por primera vez**

¡Paseo En Carrito de Equipaje a Unas Vacaciones En El Caribe!

Mientras René estaba ocupado con su trabajo, Jeff y yo tratábamos de discernir por qué el agua y el café salían por todos lados sobre el mostrador. Todos los teléfonos sonaban, así que mientras yo completaba el desastre con la cafetera, Jeff empezó a contestar los teléfonos. Lo hizo muy bien, ¡considerando que no se podía comunicar con las personas que hablaban español! Sin embargo, él era simplemente encantador en inglés. René se jalaba del cabello, pero creo que al mismo tiempo éramos un respiro de aire fresco para él.

René nos animó nuevamente a continuar nuestro viaje sin nuestras maletas. Nos prometió que ya estaban en camino. Aún teníamos nuestras dudas, así que le aseguramos que seguiríamos viviendo frente a la puerta de la oficina hasta que llegaran. René salió por un momento. Cuando regresó, creo que estaba aun más convencido de la necesidad de deshacerse de nosotros. Para entonces, Jeff y yo estábamos en las computadoras de la aerolínea presionando todos los botones.

“¿Qué están haciendo?” gritó. Mirándolo casualmente desde la pantalla, informamos a René que estábamos buscando nuestras maletas. René se estaba cansando, así que pensamos que le mostraríamos cómo dar paseos verdaderamente

espantosos en los carritos de equipaje. Creo que el incidente del carrito de equipaje fue demasiado para él.

Con eso y algunas otras payasadas, ¡René estaba hartó! Se fue durante algunos minutos para obtener las firmas necesarias, y luego volvió. Nos llevó a Jeff y a mí a un teléfono donde había un directorio de turismo con información de hoteles y sitios vacacionales. Ya habíamos escuchado de un sitio donde había servicio de cinco estrellas, deportes acuáticos, servicio en la habitación, dos albercas, habitaciones en la playa, y más.

Así que cuando René nos dijo que buscáramos un hotel, no tuvimos que orar para saber cuál. Hicimos la llamada imaginando chicas en bikini dándonos uvas en la boca, desayuno en la cama, comidas exóticas, buceo y deportes acuáticos. ¡Estábamos dispuestos a ser flexibles! Desafortunadamente, no había habitaciones disponibles. No hay problema. Hojeamos el directorio y encontramos otro elegante centro vacacional en la playa. Después de hacer algunas llamadas más y encontrar todos los hoteles llenos, René se encargó de todo. Hizo algunas llamadas y finalmente aseguró un hotel para nosotros. Tuvimos que firmar algunos documentos antes que nos entregaran un puñado de dinero en efectivo. Después, René nos llevó a un taxi. Fue en realidad muy amable con nosotros en aquellas noches en el aeropuerto, y creo que hasta la pasó bien con nosotros, pero creo que también se alegró de deshacerse de nosotros.

Jeff y yo también nos alegramos de irnos, aun cuando fue el infortunio con nuestro equipaje lo que hizo posible esta aventura vacacional. Ambos estábamos extremadamente cansados, pero disfrutando el hermoso viaje a lo largo de la costa. Finalmente, el taxi se detuvo frente a una hermosa plaza española.

¡Caray! ¡Nuestro viaje misionero se estaba poniendo mejor! El chofer del taxi dijo algo brevemente en español, señaló hacia una lujosa plaza y se fue. Aunque ambos solamente queríamos dormir, nos paramos frente a la plaza mirando las palmeras, los niños nadando en el océano, la gente vendiendo pescado a la orilla del mar. Bueno, pensamos, habrá tiempo para bucear, esquiar y jugar después. ¡Entremos a este gran hotel!

“Oh, no” dije. Había echado un vistazo al otro lado de la calle, y ahí estaba nuestro hotel. No iba precisamente bien con la plaza, y estaba muy lejos de ser un hotel de cinco estrellas. Cuando entramos al vestíbulo por las rejas de seguridad, nos dimos cuenta que no iba a haber deportes acuáticos, ni chicas con uvas, ni desayuno en la cama, ni nada parecido. Esto estaba lejos de ser nuestra elección de cinco estrellas.

La persona de la recepción no hablaba una sola palabra que pudiéramos entender. Después de darnos una llave y hablarnos rápidamente algunas palabras, apuntó hacia unas deprimentes

escaleras. Caminamos por el oscuro pasillo buscando una puerta en la que la llave de nuestra habitación entrara. Aunque las habitaciones estaban marcadas con números, nuestra llave no lo estaba. Finalmente encontramos nuestra habitación.

A unos cuantos metros por el pasillo, el edificio dejaba de existir. Era como si una parte del hotel simplemente se hubiera caído. ¡El pasillo terminaba con una caída de dos pisos de altura!

Nuestro cuarto estaba decorado con graffiti y a las cucarachas no parecía molestarles que nos hubiéramos entrometido en su territorio. Estábamos decepcionados, y me quedo corto por decirlo de alguna manera así, pero demasiado cansados para estar molestos.

Jeff fue a bañarse. El baño tenía un calentador de agua eléctrico colgando de la pared. Conectó la regadera eléctrica, y salieron chispas y humo. Mientras se bañaba, intenté encender el aire acondicionado usando un cortaúñas, pues no había perillas. Éramos afortunados al tener una habitación con tres camas, pues una parecía más bien una hamaca, tan hundida en el centro que casi tocaba el piso.

Después de algunas horas de sueño, sentimos que debíamos avisar a alguien donde estábamos, que estábamos bien y aún en camino. Tomé el teléfono y comencé a marcar. Una voz contestó en

español y dijo algo que no pude entender, así que seguí marcando. El operador comenzó a gritarme, así que colgué. Jeff y yo tratamos de llamar algunas veces más, y cada vez nos interrumpieron groseramente. Lo que no sabíamos es que debíamos dar el número al operador del hotel, él lo marcaría y nos llamaría si lograba comunicarse. Finalmente nos dimos por vencidos y decidimos aventurarnos a salir para buscar algo de comer.

Encontramos un restaurante en una acera, pero tuvimos problemas al no saber las costumbres para obtener servicio. El tiempo seguía pasando y el mesero continuaba ignorándonos. A medida que nos frustrábamos, nos dimos cuenta que los que obtenían servicio silbaban al mesero como cuando uno llama a un perro. Finalmente, reunimos el valor y silbamos groseramente; el mesero nos trajo cortésmente un menú a ambos.

Definitivamente, no queríamos parecer ignorantes, pero no había una sola palabra en el menú que nos pareciera familiar. No había tacos, burritos, ni tostadas o enchiladas; ni siquiera una hamburguesa. Así que, cuando el mesero regresó, ambos nos turnamos para cerrar los ojos y apuntar algo en el menú.

Nos sorprendimos gratamente con los resultados. No sabíamos lo que estábamos comiendo, pero eso no importó. La comida de los restaurantes en las aceras era extremadamente buena, excepto por las cucarachas que encontrábamos en el

fondo de los platos de caldo. Usted las puede encontrar cuando ya casi ha terminado de comer. Es mejor así, no le echa a perder su apetito.

Nos encontramos en otros tantos problemas suficientes para que yo hiciera a un lado mi confusión interna. Después que nuestras vacaciones en el Caribe concluyeron bruscamente por la llegada de nuestro equipaje, Jeff y yo tuvimos que ir a Caracas a atender algunos asuntos antes de proseguir hacia la selva. Era seguro que Dios nos estaba enseñando algunas cosas. Una de nuestras primeras lecciones fue aprender a comprender y apreciar a otros.



Jeff durante su visita, 1992

Una Muy Ruda Bienvenida

Lo que antes pensábamos que era nuestra imagen ideal de un misionero, pronto se desvanecería. Con ello vendría un entendimiento más compasivo, una comprensión de lo que, en parte, nos forma como seres humanos. Ahora entiendo mucho mejor lo que hace a algunos misioneros como son, pues, a través de los años, yo mismo me he convertido en un producto del mismo proceso.

Llegar al departamento de la misión en Caracas fue un alivio. Estaba mucho más fresco en Caracas que montaña abajo donde se encontraba el aeropuerto. El director nos dio la bienvenida. Fue amigable y genuinamente expresó interés en nosotros y en nuestro trabajo. Sin embargo, había otro misionero que también pasaba por la casa de huéspedes. Aunque lo saludamos, él no nos contestó el saludo.

Jeff comenzó a desempacar algunas de las maletas en la parte de atrás del departamento mientras este otro misionero miraba. Jeff y yo encontramos bastante desorden en una de las maletas porque había escapado un poco del aceite de la motosierra que cargábamos. El misionero, sin mucho tacto, expresó que sólo éramos niños tontos, y luego volvió a entrar al departamento de la misión. ¡Era obvio que este tipo no estaba en el comité de bienvenida de la misión! Dentro del departamento, pudimos oírlo claramente hablando con el director: “No soporto

a los misioneros de corto plazo. Vienen y la pasan bien, y cuando se cansan, se van a casa.” Lo que este tipo no sabía es que no estábamos pasándola bien, y que no la pasaríamos bien, y que definitivamente él no era ninguna monedita de oro.

Aunque Jeff y yo bromeamos sobre este tipo que nos trató con tanta frialdad, interiormente nos preguntábamos insistentemente porqué actuaba de esa manera. Algunos años después, yo observé la lucha entre la vida y la muerte en las manos de un misionero. Yo mismo la experimenté más tarde. Y más tarde también, fui con los demás a sepultar a un compañero misionero; desde entonces he perdido a otros amigos, tanto compañeros de trabajo como a aquéllos a quienes yo deseaba ayudar. Llegamos a comprender un poco sobre esta amargura. Quizás este amargado misionero había sostenido demasiados indígenas moribundos en sus brazos. Quizá no podía comprender otra vida fuera de la lucha por salvar la vida de aquéllos con quienes trabajaba y de aquéllos a quienes ellos representaban.

Lo que la mayoría podría considerar una vida “normal,” puede distorsionarse ante los ojos de algunos misioneros que se pierden a sí mismos dando su vida a la gente a la que sirven. Tal vez hay poca esperanza para quienes no echan un vistazo afuera del mundo de su ministerio. Después de todo, ¿qué flexibilidad se puede esperar de alguien que lucha constantemente con la soledad, problemas de vida y muerte, valor

propio, aislamiento y fracaso? Esto es así especialmente cuando ellos finalmente regresan para un receso del campo misionero, y encuentran que el extremo opuesto es casi igual de frustrante. ¿De qué color las togas del coro? ¿Cómo financiar un nuevo piano? ¿A quién le toca adornar con flores el próximo domingo?

Poco después, sufrí la violencia, la pena y la pérdida de vidas en mi propio ámbito de trabajo. En parte, esto maduró mi comprensión del equilibrio en la *“relatividad de la normalidad.”*

Como jóvenes, nos era difícil ver a través de los ojos de este misionero. Para él, pudo haber sido muy difícil ver porqué cualquier cristiano serio que viniera a su campo misionero querría irse. Sin duda, él estaba agobiado con las necesidades que había en su rinconcito del mundo y, para él, quizás nos veíamos más como un par de turistas que como misioneros.

Esta experiencia abrió nuestros ojos a una comprensión más amplia de aquéllos que están en algunos campos misioneros, que se han sentido tan unidos a aquéllos a quienes han ido a servir. Esto suavizó más tarde nuestro inmediato juicio sobre aquéllos que parecían no saber otro mensaje más que el de la Gran Comisión, *“Por tanto, id...”* Sin embargo, en ese momento, este tipo nos dejó desanimados. Con el paso del tiempo, sentimos que, aunque su conducta no era excusable, podíamos entender cómo podía haberse sentido.

Un par de días después, llegamos a un pequeño pueblo en la selva. Ahí compramos nuestras provisiones y cargamos todo en la avioneta de la misión para dirigirnos río arriba. Se sentía fresco al estar volando por encima de la vasta expansión selvática, que sólo era interrumpida por ríos que serpenteaban sin rumbo fijo hacia el verde horizonte. Estaríamos en el aire por dos horas más. Un enjambre de pensamientos zumbó en mi mente. Ya no habría más de nuestras payasadas, ni centros vacacionales de lujo, ni juguetes. Era hora de portarse serios. Jeff y yo habíamos oído mucho sobre esta base de la misión donde pronto aterrizaríamos, y no era bueno.



Serpientes y Tarántulas, Hormigas y Cucarachas

La avioneta Cessna bajó rápidamente sobre el río, librando el último tramo de selva antes de aterrizar en la corta pista de césped. Supongo que fue demasiado rápido, como despertar de una pesadilla y descubrir que no todo era un sueño. La avioneta fue rodeada rápidamente por nativos casi desnudos. Algunos reían mientras señalaban hacia la avioneta. La mayoría mantenía un ritmo uniforme matando y dando palmadas a la nube de mosquitos y zancudos.

El piloto abrió la puerta e inmediatamente entró una ola de calor húmedo. En pocos segundos, toda nuestra piel expuesta se sentía como si nos enterraran repetidamente cientos de pequeñas agujas. Cada bicho nos chupaba una gota de sangre mientras dejaba otra gota de sangre expuesta debajo de la primera capa de piel.

Habíamos visto por última vez al misionero de nuestra iglesia en el servicio de su envío, vestido de traje y corbata. Ahora, no se parecía al hombre que habíamos visto antes -- enfermo, sucio, flaco, vestido con andrajos, y empapado en sudor de la cabeza a los pies. Los indígenas vinieron y empezaron a tocar el vello de nuestros brazos, a jalar nuestras ropas, y en general a darnos una buena revisión.

Me daba cuenta de que enfrentaría a Dios en un territorio donde yo ya había perdido. El Job del

Antiguo Testamento deseaba un juez que mediara entre Dios y él. Yo deseaba lo mismo. Tenía calor, me sentía mareado y los cientos de piquetes de mosquitos en la cara, cuello y brazos se hinchaban. Me disculpé y caminé lejos de todos hasta la orilla del río.

Allí hice la primera oración en meses que había llegado más lejos que un tiro de piedra. Yo era sincero, aunque no tan espiritual, honesto, pero sintiéndome ya vencido.

“Señor,” oré, “aquí moriré. Sólo espero que a dondequiera que vaya sea mejor que aquí.”

Me senté por un momento mirando fijamente al río. El momento que tomé para dejar de aplastar los zancudos fue suficiente para que se me metieran por ojos y nariz. Me paré y subí por la resbalosa orilla. La avioneta despegó.

Los indígenas nos ayudaron a cargar nuestro equipaje a una estructura de barro y postes con techo de palma. Ahí colgamos nuestras hamacas mientras los indígenas comentaban acerca de todo lo que teníamos. Nuestro alojamiento era simple. Una hamaca para dormir y un tronco de árbol para que cada uno pusiera unos cuantos artículos por encima del suelo de barro.

Nos tomó algunas noches acostumbrarnos a nuestra rutina. El techo sonaba toda la noche como la envoltura de un dulce al arrugarse, mientras miles de cucarachas cubrían el interior

de nuestro techo para hacer sus asuntos. Se necesitó que nos acostumbráramos a que las cucarachas de vez en cuando cayeran encima de nosotros por las noches. Con práctica, perfeccioné el arte de levantar rápidamente la cucaracha que me caía en el cuerpo y aventarla al suelo sin aplastarla contra el pecho o interrumpir mi sueño drásticamente.

Era mejor tener los artículos personales como cepillos de dientes y cosas pequeñas en una bolsa de plástico colgando de una cuerda para que las cucarachas, las hormigas gigantes o las ratas no los mordisquearan o se los llevaran. Las cucarachas solían mordisquear las orillas de casi todo. Las hormigas gigantes tienen que ser vigiladas en la noche. Vienen en grupos de miles llevándose casi todo lo que esté en su camino. Las ratas eran solamente una molestia. Por la noche les gustaba correr por las cuerdas de nuestras hamacas pasando por encima de nosotros.

No teníamos mucha suerte al dispararles a las ratas en el techo, pero desarrollamos un torneo mata-cucarachas altamente competitivo. Si tanto Jeff como yo nos sentíamos relativamente de buena salud, colocábamos nuestros zapatos en diferentes partes del cuarto temprano por la noche. En la noche nos turnábamos; uno sostenía una linterna, el otro estaba preparado para correr hacia cualquier zapato cuando se prendiera la luz. El objetivo era aplastar en la pared o en el suelo con los zapatos todas las

cucarachas que fueran posibles antes de que corrieran debajo de las paredes o se metieran en el techo. Cada cucaracha aplastada valía un punto. Las hormigas cargaban y se llevaban todas las cucarachas muertas antes de la siguiente noche, dejando una pizarra limpia para una nueva competencia.

Casi todo el tiempo había un ambiente de tensión. La familia misionera estaba viviendo en una casa de la aldea que los indígenas les habían prestado. La vida era dura, especialmente para la esposa. Luchaba con todo para preparar la comida, cargar agua del río, cuidar a los hijos y al esposo que estaban enfermos la mayor parte del tiempo.

Había peleas en la aldea con demasiada frecuencia. Una noche Jeff y yo estábamos visitando, junto con unos hombres indígenas, al lado de la aldea cuando oímos gritos cuyo eco se oía a lo largo de la selva. Uno de esos hombres, que sigue siendo un buen amigo hasta la fecha, retó a uno de los otros a pelear. Al agacharse para entrar a la choza, fue atacado y su cabeza fue abierta por el golpe de un hacha. Eso desató una pelea con palos en medio de la oscuridad. Los hombres corrían con machetes, hachas, flechas y palos. Nos alcanzaron unos golpes al agacharnos para cubrirnos.

Rápidamente aprendimos a conservar una postura apropiada en tiempos difíciles. Teniendo tan sólo 18 años en ese tiempo, nos era difícil

calcular todos los riesgos y peligros. No habíamos estado en la aldea más de un par de semanas cuando una guerra estaba a punto de empezar al otro lado del río.

Jeff y yo obedecimos a regañadientes las instrucciones del misionero veterano que nos dijo que corriéramos más adentro de la selva. Dijo que encontraríamos indígenas escondidos con sus flechas y sus arcos.

Cuando las cosas se calentaran, algunos querrían disparar. Párense en frente de ellos. Eso hicimos. Fue un poco desconcertante ver una flecha puntiaguda de frente ante los enojados ojos de un guerrero pintado; sin embargo, se evitó una batalla.

Una mañana temprano, mientras todavía estaba oscuro, nuestro amigo misionero nos despertó, gritando, pidiendo ayuda.

“Están matando a una jovencita al otro lado de la aldea,” gritó, y luego desapareció en la oscuridad. Jeff y yo dimos un salto para salir de nuestras hamacas y salimos corriendo. No podíamos ver muy bien mientras corríamos al otro lado de la aldea, pero los gritos se oían más fuertemente a medida que nos acercábamos. Llegamos a la orilla exterior del grupo sin saber que hacer. Había hombres y mujeres de otra aldea todos pintados, unos empuñaban machetes y otros flechas.

Finalmente, vimos a nuestro amigo en medio de un grupo de indígenas que luchaban y a una adolescente siendo jalada de lado a lado mientras ambos grupos peleaban por ella. Notamos que la muchacha ya estaba herida. Habían tratado de machetearla. Estaban tratando de quitársela a nuestros aldeanos, quienes a su vez trataban de protegerla. Jeff y yo nos abrimos camino a la fuerza para llegar a la muchacha.

El misionero gritó para que ayudáramos a sacar a la muchacha de la multitud para que estuviera segura, pues todavía trataban de cortarla con sus machetes. Jeff y yo empezamos a empujar a los enemigos hacia atrás, pero cuando lo hicimos, nos topamos con una oposición más grande. Sólo hicimos lo que nos dijeron, aunque no estábamos seguros de la sabiduría de estas instrucciones. Jeff se puso en modo de fútbol americano y comenzó a empujar a los enemigos hacia la maleza de la selva. Peleamos un rato junto con los indígenas amigables que estaban de nuestro lado hasta que se abrió un espacio y corrieron a proteger y a esconder a la muchacha. Las dos aldeas continuaron peleando con machetes. Fue un desastre; algunas personas fueron gravemente heridas. Tanto hombres como mujeres tenían profundas cortaduras de machete en la cara, cabeza y brazos.

De pronto, uno de los enemigos corrió muy enojado con una escopeta que había tomado de quién sabe donde. El misionero me hizo señas desesperadamente para que yo se la quitara.

Corrí junto a él, quitándole la escopeta al guerrero pintado. Dos indígenas con machetes me persiguieron y Jeff los perseguía a ellos. Jeff derribó a uno de ellos que cayó sobre su propio machete cortándose la mano. Las cosas permanecieron tensas con la pelea que duró hasta muy entrada la mañana. Recibimos un curso intensivo de primeros auxilios.

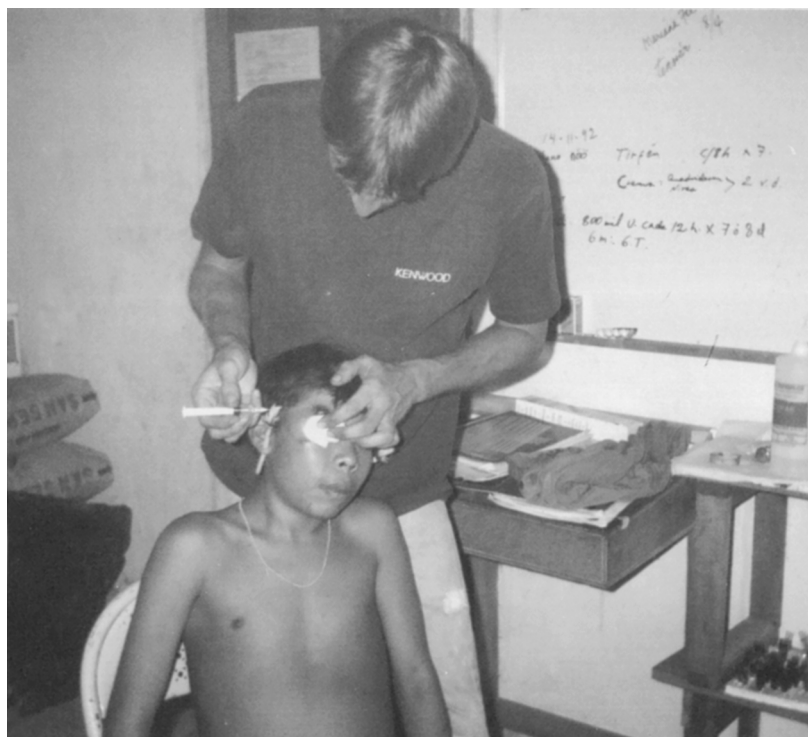
Jeff y yo encontramos que la vida ahí era difícil, y llena de pruebas, más que desafiante e interesante. Tuvimos que crecer muy rápido y luchar para sobrevivir. Muchas experiencias similares: violencia, tensión y dificultades se conjuntaron para moldear nuestras perspectivas y nuestras vidas.

Nuestro trabajo no era fácil. Ese año en particular, el calor y los insectos estaban peor de lo normal. Nos levantábamos cuando todavía estaba oscuro, andábamos por el camino hasta llegar a la canoa, con su motor fuera de borda, a la orilla del río. Luego nos íbamos río arriba, al camino que llevaba al lugar donde cortábamos madera. Justo cuando Jeff y yo llegábamos a los troncos que habíamos preparado para cortar en tablas, había suficiente luz para comenzar a trabajar. El trabajo era duro y pesado y nos dejaba exhaustos diariamente. El calor y los insectos que nos picaban eran casi insoportables. Algunas mañanas, la temperatura alcanzaba los 43 grados antes de las nueve.

Yo seguía batallando con todo en mi interior. Aparte de los constantes problemas en la aldea, la mayoría de las mañanas no sólo teníamos que pelear con el calor y los bichos, sino también con las víboras venenosas y tarántulas que encontraban un refugio cómodo debajo de las cubiertas de nuestro equipo durante la noche.

Jeff y yo estábamos enfermos casi todo el tiempo. Cada dos o tres días, uno de nosotros o ambos experimentábamos intenso dolor intestinal y vómitos. Nuestro trabajo cesaba por unos minutos hasta que recobrábamos la compostura. Jeff contrajo algunos hongos que hicieron que sus pies y manos se agrietaran y sangraran constantemente. Yo también estaba enfermo. Había momentos en los que iba al baño, y todo lo que salía eran bolas de lombrices enredadas. Jeff bajó mucho de peso.

Muchas veces después de nuestra cena, si acaso teníamos, uno de nosotros, o ambos, la vomitaríamos antes de que la noche se acabara. Ambos batallábamos con enfermedades semana tras semana, mes tras mes. Aun en nuestra enfermedad no dejamos de trabajar aunque ello lo hacía todo más difícil.



Rick suturando una cortadura



Llevando medicinas a la aldea



**Una niña se salvó por la medicina que le proporcionaron los colaboradores de IAM
La epidemia de malaria, 1992**

Todavía Enfermo, Pero Libre

Un día estábamos cortando árboles en una cuesta escarpada en la selva. Casi una docena de árboles habían sido cortados pero no habían caído por todos los bejucos que los sostenían. Me apoyé en la ladera para cortar un árbol que aparentemente mantenía a los otros en pie. Cuando los árboles empezaron a caer, saqué la motosierra del árbol. Al mismo tiempo, la tierra se desplazó y caí, y la motosierra, todavía con la cadena a toda velocidad, me cayó en la pierna. Había sangre por todos lados.

Los indígenas se pusieron nerviosos al ver toda esa sangre. Gracias a Dios, no estuvo tan mal. Cuando los indígenas vieron que no era tan grave como parecía al principio, se divertieron mucho con todo aquel espectáculo.

El tiempo pasó. Jeff y yo bajamos por el río los palos y madera que habíamos cortado para construir las casas de las dos familias misioneras. Disfrutábamos trabajar con los indígenas y aprendimos mucho de ellos durante los meses que estuvimos en la selva.

Una mañana, desperté muy enfermo. Estaba temblando, sudando con escalofríos. Rápidamente empeoré. Las altas fiebres me hacían delirar. Cuando abría los ojos, todo a mi alrededor giraba en círculos. Sabía lo suficiente como para darme cuenta de que si mi condición empeoraba, mis problemas se resolverían

permanentemente. Al pasar los días, algunos de los indígenas entraban silenciosamente durante el día, me miraban por un momento y luego se iban. Las cucarachas seguían cayendo del techo a mi hamaca, pero ya no me importaba. Aunque me sentía muy cerca de la muerte, todavía no había llegado mi hora de partir.

El tiempo pasó, y pude levantarme de nuevo. Empezaba a preguntarme por qué no me había muerto, y al mismo tiempo, no me sentía muy animado de no haber muerto. Al pasar los días, la odiosa posibilidad de que no muriera se convirtió en una pesadilla peor. Todavía estaba enfermo, desanimado, enojado con Dios y no encontraba ninguna solución a las muchas preguntas que me seguían de día y de noche. Ahora un nuevo problema se presentaba; ¿Qué pasa si no me muero aquí y Dios no hace nada para sanarme?

Tenía muy pocos deseos de vivir. Mi idea previa de la intervención de Dios, sanidad y restauración había sido totalmente borrada. ¿Cómo podía estar tan amargado a los 18 años?

Fui de nuevo a las Escrituras, cada noche leía en mi hamaca a la luz de una vela. Quería llegar a alguna conclusión absoluta, ya fuera recibir un milagro u olvidarme de Dios. Por la razón que sea, las cosas empezaron a cobrar un significado diferente. Hubo batallas con Dios en relación a algunas partes de Su Palabra que no podía reconciliar. Había noches en las que apagaba mi vela y me quedaba acostado, despierto por horas.

Relámpagos distantes iluminaban la selva que nos rodeaba por unas fracciones de segundo mientras que el trueno hacía eco en mi vacía alma.

Muchos conflictos no habían sido resueltos; sin embargo una noche mi vida cambió. Algo pasó esa noche que cambiaría mi vida para siempre. No había ningún ángel en brillantes vestiduras blancas, ni luces destellantes, ni voz del cielo. No se presentó ninguna gran experiencia sobrenatural. No obstante, esa noche hubo una rendición que me liberó.

Habían emergido varias cosas de mi lucha con Dios y Su Palabra. Una de ellas fue que aunque había confiado en Jesús, era de una manera algo parecida al Caín del Antiguo Testamento. Sí, había creído, pero mi confianza estaba más puesta en mi creencia y en mi fe que en la persona en quien estaba poniendo tal fe. Dios tenía que conformarse a mis ideas de cómo debería Él actuar. Por tanto, como Caín, la única cosa que le podía ofrecer a Dios era lo mejor de mí. ¿Qué más podía pedir Dios? Sería injusto pedir más de lo que uno tiene. Ése era el precepto de donde vino la falla de Caín. Como Caín, yo sentía que merecía algo mejor. Caín era más espiritual que su hermano Abel, por eso fue Caín quien primero trajo su ofrenda al Señor. Dios miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró así a Caín ni a su ofrenda.

Aunque había crecido entendiendo y creyendo que la base de la salvación es por fe, y solamente por fe, fue *mi* fe, a *mi* manera, lo que creó un problema fundamental situado en mí mismo. Dios le había dado una oportunidad a Caín para cambiar su forma de ver las cosas, pero éste optó por no hacerlo. Si hubiera alguna duda de que la naturaleza de la ofrenda de Caín provenía de su ego, debería desaparecer algunos versos más adelante cuando el religioso Caín, el primero en llevar una ofrenda a Dios, se levanta y asesina a su hermano.

La diferencia fundamental entre Caín y Abel quizás se puede ver más claramente si extendemos sus dos sombras hacia la cruz donde Cristo fue crucificado. Ahí encontramos a dos criminales que están siendo crucificados, uno a cada lado de Jesús. ¿Ve usted la similitud de Caín y Abel en esto? El Cordero de Dios, sacrificado, cuya sangre inocente es derramada, separa a los dos hombres culpables. Uno lo desprecia, el otro encuentra su fe entrelazada en el sacrificio y la sangre de Jesús, en quien tiene toda su esperanza. Hay dos preceptos aquí que resplandecen desde el principio de la Biblia y se hacen más fuertes a medida que la historia se acerca a Jesucristo.

Aunque yo me “había convertido en cristiano” a la edad de 11 años, según los estándares tradicionales, esa noche en la jungla era para mí como un nuevo nacimiento. Había hecho todas las demás cosas con sinceridad; había levantado

mi mano cuando hicieron la invitación para recibir a Jesucristo. Había repetido la oración tradicional que me fue recetada. Había estado en bastantes reuniones en las cuales parecía que el llamado a “recibir a Cristo” era más como estar siendo forzado a comprar algún lujoso jabón.

Al crecer, la mayoría de lo que había captado de muchas de esas cosas evangelísticas era que uno necesitaba “aceptar a Dios.” Él te ayudaría con todos tus problemas y a ser una mejor persona. A cambio, tratarías de ser un buen cristiano, dar lo mejor de ti, darle a Dios tu mejor esfuerzo.

Bueno, Dios no parecía estar interesado en ayudarme con mis problemas y en hacerme una mejor persona. ¿Y mi mejor esfuerzo? ¡Gran cosa! ¿A quién le importa mi mejor esfuerzo? Dios no necesitaba de mi mejor esfuerzo, ni tal esfuerzo tendría ningún valor para nadie, en ningún lugar, ni en ningún momento.

Aunque le estaba sirviendo a Él, sacrificándome por Él, trabajando para Él y hasta muriendo por Su obra en ese pantano maldito en medio de la selva llena de enfermedades, yo tenía en mi mano el control de todo.

Todo estaba en silencio. En la oscuridad oraba y por primera vez en mi vida, las cargas y el peso cayeron de mis hombros. Puse mi fe en acción. Esa acción consistió en quitarme del asiento del conductor de mi vida.

“Dios, no entiendo por qué has permitido todas estas enfermedades, por qué mis oraciones parecen no haber tenido respuesta, por qué todos esos interminables sentimientos de soledad, pero sí creo en Ti. No importa lo que suceda, soy Tuyo.”

Esta oración nada impresionante no puso fin a mis aflicciones. Muchas de ellas continuaron por años. Esa noche oscura en el Amazonas fue una culminación de meses de luchas espirituales que me dejaron con algunas perspectivas de la vida que han sido de bendición para mí a lo largo de los años.

Dios ciertamente no estaba interesado en convencerme de ser misionero. Ambos sabemos que no necesitaba y no necesita que yo haga nada de su obra. Creo que muchos cristianos se sienten así. Quizás muchos dirían “amén” a eso, aunque es triste que para muchos esta verdad solamente sirve para confundir los valores de la vida, reduciendo el propósito de la vida a una búsqueda de comodidad y gratificación personal, así como también actividades y valores egoístas.

Esto acaba siendo una existencia triste y vacía. Dios definitivamente no está interesado en que busquemos satisfacción al construir nuestros pequeños reinos durante esta vida fugaz. Tampoco nos ha llamado a entregarnos a la búsqueda de la felicidad. En cuanto a mí, creo que mis preceptos de vida estaban más ligados a Caín, aunque ya fuera “cristiano” en ese momento.

Aunque muchas cosas bonitas pueden salir de un “Caínismo,” Dios me estaba empujando pacientemente hacia Abel.



Danza previa al ataque



Alto Ocamo, 1992-1993

A La Manera de Dios

Una parte del evangelio de Marcos aclaró más este punto durante aquellos desafiantes meses y años. Me hizo mirar con una nueva perspectiva las fallas de mi propia vida y echar una cuidadosa mirada a lo que contribuyó a mis preceptos erróneos.

Jesús había estado enseñando a sus discípulos. Ahora había llegado el tiempo en el que Él habría de enseñarles claramente que sufriría gran dolor, que habría de ser rechazado por los líderes políticos y espirituales de la sociedad, que lo matarían, y que tres días después habría de resucitar. No puedo imaginar el impacto que esto debió haber causado en los hombres que lo habían dejado todo por seguirle. Quizá la parte de ser resucitado se les escapó a sus discípulos.

De cualquier manera, los discípulos amaban a Jesús. Pedro lo amaba mucho. Fue Pedro quien llevó a Jesús aparte y comenzó a reprenderlo. Sólo podemos suponer lo que se dijo en este breve tiempo de consejería. Pero hay una cosa que sabemos con toda seguridad: ¡La actitud de Pedro refleja la actitud de muchos de nosotros y de nuestras iglesias hoy en día! Entonces Pedro es reprendido por Jesús, delante de todos.

La razón por la que Jesús reprende severamente a Pedro: “Tú, Pedro, ves las cosas como las ven los hombres, no como las ve Dios.” En estas palabras Jesús resume lo que ha sido una lucha

constante desde Adán y Eva: los caminos del hombre en conflicto con los caminos de Dios. No podemos negarlo. No debemos sentirnos ofendidos, pero mire lo que lentamente ha producido. Desde que Adán señaló con su dedo a Eva, y Eva a Satanás, no tenemos a quién señalar más que a nosotros mismos. Sé que estoy arriesgando mi pellejo con esto, pero es solamente una parte de la suma total de los caminos del hombre, no de los de Dios.

Consideremos un par de puntos relacionados. Cuando vamos a la iglesia, es solamente eso, *ir* a la iglesia, no *ser* la iglesia. ¿Estamos satisfechos con nuestra participación de dos horas a la semana de “ser el cuerpo de Cristo?” Les pedimos a nuestras congregaciones que den “para el Señor” para poder construir edificios más grandes y más bonitos para nuestro propio disfrute, comprar nuevas batas para el coro, alfombra o campanas para un coro de campanas. ¿Puede imaginarse a Jesús o a cualquiera de sus discípulos ante las hambrientas multitudes, sonando campanas?

No hay nada malo con los edificios bonitos, batas nuevas para el coro, alfombras o campanas. Lo que puede ser cuestionable es el motivo de nuestra inversión en estas cosas o los valores colectivos que estas búsquedas revelan. ¿Cuál es la visión que realmente representa nuestro tiempo, atención y recursos como iglesia?

¿Puede imaginarse el impacto que tendría la iglesia

en su comunidad si tomara las mismas horas que invirtió en el programa de navidad del año pasado y este año las invirtiera simplemente barriendo las calles del vecindario y ayudando en la casa de una viuda anciana? Sin tener siquiera que entregar un solo folleto, sin tocar ni siquiera una sola puerta y sin tener que suspender a Juanito de las vigas del santuario con alas de ángel hechas de papel aluminio, la comunidad podría ver algo de aplicación práctica en lo que respecta al cuidado cristiano. En muchos o en la mayoría de los casos, hemos encontrado un “mejor camino” o “mejor manera” para simular cumplir con lo que Jesús nos dijo: “Vayan y hagan discípulos.” No necesitamos ir a ninguna parte. Sólo necesitamos tener un programa lo suficientemente atractivo como para atraer a la gente a una reunión en la iglesia. Si el predicador o el pastor es un orador lo suficientemente bueno, podría ser capaz de convencer a algunos de los asistentes a “creer en Jesús.”

¿Creer en Jesús? ¿Creer qué acerca de Jesús? Un fabuloso atajo; ¡los caminos del hombre no están tan mal después de todo!

Mucha de nuestra confusión es el resultado de la gran brecha que hay entre lo mejor de nuestro razonamiento espiritual y las simples palabras de Jesús: *“Tú no ves las cosas como las ve Dios, sino como las ven los hombres.”*

Quizás uno de los momentos más intensos en el corto periodo del ministerio de Jesús en la tierra

fue cuando reprendió a Pedro. Se puede sentir la tensión cuando Jesús se voltea para llamar a sus demás discípulos para que se acercaran. También llamó a la multitud a que le escuchara. La gente empezó a acercarse. Pedro probablemente todavía estaba sorprendido por la respuesta de Jesús; después de todo, ¡él sólo quería ayudar! Los otros discípulos también debieron de haber estado sorprendidos. Mientras la gente se acercaba, Jesús comenzó a hablar:

“Si alguno quiere ser discípulo mío, olvídense de sí mismo, cargue con su cruz, y sígame. Porque él que quiera salvar su vida, la perderá; pero él que pierda la vida por causa mía y del mensaje de salvación, la salvará.”
Marcos 8:34-35

Nuestra moderna fe en la actualidad ha perdido mucho de ese sentido impetuoso de convicción. Estas palabras exigen más de aquéllos que las escuchan que de aquéllos que fueron llamados por Moisés después de que los israelitas le habían dado la espalda a Dios para adorar a un becerro de oro.

Moisés vio que la gente se volvía loca y que Aarón los había dejado salirse de control, convirtiéndose en objeto de burla de sus enemigos. Así pues, Moisés se puso a la entrada del campamento, y dijo: *“Los que estén de parte del Señor, júntense conmigo.”*
Éxodo 32:25-26

Moisés había encontrado a los israelitas adorando un becerro después de haberse comprometido enteramente con Dios. Era hora de separar el fruto real del artificial. Nadie estaría en el medio. Era una cosa o la otra, un lado o el otro.

¿Cuál sería el resultado de esta escena si se repitiera hoy? ¿Cuál sería la respuesta a Jesús? Jesús no tendría ni la más remota posibilidad en muchas de nuestras iglesias hoy en día. Jesús no sería elegido por el comité de selección del pastor. No duraría por su “terrible testimonio.”

Hasta se podría oír a la gente decir: “¿Cómo se atreve este hombre a levantarse en la iglesia y causar tal división? Trató de hacernos menos con sus comentarios indirectos. Ciertamente no tiene derecho a hablar. ¿Han visto a las personas con las que anda? Nunca tiene tiempo de participar en los programas de crecimiento de la iglesia o las reuniones del comité de planeación o para el coro, y no ha participado ni una sola vez en la rotación para decorar el púlpito. ¡Siempre está con sus amigos pecadores!”

Pero estas palabras de Jesús no eran otro llamado al altar para que todos finalmente pasaran al frente durante la última estrofa de “Tal Como Soy.” Éste no era, en sí mismo, un llamado para creer en Jesús. Es interesante cómo definimos a alguien que llega a ser “salvo” en contraste con los varios ejemplos en los que encontramos a gente siendo “salva” en el Nuevo

Testamento. Pablo, por ejemplo, nunca “oró para recibir a Cristo,” ni siguió “las cuatro leyes espirituales,” ni tampoco levantó su mano ni “pasó al frente.” Demostró un cambio de corazón que reflejaba su recién encontrada fe. Su vida se conformó a la vida de Jesús.



En visita a una aldea lejana, 2001

Si Alguno Quiere Ser Discípulo Mío...

Una elección, una encrucijada en el camino, una decisión.

“Si alguno quiere ser discípulo mío.” Éste era el establecimiento de un cimiento de condiciones que contrastaba grandemente con el consejo de Pedro que reflejaba “la manera o el camino del hombre.” Jesús puso delante de la multitud tres condiciones. Mientras consideraba el significado de éstas en mi propia vida, durante los últimos años, descubrí que mientras más crezco en Él, más fallo en estas tres áreas.

Las tres condiciones evolucionan en su aplicación. Lo que necesito cambiar hoy podría no ser una necesidad el día de mañana. No obstante, si no somos honestos con nosotros mismos al considerar los efectos transformadores de este llamado, estamos destinados a continuar en una cristiandad muy ajustada, adaptada, hecha a la medida y horneada a nuestro propio gusto. Una bonita fe, seguramente, pero no una fe real. Antes de considerar brevemente estas condiciones, necesito decir por el bien de cualquiera que tome en serio estos pensamientos, que Dios juzga el corazón. Estaremos más seguros si somos humildes ante la Palabra de Dios, especialmente cuando no entendemos las situaciones o circunstancias en las que nos encontramos.

“Nada hay tan engañoso y perverso como el

corazón humano. ¿Quién es capaz de comprenderlo? Yo, el Señor, que investigo el corazón...” (Jeremías 17:9-10). En el momento en que nos miramos demasiado introspectivamente, estaremos obligados a formar un mejor concepto de cómo nos va en vez de cómo somos realmente, o nos juzgaremos más duramente de cómo Dios lo haría.

Es seguro decir que en nuestro vivir diario encontraremos cambios drásticos en nuestro estilo de vida, dirección, carácter y actividades al considerar estas tres condiciones que Jesús presentó a sus seguidores a la luz de Sus reclamos a nuestras vidas.

“Si alguno quiere ser discípulo mío:”

(1) *Olvídese de sí mismo.* No es suficiente que simplemente sirvamos a Dios. Tal servicio puede venir del principio que Caín estableció: *“Ofreceré a Dios lo que sea apropiado de acuerdo a mi punto de vista. Dios debe agradarse con lo que Sus hijos le ofrezcan.”* Qué lindo sería, que cada quien hiciera lo que mejor le pareciera.

En 1 de Samuel 15:20-23, Saúl siente que hizo más que simplemente obedecer al Señor. El Señor había ordenado que Saúl destruyera a sus enemigos y todas sus posesiones. Saúl pensó que había actuado mejor al tomar como prisionero al rey y al haber guardado lo mejor de los animales para un sacrificio al Señor, en honor al Señor. Lea la historia usted mismo. Saúl perdió su reinado sobre Israel no porque no haya servido al Señor, sino porque adaptó el servicio a su propia

manera, no a la de Dios. Las consecuencias de su pecado siguieron aun después.

¿Olvidarse de sí mismo? Todo lo relacionado con el ego es lo que hace amistad con la muerte. Sí, fueron el ego y el orgullo los que extendieron la mano de Eva para “tomar de la desobediencia.” El “yo” se alimenta del orgullo y el orgullo se convirtió en ira en el caso de Caín. Él también desobedeció, y en su ira, mató a su hermano. A medida que continúa la historia, los intereses egocéntricos se multiplican. Habiendo dicho esto no significa que Cristo tenía la idea de que debiéramos torturarnos y hacer todo lo posible por ser infelices. Más bien, Él nos estaba llamando a un mejor estándar. ¡Él esperaba que pusiéramos a los demás antes que a nosotros mismos, que consideráramos a los demás como mejores que nosotros y que buscáramos el bien de los demás antes que el nuestro propio! Un reto difícil en una era de competencias, metas y búsquedas egocéntricas.

(2) *Cargue con su cruz.* Una cosa interesante dicha por boca de Jesús. Cómo era que Él les decía, a quienes le escuchaban, que tomaran su cruz sabiendo que Él mismo no sólo tomaría la cruz de ellos, sino que moriría en ella. Frecuentemente he meditado en este principio de sustitución. A lo largo del Antiguo Testamento vemos increíbles reflejos de lo que habría de venir en Cristo. En el relato de Abraham e Isaac (Génesis 22), Dios proveyó un sacrificio sustituto para que tomara el lugar de Isaac. En la Pascua (Éxodo 12), la señal

de la sangre haría que el juicio pasara de largo. Los que estaban detrás de la puerta estaban a salvo, ninguna otra cosa sería considerada.

Entonces aquí tenemos a Jesús invitando a los demás a cargar con su cruz. En el contexto encontramos que es una decisión para escoger un lado u otro. Porque él que quiera salvar su vida, la perderá; pero él que pierda la vida por causa de Jesús y del evangelio, la salvará. Pablo más adelante presenta esto como la muerte del “yo,” que su vasija sea consumida por Cristo.

Jesús tomó nuestra cruz de pecado para que ni tú ni yo tuviéramos que pagar por tal pecado. Jesús, como nuestro cordero sustituto, derramó su sangre en el dintel de esa cruz, así como la sangre del cordero sirvió como la única protección para quienes estuvieran detrás de los dinteles de las puertas en Egipto, para que tú y yo seamos libres; incluso libres para tomar una cruz.

Quizás llevemos la carga de otro para que sus ojos puedan ver a Jesús. Quizás, mientras Su Espíritu nos guíe, podamos llevar la carga de alguien más. Así como alguien vino en nuestro tiempo de necesidad y nos mostró al que salva, nosotros podemos hacer lo mismo por los demás. Sin embargo, tales acciones pueden ser costosas. La cruz fue costosa. Significó el pago por la vida. Se dio vida para que se pudiera recibir vida. Jesús dio Su vida, no sólo para que pudiéramos ser salvos, sino para que también recibiéramos Su vida como la nuestra.

(3) *Sígame.* ¿Qué significa seguir a Cristo? Ésta podía ser una aventura difícil para nosotros que no entendemos lo que implica la tarea. Ni siquiera los discípulos lo entendieron bien. Después de que Jesús estuvo en la tormenta y reprendió al viento y a las olas, se volvió a sus discípulos y preguntó: “¿*Qué pasó con su fe? ¿Todavía no tienen fe?*” (Lucas 8:22-25; Marcos 4:40).

En Marcos 6, Jesús hace un milagro al alimentar a miles de personas con cinco panes y dos pescaditos. En el capítulo 8, alimenta a otros miles al multiplicar siete piezas de pan. Un poco después, ellos van viajando en una barca y los discípulos comienzan a discutir sobre la poca comida que les queda. ¿Puede imaginarse estar en la misma barca con Él, que alimentó a miles con casi nada? Jesús les dice: “¿*Por qué dicen que no tienen pan? ¿Todavía no entienden ni se dan cuenta?*”

Les recuerda lo que recogieron después de que Él había alimentado a las multitudes en ambas ocasiones y pregunta de nuevo “¿*Todavía no entienden?*”

Seguir a Cristo es más una disposición del corazón. No es a dónde vayas por Cristo, sino dónde estás en Cristo. Tantas veces, cuando alguien menciona la frase “seguir a Cristo,” inmediatamente pensamos: “Ay, no, es otro de esos misioneros.” “Siempre andan presionando a la gente para que vaya a África o a lugares así por

el estilo.” Pero no es así. Es probable que Jesús no te mande a África, sino que te mande a otro campo de servicio: ¡tu propio hogar!

En Lucas 8, Jesús sana a un hombre poseído por un demonio. Al seguir Jesús su camino, el hombre le ruega que lo deje acompañarlo, pero Jesús lo manda a otro lado: “*Vuelve a tu casa y cuenta todo lo que Dios ha hecho por ti.*” ¡Y eso hizo!

Cuando Jesús dijo: “Sígame,” estaba invitando a la multitud a comenzar una vida de fe, a caminar por fe, a vivir por fe y a terminar por fe.

Todas estas consideraciones y otras tantas fluyeron juntas. Éste era un punto clave. Después de orar, apagué mi vela. No me dormí inmediatamente. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, sentía una paz. Las enfermedades no se fueron. De hecho, empeoraron, pero mi espíritu estaba en paz.



La Muerte del Padre de Casper

Los meses se convirtieron en años y yo seguía muy enfermo. El laboratorio de enfermedades tropicales del gobierno de los Estados Unidos con sede en Panamá me aceptó como un caso de estudio. Cuando entré allí por primera vez a ese laboratorio en Panamá, me sentí seguro de que estaba en el lugar equivocado. Caminé entre filas de jaulas que contenían monos y otros animales, pero sí, era el lugar correcto. Las pruebas de laboratorio eran gratis porque era un laboratorio de investigación. ¡Era sólo otro mono para estudiar!

Al pasar los años, finalmente superé algunos de mis problemas de salud. Crecí en la gracia de Dios mientras Él abría nuevas puertas y una nueva visión.

En 1983, guíé al primer grupo de lo que sería un programa de discipulado anual. Misiones Internacionales de Jóvenes había nacido. Llevaba a dos jóvenes en ese primer grupo, y nunca llevé a más de cuatro varones por equipo.

Cada grupo me acompañaba en una intensa experiencia de discipulado de tres meses. Vivían conmigo en México, trabajando y sirviendo entre la gente de escasos recursos. El estudio del idioma, de la cultura, los ministerios y también el aprendizaje de la humildad en el contexto de comunidades marginadas al sur de la frontera de México – EE.UU. constituían la primera fase. A

esto le seguía un campamento de entrenamiento en el caluroso y desolado desierto del sur de California, que brindaba un tiempo de crecimiento en equipo, estudios prácticos y preparación. Allí en el desierto, cada uno de nosotros aprendía a depender de los otros miembros del equipo. Después del desierto, viajamos a las montañas para un campamento de entrenamiento selvático que incluía entrenamiento para tareas que se realizarían en Sudamérica, así como también enseñanza sobre relaciones, servicio, trabajo en equipo y misiones transculturales.

Después de terminar estas tres etapas, llevaba a los grupos a Sudamérica. Al pasar los años, con la participación de los grupos indígenas, construimos numerosas casas para misioneros, clínicas y escuelas. La meta no era construir edificios, sino edificar vidas. Nuestro trabajo simplemente nos daba la oportunidad de tener el privilegio de aprender en el campo.

Dios usaba este programa de discipulado para llevar a los miembros de los equipos en diferentes direcciones. Aunque la meta no era que se inscribieran para un ministerio o misión en particular, más de la mitad de los muchachos están participando activamente en algún ministerio, algunos de ellos como misioneros en campos extranjeros. Los grupos trabajaban muy duro y algunos en circunstancias peligrosas. Las condiciones de vida eran muy básicas y primitivas.

Probablemente aprendía tanto como enseñaba, y Dios usó a los miembros de mis grupos para impactar mi propia vida mediante el trabajo y la vida al estar juntos. Se pudiera escribir un libro de las experiencias que tuvimos en México, en el desierto y en el Amazonas. Dios obraba de maneras especiales y significativas en cada una de nuestras vidas.

Dios usó a otros en mi camino para enseñarme. Al terminar esta etapa de discipulado cada año y después de haber mandado a mis grupos de regreso a sus países, yo regresaba río arriba con la gente Yanomamö. No podía quedarme más de un par de meses, pues tenía que regresar al trabajo a fin de sostenerme a mí mismo, y a la obra en México. Pero mi tiempo río arriba me dio otras oportunidades para servir y también crecer. No todas mis experiencias eran gratificantes, pero todas servían para moldear mi vida.

Un amigo misionero que vive en el Amazonas y yo compartimos un incidente triste. Había conocido a Mike por muchos años. Él está muy apegado a los indígenas y pasa mucho tiempo con ellos. Yo había tenido el privilegio de trabajar con Mike y había sido animado y desafiado por su fidelidad.

En 1980, antes de conocer a Mike, Jeff y yo trabajamos con los Yanomamös construyendo la casa en la cual viviría una familia misionera que estaba siendo enviada por nuestra iglesia en San Diego. En ese tiempo, conocimos a unos Yanomamös de río arriba. Uno de los hombres

que conocimos en una aldea río arriba, se convirtió en un amigo muy especial.

Jeff y yo nombramos a este amigo Casper. Tiene ojos verdes azulados, una característica muy poco frecuente en este grupo étnico. Pasamos mucho tiempo con Casper, trabajando con él en la selva, yendo juntos en el camino y viajando por el río. Aunque yo nunca había visitado su aldea – que estaba subiendo dos ríos y una escalada a través de la selva – algún día tendría la oportunidad.

La familia misionera de nuestra iglesia se mudó para allá y empezó a trabajar, pero la constante batalla con las enfermedades, infecciones y malestares cobró su precio. No pasó mucho tiempo antes de que la esposa se enfermara, y su vida se salvara a último minuto por medio de una primitiva traqueotomía realizada por el hermano de Mike. Le abrieron la tráquea en la aldea, y esa operación desesperada le salvó la vida. El tratamiento para sus enfermedades fue largo y complicado después de ser llevada a un hospital en Estados Unidos. Nunca volvieron al campo.

En la selva, las enfermedades pueden venir de pronto, y a veces, con consecuencias considerables. La malaria es el enemigo más frecuente. La tristeza de intentos fallidos por salvar vidas puede ser difícil de describir. Una tarde, justo antes de que anoheciera, una voz retumbó en la selva desde el otro lado del río. Un par de hombres Yanomamö remaban hacia

donde se encontraba el hombre que gritaba para que lo recogieran. Era Casper. Había corrido durante todo el día por la selva, su cuerpo estaba desgarrado por las espinas; estaba hambriento y exhausto. Temblaba mientras explicaba el porqué de su venida.

“Mi padre estaba en el jardín ayer cuando cayó al suelo temblando. Los otros hombres que estaban allí vieron a mi padre cuando era atacado por espíritus. Rápidamente empezaron a estrangularlo para matar a los espíritus. Se los quité de encima y levanté a mi padre, para cargarlo hasta la aldea. Me quedé con él toda la noche, y temprano por la mañana empecé a correr. Por favor, ayuden a mi padre,” suplicó Casper.

Para entonces ya había oscurecido. Casper había corrido una gran distancia. Él había visto los efectos de la medicina y esperaba que pudiéramos ayudar. Esa noche, llenamos una mochila con provisiones médicas y un poco de arroz y a la luz de la luna llenamos los tanques de gasolina para el viaje río arriba. Antes de amanecer, Mike, yo y algunos hombres Yanomamös, incluyendo a Casper, bajamos por la lodosa orilla para ir a la canoa, ya cargada y lista. Poco después de haber partido, había suficiente luz para poder ver la orilla de la selva a través de la densa niebla. Nadie hablaba mientras nos apresuramos entre la oscuridad y la niebla.

Por fin llegamos al camino y Casper nos guió a través de él. Yo lo seguía junto con Mike y los

demás. Casper mantenía un paso rápido mientras pasábamos por arroyos y atravesábamos por la espesa maleza. Cruzamos barrancos por simples puentes hechos de uno o dos palos. Al cruzar uno de estos puentes, el palo se quebró cuando me acercaba a la mitad. Un dolor agudo perforó mis costillas al caer sobre las ramas de un árbol que estaba debajo y finalmente al suelo.

Seguirle el paso a Casper no fue nada fácil. Al pasar las horas, yo continuaba pensando en el padre de Casper. Casper caminaba cada vez más rápido, obviamente estaba consternado. El calor y la humedad nos caían pesados, como también la anticipación de lo que podríamos hacer, si acaso pudiéramos hacer algo. Finalmente, el camino se volvió en más que unos árboles marcados, y me di cuenta que nos acercábamos. Casper desapareció por el camino. Yo seguí lo más rápido que pude hasta que escuché un grito distante. Me detuve en el camino para escuchar.

En la distancia hicieron eco más gritos y unos gemidos de muerte. Dejé mi mochila en el suelo y junto con ella la esperanza de encontrar al padre de Casper con vida. Me senté en el camino mirando al suelo mientras el sudor me corría por la cara, espalda y pecho. Pronto, algunos de los Yanomamös me alcanzaron. Los miré; estaban muy serios y tenían una tensa expresión de tristeza y enojo en la cara. Rápidamente pusieron en el suelo sus arcos y flechas y comenzaron a pintarse el cuerpo de negro. Cuando todos estaban

apropiadamente pintados, continuamos yendo por la selva hacia la aldea.

Cuando llegamos a la parte exterior de la aldea, los hombres que iban con nosotros se unieron a los aldeanos. Los hombres danzaban de un lado a otro con sus arcos y flechas, las mujeres con palos afilados y machetes. Alrededor de la hamaca donde descansaba el padre de Casper, algunos aldeanos golpeaban los postes de donde estaba amarrada la hamaca. La aldea resonaba con gritos y gemidos. La estructura temblaba cuando los dolientes golpeaban los postes.

Mike se me acercó y preguntó: “¿Se está sacudiendo la hamaca por los golpes o el padre de Casper se está moviendo?” Yo no sabía. Nos metimos entre la multitud de hombres y mujeres que gemían, hasta llegar a la hamaca. Nos estiramos y tocamos su cuerpo. ¡Estaba vivo! Aunque inconsciente y retorcido por las violentas convulsiones, estaba respirando. La gente se acercó e hicieron silencio, excepto por algunos que seguían llorando.

Tenían miedo de tocarlo por temor a los espíritus.

Pedimos agua para lavarlo y tratar de bajar la fiebre. Estaba severamente deshidratado. Vómito seco le cubría el cuello y pecho; violentas convulsiones le habían hecho que vomitara. Su hamaca estaba empapada de orines y diarrea por causa de las convulsiones. Se quedaba quieto como si estuviera muerto y de pronto convulsionaba violentamente.

Estaba peor que otros que había visto en etapas similares, algunos ahogándose con lombrices intestinales que les subían por la garganta y les salían por la nariz o la boca. Mike continuaba bañándolo y yo preparaba la primera inyección. Mientras yo sacaba la solución, miré las muchas caras a nuestro alrededor, pero rápidamente volví a mirar hacia el suelo.

Todos los ojos mostraban la misma pregunta: “Van a salvarlo, ¿verdad?” Yo no estaba muy optimista, tampoco Mike.

Lo estuvimos atendiendo hasta después de anochecer y en unas horas parecía estar un poco mejor, aunque todavía inconsciente. Aproximadamente cada hora, uno de nosotros se levantaba a revisarlo. Otra inyección, otra vez haciendo lo posible para bajarle la fiebre. Los gritos cesaron y algunos fueron a acostarse en sus hamacas; otros se sentaron en círculo alrededor de él.

En algún momento, Mike volvió a donde teníamos colgadas nuestras hamacas y dijo emocionado: “¡Creo que está mejorando! Medio consciente, dijo ‘Ya amishi, ya amishi’ (Tengo sed, tengo sed).” Mike pudo darle algunas cucharadas de agua en la boca. Nuestra esperanza se avivó. Nos pusimos a orar.

La aldea permanecía silenciosa. Quizás todo saldría bien. Nos animaba pensar que todos los esfuerzos, las oraciones, el largo camino y las horas al lado de su hamaca podrían tener un

desenlace feliz. Sin embargo, justo antes del amanecer, despertamos con los gritos de la gente y en la aldea entera había un alboroto. El padre de Casper había pasado a la eternidad. Alguien comenzó a cortar leña y a preparar una fogata en medio del claro para quemar el cuerpo. Comenzó a llover. Yo miré a Casper en medio de la aldea. Danzaba de un lado a otro con sus flechas por encima de la cabeza. Sus lágrimas caían al suelo junto con la lluvia.

Algunos de los aldeanos vinieron a decirnos que nos podíamos ir. Todo había acabado. Bajamos nuestras hamacas y salimos en la lluvia. Los aldeanos danzaban, gritaban y gemían. Nosotros estábamos derrotados en silencio. Casper vino a nosotros cuando nos preparábamos para entrar a la selva. No dijo mucho. Dijo su equivalente a “adiós,” y mientras nos miraba directamente a los ojos, los de él comenzaron a llenarse de lágrimas de dolor nuevamente.

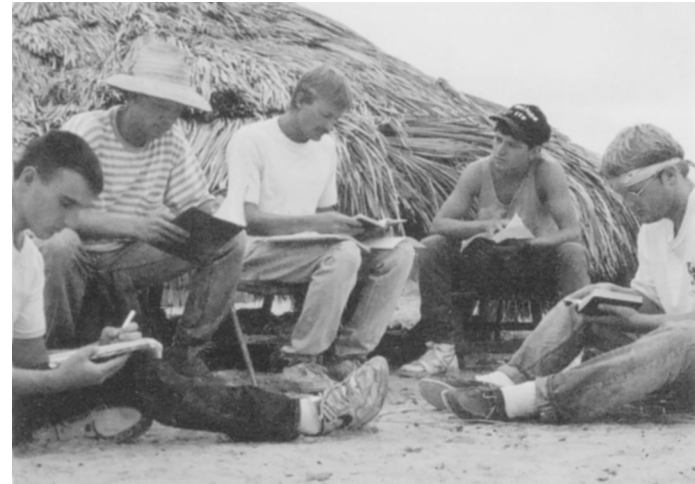
Nos alejamos de la aldea. A la orilla de la selva me volví por un momento. La lluvia sonaba como una cascada al caer en el follaje selvático, pero no podía ahogar los gritos de nuestros amigos en esa oscura aldea. Traté de secarme el agua de lluvia que me corría por la cara para mirarlos una vez más. Esa última vista no sería olvidada fácilmente: una gran multitud llena de desesperanza. Me volví y caminé para entrar a la oscura selva. Pronto, los gemidos y gritos se ahogaron con el sonido de la fuerte lluvia al caer.

En los años siguientes, yo volvería a estos caminos de tanto dolor, tallados profundamente en otros rostros y en otros lugares. Quizás los del Amazonas son más vívidos, pues al estar en México las experiencias en Sudamérica parecen muy lejanas. Los veo por las noches; puedo oírlos gritar al cerrar los ojos. Aquellos hombres río arriba están a mundos de distancia de aquí. Oro por ellos diariamente y deseo poderlos alcanzar. Al estar en la selva, tengo los mismos pensamientos con relación a quienes conozco en México.

Ha sido una gran bendición de Dios el vivir y trabajar con amigos indígenas y misioneros en el Amazonas. Sin embargo, mi llamado principal fue a trabajar con la gente necesitada de México. Para México, mis esfuerzos tendrían que ser enfocados, aunque muchos rostros de la selva tropical están tatuados en mi mente. Era joven, y no me imaginaba lo mucho que Sudamérica y México formarían parte de mi vida.



**Entrenamiento de equipos de discipulado
en el desierto, 1985**



**Devocional del grupo de discipulado
en aldea indígena**



**Grupos del discipulado
trabajando junto con los indígenas**

Cristianos de Arroz y Misiones de Arroz

Con el correr de los años, seguí sosteniéndome trabajando en la construcción, mientras estudiaba medio tiempo en una universidad comunitaria y trabajaba en México. Por un tiempo, trabajamos en el basurero municipal de Tijuana donde el pastor Von había empezado a ayudar a la gente en su día de descanso semanal. La gente de ese lugar tenía mucha necesidad y realmente sufría mucho. De muchas maneras, eran amables con nosotros y nos hacían sentir bienvenidos cada semana. Sucedian cosas violentas en el basurero, sobre todo por la noche.

Las casas eran sencillas: cartón y plástico sobrepuesto, un pedazo de tabla, una pared hecha del cofre de un auto, todo atado con un alambre para sostenerlo, y un par de llantas en el techo para que el techo no se cayera con el viento. Pocas casas tenían letrina. Menos de ellas contaban con una fosa séptica cavada. No importaba; todo se revolvía en el basurero.

Las familias trabajaban duro en ese lugar; por lo menos hasta que muchos grupos cristianos bien intencionados corrompieron el basurero con una mezcla de evangelismo y ayuda material. A medida que más y más grupos visitaban el basurero, algunos residentes decidieron que era más fácil dejar de trabajar.

Los generosos visitantes cristianos regalaban tantas cosas que la gente del basurero podía ganar una buena suma vendiendo los regalos en los mercados ambulantes. Los fines de semana se dedicarían a “ser pobres” y recibir más provisiones de los generosos grupos cristianos, un par de días se dedicarían a la venta de todos esos regalos y el resto del tiempo, bueno, ésa es otra historia.

En los primeros días, la gente escarbaba en las toneladas de basura que llegaban diariamente. Primero, recogían cualquier clase de comida que se pudiera comer, y después, el largo proceso de extraer tesoros. Tesoro era todo aquello que tuviera valor en sí mismo, cosas dañadas que podían convertirse en cosas útiles. Una carreta de juguete descompuesta junto con una rueda de bicicleta, un pedazo de tubo y un carrito de supermercado ¡podían convertirse en una carretilla! Después, el vidrio y el metal se extraían para formar montones que pesaban toneladas. Estas cosas se vendían y el ingreso recibido mantenía a la comunidad del basurero.

Más adelante, trabajé en ese lugar con otro misionero. Él trabajaba con los hombres de la comunidad, uniéndose a ellos en su batallar. Se llevaron a cabo algunos proyectos de desarrollo en la comunidad. Mi amigo Andrés tenía la confianza de los lugareños, pero el avance era difícil. Por cualquiera que fuera la razón, este misionero finalmente sufrió un colapso nervioso, terminando su trabajo ahí.

Había cosas que sucedían en el basurero que quizás torcían la perspectiva de lo que es la “vida normal.” Niños abusados y desaparecidos, homicidio, violación, muerte y opresión eran hechos cotidianos en el basurero. Recuerdo un día que uno de mis amigos de ese lugar se dirigió a mí con un tono de voz muy molesto. Era el padre de una de las pocas familias que tenían una verdadera unión familiar (Un “esposo,” una “esposa” y todos los hijos fruto de esa relación). Al acercarme, vi lágrimas en sus ojos.

Gritó en tono enojado: “No somos perros” y me hizo señas para que lo siguiera. Nos agachamos para entrar en su casa de cartón.

“Mira lo que encontraron hoy mis hijos en la basura,” dijo. En el piso había varios cuerpos de bebés abortados. Habían dejado un montón de ellos “en nuestro vecindario,” se quejó mi amigo. Y con la intención de aumentar el agravio, y como broma de mal gusto, otros cuantos fetos habían sido tirados enfrente de la humilde casa de esta persona.

La vida continuaba ahí para bien o para mal. Muchos grupos cristianos y seculares encontraban una aventura fantástica al “ayudar” a la gente del basurero. Era su “ayuda” la que hizo el ministerio ahí realmente difícil, pues la comunidad había aprendido un nuevo y “adaptado” estilo de vida.

Entre semana, la gente bromeaba acerca de “*Los Evangélicos*,” que venían sin falta todos los sábados. Traían comida, ropa y otros regalos. Entre más pobre se aparentaba ser, más recompensado sería. Y así era, casi todos los fines de semana, camionetas, autobuses y remolques llegaban al poblado para “ayudar a la gente del basurero.” Mientras tomaban fotos y video, repartían comida y ropa. Las “misiones de arroz” producen “cristianos de arroz.”

Sólo eran unos pocos grupos los que realmente trabajaban para ayudar genuinamente a quienes necesitaban asistencia. Hacían todo lo que podían para mantener la dignidad de la gente. Éstos eran muy pocos y no podían detener el mar de los muchos grupos que, ignorantemente, creen que un país puede ser evangelizado con un puño de folletos o alguna película y un par de bolsas de arroz o frijoles. Sin embargo, lo que veían esos muchos grupos era suficientemente convincente para ellos. Supongo que simplemente lo mirábamos desde otro punto de vista.

Semana tras semana, la misma gente se “salvaba” y sería recompensada o “bendecida” con un poco de arroz, frijoles o alguna otra cosa, para expresar agradecimiento por su respuesta al mensaje. Con el tiempo, la gente aprendió que la pobreza era el recurso de más valor. Mientras más pobre aparentabas ser, más recibirías.

Muchos grupos merodeaban como turistas en un

zoológico. Algunos hacían expresiones de asco y se tapaban la nariz, mientras otros tomaban una foto tras otra. Algunos grupos se paraban en el techo del autobús o camioneta a aventar comida y ropa a la incontrollable multitud. Mientras todos se peleaban por los mejores artículos, eran fotografiados. Años después, algunas personas del basurero aprendieron a cobrar por su foto. Hay infinidad de historias que es mejor dejar en ese basurero junto con los montones de perros muertos quemándose, los fetos, la basura y la corrupción dejada por muchos “ministerios” bien intencionados.

Las misiones cristianas podían aprender mucho del basurero. Supongo que mucho dependería del punto de vista desde donde se ve. El evangelismo sin enseñanza y discipulado puede ser un desastre. Ha sucedido en infinidad de ocasiones. El “ministerio” puede causar mucho daño y destrucción. Lo triste es que el “evangelista” puede ser el último que se dé cuenta de lo que ha causado. Otra triste realidad es que, aunque Tijuana se jacta de tener muchas iglesias fuertes, en los años que frecuentamos el basurero, nunca vimos una iglesia mexicana que intentara realizar un ministerio en ese lugar. Quienes son más capaces de satisfacer la mayoría de las necesidades reales, no se mezclarían con esta gente del basurero. Sinceramente creo que Dios hubiera podido hacer una muy buena obra ahí, si algunas iglesias, o siquiera una iglesia mexicana se hubiera comprometido en verdad, si genuina-

mente hubiera enseñado y discipulado a estas personas. El ministerio que más necesitaban y aquéllos más capacitados que realmente podían ayudarlos nunca acabaron de llegar.

El basurero terminó siendo un lugar sin esperanza para ministrar. En mi opinión personal, de muchas maneras, las “misiones” lo hicieron así.



“Grupo México” inundado durante las lluvias

Una Comida de Acción de Gracias

En México, María es un nombre común, pero sagrado. María es también una muchacha cristiana dedicada, fuerte, y por lo general sin temores. Aunque ella misma nunca haría alarde de estas cualidades, ésta era la María a quien llegué a conocer durante esos años en que trabajamos juntos. Algunas veces la acompañé durante las visitas de su ministerio personal en conflictivas colonias en los arroyos, a las afueras de Tijuana. Existen muy pocas mujeres como María en la obra misionera. Tuve el privilegio de trabajar con ella por más de seis años. Es una mujer de Dios, dedicada e interesada en que los demás lleguen a conocer la gracia de Dios. A finales de 1985, María me platicó acerca de una comunidad que estaba naciendo no muy lejos del basurero. David, otro amigo misionero, ya había descubierto este nuevo asentamiento. Si alguien podía convertir la oscuridad en luz, ése era David.

David siempre ha sido apreciado por aquéllos a quienes ministra. Trabaja intensamente para ayudar a los demás, demostrando un interés genuino por ellos. David batallaba con las mismas luchas que yo, con el tiempo dividido entre un creciente ministerio y la manera de ganarse la vida.

Durante este tiempo, él estaba construyendo pequeñas casas en Tijuana para familias de

escasos recursos. Había recibido como donativo una construcción desmantelada que había sido usada previamente como “casa del terror” en la actividad anual de una organización juvenil. Con una sola mirada se podía ver donde David estaba construyendo en esta nueva área. Sólo se tenía que buscar las casas negras con ataúdes, lápidas, fantasmas, calaveras y esqueletos pintados por todos lados. Fue a través de David y su “casa del terror” que Dios abrió las puertas para el levantamiento de la primera iglesia en esa comunidad.

Nuestro pequeño grupo trabajó en equipo a través de los años en Grupo México. Juan estuvo ahí desde el principio. Más tarde se casó con una de las muchachas de la iglesia de Grupo México. Él y su esposa, Cristina, tienen un fuerte don para trabajar con niños y jóvenes, entre otras cosas. De hecho, conocí a Juan como diez años antes de comenzar nuestro trabajo en Grupo México. Ha sido un obrero trabajador, dedicado y sacrificado, además de buen amigo. Juan sirvió a la iglesia durante tiempos muy difíciles. Lo asaltaron varias veces, una vez incluso durante el servicio de la iglesia. Lo aprecio, así como también aprecio su fidelidad durante todos esos años. He conocido pocos hombres como él. Años más tarde, Juan llegó a ser el director del programa de rehabilitación contra las adicciones y desarrolló una obra con los muchachos y niños de la calle.

El primer día que visité esta comunidad era un día lluvioso de 1985, en la fecha en que en los Estados Unidos se celebra el Día de Acción de Gracias. La desesperación de la gente de este lugar era más extrema y muy diferente a la de cualquier lugar donde habíamos trabajado antes. María y yo nos reunimos y manejamos por Tijuana, rumbo al este. Era avanzada la mañana cuando llegamos a la cima del cerro y miramos el extenso valle. El *Grupo México*, llegaría a ser hogar, infierno y esperanza.

Un grupo político de fuerte liderazgo se apoderó de esas tierras, valles y numerosas profundas cañadas. Rápidamente asentaron en este terreno a cientos de familias muy necesitadas. La lucha sobre la propiedad de la tierra mantuvo alto el nivel de tensión por algunos años. Miles de colonos se hicieron militantes defensores de las propiedades invadidas. Había constantes rumores de los colonos en desacuerdo que eran golpeados, asesinados, cuyas casas habían sido quemadas, estando estos inconformes atrapados dentro de ellas.

Conforme pasó el tiempo, fuimos desarrollando una muy buena relación y amistad con los líderes del movimiento de Grupo México. Nos proporcionaron una mejor perspectiva interna de lo que sucedía en el valle. Los líderes políticos ayudaron a miles de personas que de otra manera no habrían podido tener un lugar donde vivir. Toda la lucha para el desarrollo de la comunidad la llevaban los dos líderes políticos

y sus ayudantes. Conforme la población aumentaba, también crecían el desorden social y los problemas. Sucedian más cosas de las que uno podía ver. El tráfico de drogas, los asesinatos, los delitos y la violencia encontraron en estas barrancas una fácil base de operación. Puesto que el municipio no reconocía la legalidad del asentamiento, no se les proporcionaba ningún servicio público, incluyendo el de vigilancia con patrullas. Cada cierto tiempo, los comercializadores de desechos metálicos venían al valle a acarrear los carros robados desmantelados y quemados que quedaban tirados desordenadamente a las orillas de los caminos de terracería.

Esto y mucho más sería visto con más claridad durante los siguientes años. Todo se veía tan inocente ese Día de Acción de Gracias. Unos plásticos azules cubrían las faldas del cerro. Les llaman “paracaidistas.” Los terrenos eran ocupados rápidamente por familias que solamente contaban con un pedazo de plástico para cubrirse. Caminamos sobre el resbaloso y lodoso camino por una vereda. Hacía frío.

María y yo dimos con una mujer indígena; nos aproximamos a ella para preguntarle acerca de la comunidad.

Mientras caminábamos, no pude evitar recordar que ese día, mis paisanos, en el otro lado de la frontera estaban celebrando el Día de Acción de Gracias. Aunque eso no era importante en Tijuana, sin embargo, sería aquí, en Tijuana,

cuando tendría uno de los “Días de Acción de Gracias” más especiales de mi vida, aunque no había nada que yo pudiera ver por lo cuál alguien pudiera dar gracias en ese lugar. Éste sería un día sumamente memorable y especial, como un soplo de aire fresco en medio del sofocante humo, o un tesoro encontrado entre las cenizas.

Al acercarnos, la mujer nos saludó. Nos presentamos. Entramos a su pequeña casa de dos y medio por dos y medio metros. Estaba de pie, descalza, en el lodo con sus tres pequeños hijos. Partes de las paredes de cartón empapadas por la lluvia habían caído al suelo. El techo, igualmente empapado, también se había derrumbado. Resultaba un tanto torpe preguntarle cómo estaban, aunque ella fue amable y se veía emocionada de tener visita.

“¿Dónde está tu esposo?” pregunté. En español *mocho*, y con un fuerte acento indígena, nos dijo que los había abandonado. Hizo una pequeña pausa y agregó: “Pero a veces regresa, borracho. Y nos pega, y lastima a los niños.”

“¿Qué les hace?” le preguntamos. De inmediato nos respondió diciéndonos detalladamente cómo los sujetaba de la cabeza para lastimarlos, metiéndoles chiles por la fuerza a la boca.

También le preguntamos que dónde dormían y averiguamos que lo hacían en un pedazo de cartón, en el pequeño cuarto, ahora sin techo. Cuando le preguntamos si tenían cobertores, su respuesta fue muy cándida.

“No, no tenemos cobijas, pero nos abrazamos toda la noche porque ha hecho tanto frío.” María y yo nos miramos, y sin decir una sola palabra, los dos sabíamos que regresaríamos.

“Una pregunta más, antes de irnos: ¿Tienen comida?”

“Sí, gracias a Dios,” contestó. Nuevamente recordé; hoy es el “Día de Acción de Gracias” del otro lado de la frontera. Sus palabras me impactaron con el sentido correcto de “acción de gracias.”

Continuó: “Ayer no teníamos nada que comer y los niños tenían mucha hambre. Pero hoy, gracias a Dios, tenemos comida.” Se había levantado temprano esa mañana y, llevando un viejo costal, se abrió camino entre la lluvia y el lodo hasta la ciudad. Detrás de una tienda de abarrotes, en un bote de basura, “gracias a Dios,” como dijo, encontró un poco de maíz podrido. Regresó por el valle, hasta lo alto del cerro, con su bendición.

María y yo nos despedimos, pero al dar la vuelta para salir, esta pobre mujer nos alcanzó y nos dijo: “Por favor, no se vayan; quédense para comer con nosotros.” Aunque resulte obvio, éste ha sido uno de los más significativos “días de acción de gracias” que haya experimentado jamás. Nos pusimos de cuclillas todos juntos y compartimos el podrido maíz cocido. Compartieron con nosotros lo único que tenían

para comer. Jamás olvidaré su sincera sonrisa mientras permanecía de pie junto a nosotros, sus niños desnudos, calentándose al lado de la fogata. Ahí estaban sin cama, sin cobertor, sin techo, todo mojado y frío.

“Sí, gracias a Dios, hoy tenemos comida,” dijo.



Abandonados



David Burdette construyendo casas, 1985

La Ayuda Constructiva De Los Grupos Visitantes

En Grupo México tuvimos un nuevo comienzo. Por años, los grupos que no fueran de los nuestros no se aventurarían a ir a esos lugares. Conforme el trabajo avanzaba en esta comunidad, lo que parecía ser un lento avance al principio comenzó a mostrar resultados positivos.

Uno de los aspectos de nuestro ministerio era el de trabajar con grupos visitantes. Su trabajo y ayuda han sido un gran aliento. Por medio de tales grupos, más de quinientas sencillas casas fueron construidas en aproximadamente siete años. La mayoría de estos grupos demostraron madurez, expectativas ministeriales reales y genuino amor por la gente. Trabajaban duro, mano a mano con la gente de nuestra iglesia de Grupo México. La iglesia había desarrollado algunos ministerios que teníamos en conjunto con una consistente enseñanza de la Palabra de Dios. Los pastores de las iglesias que venían constantemente me animaban respecto a que éste era un excelente campo de entrenamiento. Generalmente, cada noche teníamos algo de tiempo para desafiar y enseñar a estos equipos visitantes. Tal vez se logró un impacto, pero en ese momento no parecía que nada fuera a acabar desafiando a nadie en relación a un mayor interés o participación en este tipo de ministerios.

Durante un estudio con un grupo visitante, un

miembro de una pandilla local que me había atacado meses antes, vino tropezándose por la puerta, pidiendo ayuda. Estaba sangrando y había sido apuñalado y herido gravemente desde el pecho hasta las piernas en un pleito con navajas.

En otra ocasión, estaba guiando a un grupo de jóvenes visitantes rumbo a una de las cañadas. De repente, se escucharon unos gritos que venían de una de las casas provisionales, luego salieron dos hombres peleando con navajas. No creo que alguno de estos eventos haya sido un punto decisivo con respecto a misiones para nuestros visitantes, por decir lo menos. Llevé al hospital al que había perdido en la riña; limpiamos toda la sangre de la camioneta, y después tuvimos nuestro estudio con el grupo.

Durante la visita de un grupo, llegó un hombre corriendo cerro arriba, buscándome. Me dijo que un amigo nuestro, un señor con muchos problemas, estaba por colgarse. El pastor norteamericano, que era el líder del grupo, corrió junto conmigo hacia la pequeña casa. La puerta estaba cerrada con alambres. Tumbé la puerta, la cuál hizo caer una lámpara de petróleo y provocó un incendio. El hombre había caído sobre la cama, con un cable todavía apretado alrededor del cuello. Le quitamos el cable del cuello y lo llevamos a la iglesia; ahí, los jóvenes visitantes lo cuidaron durante la noche. Cuando finalmente recobró la conciencia, se convirtió en un odioso borracho intolerable.

¡El grupo de esta iglesia es hasta la fecha uno de los colaboradores de apoyo que sigue trabajando con nosotros!

La mayoría de nuestros grupos eran de los Estados Unidos y Canadá, con unas pocas excepciones de participación de mexicanos, sin contar a Grupo México. La razón por la cuál muchas iglesias mexicanas de clase media no se involucraban en esta comunidad y otras similares no era económica, como muchos pudieran pensar. El haber trabajado con algunos de los más prominentes pastores de Tijuana nos ayudó a vislumbrar un interesante enfoque de cómo alcanzar a los perdidos.

Un pastor mexicano de una importante iglesia en Tijuana me preguntó por qué queríamos trabajar en un área con tan mala reputación, tan llena de pecado. En cuanto a que se les habían construido casitas, él asumía que cada familia que recibiera una, estaría forzada a arrepentirse y hacerse bautista. Aunque se le explicó que no importaba qué tan genial fuera que todos mostraran interés en nuestra motivación por servir, esto de ninguna manera tendría que ver con quién sería seleccionado y quién no para recibir la ayuda. Para él y para algunos otros era absurdo ayudar a familias desamparadas que no se comprometerían a “hacerse miembros de la iglesia.” Este interesante concepto acerca de las “misiones,” finalmente nos dejó a mis dos compañeros mexicanos y a mí tan aturridos, al ver como ellos percibían lo que era “servir a Jesucristo,”

que renunciábamos a seguir haciendo esfuerzos para trabajar con estas “reconocidas” iglesias.

Nuestros grupos, sin embargo, no estaban interesados en obligar a esta pobre gente para que levantara la mano o inclinara la cabeza o hiciera cualquier otra cosa que se supone uno debe hacer para llegar a ser un “buen” cristiano. Simplemente venían a entregarse, compartiendo el sencillo amor de Jesucristo por medio del testimonio de su labor, trabajando al lado de sus hermanas y hermanos mexicanos para servir a la gente sin esperanza. Tal vez fue este amor más sincero el que llevó a muchos, con el tiempo, a conocer a Cristo. Siempre hemos tenido la convicción de que los grupos a corto plazo no deben involucrarse directamente en la evangelización. Creemos que esto lo hacen mejor quienes en realidad conocen a la gente. Hay mucho más detrás de todo esto, que cuando se explica, tiene perfecto sentido. Nuestros grupos entendieron estos principios y, por tanto, trabajaron en conjunto muy bien con nuestros amigos creyentes locales, y estos principios los guiaron a un ministerio real y efectivo.

Tal es la historia de José. Un hombre humilde que vivía con su esposa e hijos, todos amontonados en el cascarón de una camioneta tipo *van*. Estaba lloviendo mucho, era un día frío, lodoso y con viento. Yo estaba con algunos de mis hermanos mexicanos, de pie bajo un pequeño techo. Hablábamos acerca del grupo de norte-

americanos que estaba programado para venir a ayudar a construir la casa para José y su familia. Les urgía cualquier tipo de alojamiento. José quería darse un baño y ponerse ropa limpia para verse más presentable y buscar empleo. Pero, ¿con qué agua? ¿Con qué ropa? No tenían recipientes para el agua, sólo un par de bolsas de plástico que contenían todas sus posesiones. Estaban mojados, tenían hambre y frío. Yo dudaba que el grupo de norteamericanos viniera. El tiempo pasó.

Finalmente escuchamos un grito emocionado: “¡Ahí vienen, ya vienen!” Conforme la camioneta se deslizaba de un lado a otro por el lodo, llegaron hasta el cerro. El espíritu abatido se levantó. La lluvia no los había detenido. Traían consigo todo el material para construir una pequeña casa de una sola habitación. Y estaban listos para empezar a trabajar, con o sin lluvia.

Durante la fría y lluviosa tarde, el grupo trabajó hombro a hombro con los varones de nuestra pequeña iglesia. En pocas horas la casa estuvo lista y la familia de José se mudó ahí.

Continuamos trabajando con la familia de José. Finalmente entregaron sus vidas al Señor. Hubo otras personas con historias similares que, sin embargo, nunca respondieron. Algunos no mostraron ninguna gratitud; mientras que otros fueron tocados profundamente por las expresiones incondicionales de amor. Algunos de

aquéllos que llegaron a ser creyentes por medio de nuestros ministerios, tomaron las enseñanzas de la Biblia y regresaron al sur de México para compartirlas en otras comunidades.

En cuanto a los equipos visitantes, han bendecido a muchos por medio de su ministerio y estoy agradecido por su colaboración en la obra. Dios ha animado mi corazón por medio de estas iglesias, pastores, profesionistas y grupos de jóvenes que han participado con nosotros, apoyando el crecimiento de la visión. A raíz de sus esfuerzos y sacrificio se han añadido otros enfoques de ministerio. Gracias a su colaboración, los ministerios han crecido y se han expandido, incluyendo la enseñanza y el discipulado de aquéllos con quienes trabajamos. Su participación, que ha hecho posible ese trabajo, nos ha permitido ofrecer oportunidades de educación y servicio a quienes, de otra manera, no las podrían tener. El resultado de todo esto ha sido el crecimiento de ministerios nacionales que se autopropagan y misiones dentro de la misma esfera social de los marginados.

Agradecemos a Dios por cada uno de nuestros compañeros de ministerio, algunos de ellos han facilitado la obra por medio de la oración, otros aportando económicamente, otros con su consejo y aliento y otros por medio de su participación en nuestras vidas personales. Cuando reflexiono acerca de todas las vidas que han sido tocadas profundamente por este trabajo a través de todos

estos años, le doy gracias a Dios por cada compañero del equipo que lo ha hecho posible.



Algunos de estos niños murieron en un incendio en su casa poco tiempo después de tomar esta foto.



Un vistazo al valle de Grupo México



Equipos de trabajo en servicio conjunto con compañeros mexicanos

La Vida En El Barrio

Conforme el ministerio en México crecía, yo me hacía más pequeño. En realidad yo no había planeado ser misionero. Todo lo que sabía era que quería servir a los demás por lo que Dios había hecho por mí.

La vida en esta comunidad era diferente a la de situaciones anteriores. Poco después de que la pequeña congregación comenzó a crecer en ese lugar, trabajamos en conjunto para construir un sencillo local ("iglesia") de madera para las reuniones, de 6 x 6 metros. Ahí colgué mi hamaca y dejé mi trabajo de construcción en San Diego. Había una harapienta cobija, que servía como puerta. Ratones y ratas entraban y salían por los espacios que había entre las paredes y el piso de tierra. Había cosas espiritualmente oscuras que sucedieron durante algunas noches. Para guardar la "sana doctrina," haré a un lado los detalles. Luego, la máscara de justicia social se fue despellejando lentamente, poniendo al descubierto una fea realidad. Muertes sin sentido y gente muy necesitada que era dejada a un lado en situaciones críticas.

El tiempo transcurría como pasan los granos por un reloj de arena. Tantas experiencias de aquellos días, semanas, meses y años llenaron y moldearon mi vida. Aunque Dios logró limar algunas características ásperas de mi vida, otras aparecieron. Una especie de *collage* comenzó a

formarse, una mezcla de alegría y dolor, emoción y frustración, esperanza y desánimo.

Muy temprano, una mañana, una familia vino a la puerta y me pidió que fuera a ayudar a su hija. La pequeña estaba muerta cuando llegué. Una noche, ya tarde, me despertó el ruido de alguien al caer contra la pared de afuera.

Después de un momento, una voz repitió: "Tienes que aprender a sufrir, tienes que aprender a sufrir;" reconocí la voz de un muchacho que tenía una vida espiritual muy tenebrosa. Hablaba en lenguas que él jamás había aprendido.

Otra noche, una niña llamada a la puerta. Era tarde. Tenía la cabeza medio abierta, con sangre seca hecha bola en el pelo, en la cara y en la blusa.

"Mi mamá quiere saber si usted tiene agua que nos regale para tomar," dijo. Caminé por el piso de tierra para darle agua y mientras lo hacía, le pregunté qué le había sucedido.

Me contestó: "Ay, mi papá llegó hoy en la noche. Anda borracho y me pegó con un tubo."

En otra ocasión, un miembro de nuestra iglesia se encontró a una mujer embarazada y desamparada y la llevó a su humilde casa. En el transcurso en que ayudábamos a esta mujer durante su embarazo, accidentalmente

descubrimos una trama en la que en un hospital público robaban bebés recién nacidos. Llevamos la historia a los periódicos, quienes a cambio fueron a la policía a revelar la historia. Eso fue un error. Aparentemente, la policía estaba involucrada. Después de la visita a la policía, el reportero en un tono nervioso nos exhortó a que guardáramos silencio y que nos olvidáramos de cualquier cosa que hayamos visto. “Mira, te regresaron a tu bebé, ya olvida todo,” le dijo a la mujer.

La madre de una niñita vino al local de la iglesia una noche, ya tarde. Lloraba y me pidió que fuera a ver a su pequeña. Caminamos por la ladera en la oscuridad, cruzamos un borde y subimos por una empinada loma donde estaba su casa, hecha de materiales de desperdicio. En la pequeña y deteriorada cama se encontraba recostada su hija, seriamente deshidratada, enferma; su garganta estaba seca e inflamada. La madre la había llevado al hospital, pero no la atendieron. Tratamos de darle líquidos, pero no podía retener nada. Hice lo que mejor podía hacer con la pequeña. Dimos gracias a Dios por permitirle vivir. Tuvo suerte.

Una vez una familia me trajo a un joven y me pidió que lo pusiera en nuestro programa de rehabilitación para drogadictos. Además de tener problemas de drogadicción, era obvio que también estaba mentalmente perturbado. Mientras la familia hablaba, yo les escuchaba, y a la vez notaba que el joven estaba muy nervioso.

Este muchacho había participado recientemente en una riña. Su contrincante tuvo la desgracia de caerse. Este muchacho levantó una piedra y le aplastó la cabeza, matándolo. Puesto que la policía lo estaba buscando, sabía que al aceptarlo en nuestro programa podría causar problemas.

Le pregunté si era su deseo entrar a nuestro programa y trabajar con su problema de drogadicción. Platicamos un rato hasta que de pronto una terrible mirada apareció en sus ojos. Se llevó la mano al bolsillo de su pantalón y sacó una pistola cargada con la que nerviosamente me apuntó. No era la primera vez que yo tenía que mirar hacia el lado equivocado del arma; al menos esta vez, si me hubiera disparado, me consolaba la idea de que habría sido en la iglesia que amaba y servía.

Una noche, mi camioneta estaba teniendo problemas mecánicos. Era casi la media noche cuando trataba de sacar con cuidado la camioneta de entre las oscuras barrancas. Me detuve en una gasolinera cercana a fin de conseguir agua para el recalentado motor, y no mucho tiempo después, una patrulla se puso detrás de mí. El oficial miró a su alrededor al salir de la patrulla, pero yo no le puse mucha atención a eso. Me preguntó qué hacía y luego me dijo que no podía estar en la gasolinera.

“Tengo que llevarte a la comandancia,” dijo. A pesar de mis problemas mecánicos, me hizo

manejar por un callejón que me llevaría a la comandancia de policía. Aunque pensé que sólo querría dinero, reconsideré acerca de sus intenciones cuando me detuvo en el callejón y me quitó todos mis documentos. Yo sabía que mi camioneta no estaba en las condiciones que hubiera deseado para tratar de hacer cualquier cosa, aunque me quemaba por echarla en reversa y lanzar a este tipo a través del parabrisas. Me indicó que avanzara un poco y luego me detuvo otra vez, donde debía entrar a un terreno cercado y de ahí continuar con él en su patrulla. Empecé a preguntarme si se desharía de mí. Al llegar había otros policías que estaban robando a otros. Algunos de esos relatos de pesadilla que han escuchado acerca de la policía son ciertos. Y hay muchas más que nunca hemos escuchado. Las personas desaparecen así como si nada. La vida y los negocios continúan. Una mano cubre a la otra.

Había un señor que vivía en la parte baja del cerro y que tenía el hábito de mezclar drogas con alcohol. Una noche, llegó a su casa completamente drogado. Entró como alma que lleva el diablo y aventando a sus hijitos al suelo, comenzó a golpear sin compasión a su esposa. Los niños veían con horror, como siempre. Esta vez, el niño como de once años de edad salió hacia el automóvil del padre y con una gran frustración, rompió todos los vidrios. Luego tomó a su hermanita de tan sólo seis años y subieron al cerro. Llegaron a mi cuarto, muy asustados.

“Por favor, ¡escóndanos!” dijo el niño. A petición de la madre, el niño se quedó conmigo el siguiente día y lo llevé conmigo en la camioneta a recoger algunas provisiones. Mientras pasábamos por las calles llenas de baches, le pregunté: “Si pudieras hacer lo que quisieras en este mundo, lo que sea, ¿qué harías?”

Se quedó pensando por un momento y luego me miró a los ojos y preguntó: “¿Lo que sea?”

“Sí, lo que sea,” le dije.

Se quedó pensando un momento más y entonces mirando fijamente dijo: “Primero, amarraría a mi papá. Luego lo golpearía hasta que no aguantara más. Después, le daría un balazo en la cabeza y otro en el corazón.” Olvídense de que los pequeños siempre sueñen con ser bomberos o astronautas.

Otros eventos me recordaban a menudo que tenía que sacarle provecho a mi tiempo ya que éste parecía estar frecuentemente amenazado. Una noche, me salió un borracho que me apuntó en la cabeza con una pistola cargada, tenía un marcado odio hacia los americanos. Otra noche, llegué hasta donde estaba uno de los jóvenes de mi grupo de discipulado. Lo saludé, pero no respondió, lo cual me pareció muy extraño. Pronto supe por qué, ya que al acercarme a él me di cuenta que estábamos siendo encañonados por uno de los pandilleros. Luego, ahí estaba el conductor ebrio de un tractor tratando de acorralarme contra la loma y despedazarme con la parte delantera del tractor.

Una noche mataron a un muy amigo mío frente al edificio de la iglesia. Algunos de nosotros llegamos y lo encontramos boca arriba, bañado en un charco de sangre. Había pasado muchos días con él y su familia. Aunque su esposa llegó a ser creyente, él andaba siempre demasiado ocupado en la bebida y en el juego como para pensar en lo que podría tener Dios para él. No mucho tiempo después de su asesinato, le dispararon a un joven, matándolo casi en el mismo lugar. A algunas personas esto les hacía sentir repulsión, pero a otras les daba gusto. Así fue una vez en que un grupo de niños me llamó para que fuera a ver a un joven que había robado y asaltado muchas veces en la comunidad. Era otro con el cual habíamos hablado muchas veces. Lo encontraron acuchillado, envuelto en una vieja alfombra, a la orilla del camino de terracería.



**Rick con los líderes de Grupo México,
a finales de los 80**



**Los residentes de Grupo México marchan a
la prisión buscando la libertad de su líder**

Más Bienaventurado Es Dar Que Recibir

Aunque éstos y muchos otros eventos formaron parte del escenario ministerial de nuestra comunidad, no podrían ni lograrían oscurecer el propósito por el cuál estaba ahí. La palabra y vida de Jesucristo, Su amor, sanidad y tesoro, descubiertos y multiplicados. Dentro del contexto del discipulado se encontraba el propósito de capacitar a los demás para enseñar, para dar, para ejercitar su propia fe y dones, para que al dar, fueran bienaventurados. Creo que los programas de nuestras misiones pueden a veces ser miopes, si nuestra gratificación está enfocada solamente en nuestro propio dar, servir, enseñar y trabajar. Si no estamos dando a los demás la oportunidad de también dar, servir, enseñar, trabajar y discipular, tal vez no estemos haciendo mucho.

Tocante a los pobres, es muy desafortunado que muchas iglesias y muchos ministerios extranjeros y nacionales los vean nada más como un “ministerio.” Los pobres son raramente vistos como gente también llamada por Dios y a quien Dios quiere usar para hacer grandes cosas. Puede que hoy sean un “ministerio,” pero en la economía y el propósito de Dios, pueden ser grandes “ministros” el día de mañana, siempre y cuando no les neguemos esa oportunidad. He visto a quienes muchas veces se les considera demasiado pobres para poder ofrecer algo, ser en

gran manera usados por Dios para alcanzar, enseñar y ministrar a quienes se encuentran a su alrededor. Su sacrificado dar, a veces, avergonzaría a algunas de las iglesias más ricas del mundo.

Si como misioneros solamente damos, privaremos de una gran bendición a quienes hemos ministrado. Sí, más bienaventurado es dar que recibir. Al darnos nosotros mismos, debemos enseñar a otros a dar. Puede que a menudo nos encontremos a nosotros mismos siendo humillados por la obra poderosa de Dios por medio de aquéllos a quienes enseñamos. Éste es un principio que, creo yo, ordenó Dios para edificar su iglesia al comprometernos como discipuladores y discípulos simultáneamente.

Una vez, una familia de nuestra iglesia de Grupo México, vendió todas sus sencillas posesiones junto con su humilde casa por unos cuantos pesos. Lo hicieron para juntar dinero y regresar al sur de México a compartir el evangelio. Si suena de verdad radical, esto sólo fue el principio. Unos días después sintieron que Dios quería que le dieran una ofrenda a un misionero en Sudamérica a donde pronto iría yo. Sentían que ahí había más necesidad y que además Dios podría proveerles de alguna otra manera. Poco sabían que nunca podría encontrar en ninguna parte a ningún misionero que estuviera tan necesitado como ellos. Ahí estaba una familia sin nada, excepto el poco dinero de la venta de su casa, dándoselo a un misionero que no conocían,

en un lugar del cuál nada sabían. Estaban seguros que Dios los ayudaría. Y así fue, proveyéndoles por medio de milagros que para algunos sería difícil de creer. Tal vez no lo habría creído yo mismo, excepto que los vi con mis propios ojos. Para esta familia, no fue gran cosa. Nuevamente me sentí indigno. Su fe, en comparación, hizo parecer la mía muy pequeña.

Hay también otras historias como éstas. Uno de los hombres vino a decirme algo un día y conforme hablábamos, me expresó su deseo de ministrar a un montón de borrachitos que vivían junto a las vías del tren, en un lugar que se llamaba “El Campamento.” Juntos decidimos que un compromiso de cinco meses sería suficiente para comenzar algo apropiado en ese lugar. En poco tiempo, este hermano aprendió sus primeras lecciones en habilidades organizacionales.

Este campamento era un lugar interesante. Un montón de cajas no muy altas de cartón formaban un gran círculo. En el centro de la “villa” había un árbol de navidad seco con un cráneo humano como corona. Alrededor de la “villa,” colgaban de un matorral algunas piezas de chatarra y muñecos atados por el cuello o pies. Basura y lodo rodeaban las afueras de la villa. Los hombres escarbaban en los contenedores de basura y llevaban a casa lo más o menos se veía comible. Cuando terminaban de comer, aventaban los desperdicios al lodo donde los

perros callejeros arrasaban con lo que quedara disponible.

Caminamos por la basura y el lodo, tratando de evitar los charcos más hondos. Los perros salían ladrando conforme nos acercábamos. Un borracho salió arrastrándose de una caja para ver por qué estaban ladrando tanto los perros. Nos metimos hasta en medio de la villa y les comentamos que nos gustaría platicar con todos los varones. Unos cuantos estaban relativamente sobrios, otros pocos embriagados y otros pocos estaban completamente ebrios. Hablamos con los hombres un rato y también les dijimos que todos aquéllos que estuvieran interesados en oír la Palabra de Dios quedaban cordialmente invitados a nuestra iglesia, donde habíamos incluido un tiempo de enseñanza los domingos para quienes quisieran saber de qué se trata el mensaje de Dios. Aparte de liderar un estudio de la Biblia semanalmente con ellos en ese lugar, al hermano Florentino de Grupo México le encantaba llegar por ellos cada semana y acompañarlos a nuestra iglesia.

Bueno, no fue sino unas semanas más tarde cuando tuvo ahí su primera situación de “reto.” Se bajó del autobús urbano, cruzó la calzada y bajando el sendero llegó al campamento. Al llegar, le dijeron que uno de los hombres estaba en aprietos. Unos días antes, dijeron, había trabajado y traía algo de dinero cuando regresó al campamento. Los otros le pidieron el dinero para comprar más licor, pero se rehusó a entregárselo.

Así que al quedarse dormido, uno de los hombres le dio con un hacha en la cabeza y le quitó el dinero. Estaban preocupados porque desde entonces no se movía, el hacha seguía clavada en su cabeza.

Nuestro nuevo “misionero” empezó a pensar de qué manera podría manejar la situación. Primero, decidió que se llevaría a los borrachitos al transporte público que los llevaría al servicio que habría en la iglesia, luego regresaría para ver si el hombre con el hacha en la cabeza seguía vivo. Después de formarlos a todos para cruzar la carretera cuando no hubiera tráfico, les gritó “¡ya!” Todos empezaron a correr, pero un par de los hombres, quienes habían bebido demasiado, se desorientaron a medio camino.

“Pum, pum.” Los que habían logrado pasar al otro lado voltearon a ver por qué tanto ruido. Uno de los hombres había sido arrollado por un automóvil.

Nuestro entusiasta misionero estaba ahora jalándose los pelos. Hizo un buen trabajo esa noche. Después de terminar el servicio fuimos a la Cruz Roja donde nuestro amigo estaba inconsciente, pero vivo. El hombre que tenía el hacha en la cabeza también sobrevivió. ¡Todo esto finalmente nos llevó a otro ministerio en el desarrollo de nuestro centro de rehabilitación para drogadictos y alcohólicos! Nuestro amigo, quien había recibido el hachazo en la cabeza, se hizo creyente ahí. Enseñar a los demás a dar

tiene sus riesgos, pero Dios no puede trabajar con libertad hasta que soltemos las cosas. Debemos ser trabajadores responsables, pero a la vez sin limitar el crecimiento de los demás.

En la mayor parte de nuestro ministerio necesitamos mirar más allá de simplemente ministrar a los demás. Deberíamos buscar la mejor manera de ayudar a los demás para que alcancen su potencial. Esto incluye ayudarlos y animarlos a hacer lo mismo, es decir, discipular a otros, para que éstos a su vez se conviertan en discipuladores.

Es una bendición recibir, pero más bienaventurado es dar. Es de eso precisamente de lo que se trata nuestro ministerio; nos esforzamos en proporcionar oportunidades para que la gente aprenda, crezca, dé, y pueda discipular a otras personas que hagan lo mismo.

Fue un privilegio ver a Dios obrando dinámicamente en muchas vidas durante esos primeros años en Grupo México. En esos días, las personas de la localidad eran más dependientes unas de las otras y estaban más abiertas al ministerio. Mientras más familias indigentes llenaban las faldas de los cerros, Dios abría nuevas puertas para compartir Su Palabra. Se abrió un centro juvenil donde servían varios ministerios.

Varios miembros de la iglesia local ayudaban en nuestra clínica médica. Otros trabajaban con grupos en la construcción de viviendas para familias desamparadas; se llevaban a sus casas prostitutas y a otras personas que vivían en las calles y buscaban a quienes estuvieran más necesitados que ellos mismos para ministrarles. Se desarrolló un pequeño programa de rehabilitación para drogadictos. Orábamos y recorriamos las calles de la notoria “Zona Norte” de Tijuana y nos llevábamos a casa con nosotros a quienes literalmente recogíamos de las calles.

Nuestras reuniones dominicales siempre tenían algún evento especial no planeado. Los hombres que estaban en el programa de rehabilitación enrollaban sus cobijas mientras la gente se congregaba a oír la Palabra de Dios. Al principio nuestras actividades no eran tan diversas y sólo teníamos un cuarto de reuniones de 6 x 6 metros.

Cada vez asistían entre 100 y 120 personas para la enseñanza bíblica. También “asistían” perros y gatos. Se produce un gran alboroto cuando se inicia una pelea de perros en medio del servicio. De vez en cuando, entraban borrachos desordenados. Una vez, una pandilla entró y querían comenzar una pelea. En numerosas ocasiones, nuestros servicios eran interrumpidos por balaceras cercanas. Una vez, durante un servicio, mataron a un joven por la espalda y murió enfrente del edificio de la iglesia.

Vimos muchas caras ir y venir en medio de esta comunidad en transición. Ahí nos tocó conocer a mucha gente de todo México y también de Centro y Sudamérica. Aunque algunos estaban ilegalmente en México, involucrados en actividades ilícitas o en problemas y huyendo; otros simplemente batallaban para salir adelante y solamente necesitaban un poco de ánimo y ayuda. Dios nos dio la oportunidad de ministrar a todo tipo de personas.

Hubo incontables recuerdos y experiencias. Algunas personas vieron a Dios hacer obras milagrosas en sus vidas; otras se fueron por su propio camino. En Grupo México tuvimos experiencias tanto dulces como amargas.

Un día, una peculiar joven vino a servir con un grupo visitante de los Estados Unidos; era febrero de 1988. Esta chica en particular parecía tener la facilidad de meterse en medio de algunas

de nuestras más oscuras y feas áreas del ministerio. No le importaban el vómito, los olores y las enfermedades de nuestros nuevos internos que ingresaban al centro de rehabilitación. Calladamente identificaba una necesidad y simplemente trabajaba en ella.

Durante los siguientes meses y años, se convertiría en una parte integral de nuestro equipo ministerial. Se llama Eunice, aunque todo el mundo la llama Eunie (Yuni). Nació en Filadelfia, hija de padres taiwaneses. Eunie creció en un hogar de sólidas bases cristianas. Su padre inició muchos grupos de estudio bíblico y fundó la Iglesia Evangélica de Formosa, la cual llegó a ser una denominación con más de cincuenta iglesias en seis países. De jovencita su hogar estuvo lleno de gratitud y aprecio. Eunie cuenta una historia de cómo creció sin mucho de lo que los demás podrían llamar necesidades básicas de la vida. No fue sino hasta mucho tiempo después que se dio cuenta de que vivieron con tan poco. Su familia se entregaba por completo y daba todo lo que tenía a las iglesias donde su papá servía. Eunie recuerda como sus padres estaban siempre contentos con lo que tenían, sinceramente agradecidos por las cosas sencillas.

Antes de sus primeros viajes a México, Eunie estaba muy involucrada en los ministerios de su iglesia dedicados a los desamparados, a los ancianos, al grupo de jóvenes adolescentes, a los enfermos y ancianos de los asilos y a los

necesitados de Los Ángeles. Un año antes de su viaje a México, había dedicado su vida a servir a Dios en algún campo misionero.

Yo estaba impresionado con su dedicación, arduo trabajo y espíritu de sacrificio. Nunca decía una palabra que pudiera sonar duro y nunca la oí quejarse. Desarrollamos una buena relación de trabajo. Puesto que yo no estaba interesado en el matrimonio y lo hice evidente, tuvimos una buena amistad centrada en los ministerios que compartíamos.

Por varios años traté de acomodarla con algún amigo que yo sentía podría ser un buen compañero para ella. Pero ella no tenía tiempo para salir a pasear. Tenía un trabajo de tiempo completo, ayudaba en su iglesia, y por años lideró a un grupo de jóvenes los viernes por la noche en la ciudad de Los Ángeles. Después de dicha reunión, ella manejaba dos horas para llegar a nuestro oscuro barrio al sur de la frontera.

Los sábados y los domingos a las 6 de la mañana, yo enseñaba un estudio cronológico de la Biblia. Evitábamos más interrupciones de los borrachos a esa hora. Después del estudio del sábado por la mañana, Eunie servía en la comunidad y luego limpiaba y ponía en orden nuestro centro de rehabilitación por las tardes.

Los domingos por la mañana, después del estudio de las 6:00, manejaba dos horas de regreso al

norte para enseñar en la escuela dominical de su iglesia. Pasó el tiempo y su iglesia la respaldó y fue comisionada como la primera persona que enviaba como misionero.

Dios cambiaría mi corazón y mi posición y me daría un amor jamás antes experimentado en mi vida. Las primeras consideraciones que tuve respecto al matrimonio fueron durante un año que pasé en el Amazonas entre 1992 y 1993. Me tomó un tiempo dejar que todo se asentara, pero cuando estuve seguro de que éste era el siguiente paso que Dios tenía para mí, esperé al siguiente cumpleaños de Eunie para proponerle matrimonio en octubre de 1996.

Yo no estaba engañándome de ninguna manera. Sentía que mi proposición tenía algunas implicaciones pavorosas para ella. En cuanto a mí, yo me casaría con un ángel; ¡ella se casaría con algo mucho menos que eso! Nos casamos el 30 de agosto de 1997. Al estar escribiendo esta página llevamos ya más de once años de maravilloso matrimonio. Ella es todavía un ángel ¡y yo me temo que no soy todavía más que un diablo redimido!

No pude haber pedido una mejor compañera. Eunie se da a sí misma al 100% en todo lo que hace: Cortar madera con una motosierra en Sudamérica, dar consejería a desorientadas chicas de la calle, trabajar con las demás mujeres de las comunidades donde ministramos en México y EE.UU, cocinar para nuestro equipo

y estudiantes durante los cursos de capacitación en diferentes partes de Latinoamérica. Además de preparar material de enseñanza en dialectos indígenas, juntar todo nuestro material de enseñanza en español y hasta mecanografiar y arreglar este libro que tiene entre sus manos en este momento. He sido muy bendecido en todo al haberme casado con ella. Tenemos el privilegio de servir juntos, de trabajar en la visión que compartimos con otros compañeros.

Poco tiempo después de habernos casado, Eunie me acompañó a un corto viaje a Venezuela. Además de que tuvo la oportunidad de conocer a muchos de mis viejos amigos allí, la llevé a una aldea indígena con quienes he pasado mucho tiempo. Eunie tiene muy buen sentido del humor, aunque un día no se entusiasmó mucho con mis bromas.

Varias indígenas pasaron por la casa del misionero rumbo a un arroyo en la selva a buscar cangrejos. Comencé a quejarme con ellas. Las señoras se inquietaron un poco con todo lo que les dije, ¡lo cual era mi intención!

“¿Qué les estás diciendo?” preguntó Eunie.

“Les estoy diciendo lo enojado que estoy de que vayan a buscar cangrejos. Que tenemos mucha hambre, que tú sí sabes buscar cangrejos y quieres ir con ellas. Ellas dicen que mañana puedes ir con ellas, pero luego oí a una decir: ‘Esa extranjera no puede en verdad saber cómo recoger cangrejos.’ ”

Y yo le grité: “Claro que mi esposa sabe buscar cangrejos. Mañana, ya verán que ella sí sabe.”

Eunie estaba animada y emocionada por la salida con las mujeres hasta le recomendé tomar algunas precauciones: “Ten cuidado con las serpientes. También hay anguilas eléctricas debajo de las piedras. También puede haber algunos escorpiones y hormigas que pican en los follajes que están a las orillas de los arroyos.”

Mis palabras de cautela parecieron reducir el entusiasmo de Eunie con respecto a la cacería de cangrejos. Sin embargo, se fue con las mujeres. El día empezó con un viaje en canoa por el río, para luego tomar un sendero hacia el arroyo. En el camino, una muchacha fue perseguida por una víbora que arremetió varias veces contra ella mientras la perseguía.

Llegando al arroyo, las mujeres se sumergieron hasta los hombros, hundiendo sus brazos en los oscuros rincones y hendiduras. Eunie, todavía pensando en la víbora y en las anguilas eléctricas, metió un palo y empujaba ahí y allá, más no cazaba cangrejos con el entusiasmo que las mujeres indígenas esperaban. Los comentarios no se acababan: “Véanla. De seguro no sabe cómo buscar cangrejos. No sabe. ¡La extranjera no sabe, ciertamente no sabe!”

Me sentía tan mal por haberles formado una imagen sobre la capacidad que Eunie tenía para atrapar cangrejos. Cada una de las mujeres

indígenas había atrapado al menos un cangrejo. El único remedio, parecía ser simplemente defender su capacidad, aun cuando no había capturado ni siquiera un cangrejo. Es lo que debe hacerse de acuerdo a los indígenas. Estos cangrejos de agua dulce son todos del tamaño de la mano, aproximadamente.

Fue un placer para nosotros enviarles más tarde con un amigo misionero, una foto a estas mismas mujeres indígenas. Eunie se había tomado una foto en un gran mercado de pescado en los Estados Unidos, sosteniendo un par de cangrejos gigantes de mar. Ya se pueden imaginar sus comentarios al ver esa foto. “No estaban mintiendo. Miren, ¡en verdad ella sabe atrapar cangrejos!”





Eunie visita las aldeas, 1998



Rick y Eunie

La Perrera Como Habitación

Por medio del amor, compañerismo y ayuda generosa de nuestros compañeros de ministerio, Eunie y yo hemos sido inmerecidamente bendecidos al tener una casa en nuestro propio país.

Cuando Eunie y yo comenzamos a hablar sobre el matrimonio, no teníamos idea de cómo podríamos hacernos de una casa. Mi cuñado encontró un terreno relativamente económico al norte de San Diego. Aunque había una casa en la propiedad, se vendía como “terreno” solamente. La propiedad estaba ubicada entre varios viveros en un camino de terracería.

La vieja casa que se encontraba allí estaba literalmente cayéndose. Había una cochera aparte y junto a ésta un criadero de perros abandonado, los cuales no estaban en mejores condiciones que la casa. Alrededor de la casa había montones de chatarra, basura, agujas, jeringas y otras cosas dejadas por los drogadictos que habían ocupado la casa abandonada. Después de haber orado, junto con mi hermana Sherry y su esposo Steve, decidimos comprar juntos la propiedad. Cuando mis padres fueron a ver la propiedad, mi mamá estalló en llanto.

Juntamos nuestros ahorros y con la ayuda generosa de nuestros padres y algunos amigos, nos pusimos a trabajar. Junto con Steve y Sherry, trabajamos largas noches y días

reparando la vieja casa, a la que se mudaron. Luego, Eunie y yo comenzamos reconstruir la “perrera” para convertirla en un departamento para nosotros. Nunca me han gustado los perros, así que es un poco irónico que ¡literalmente hayamos acabado en una “perrera!” La transformación de la perrera funcionó de maravilla y estamos agradecidos por la provisión de Dios, al ver cómo un lugar así, llegó a ser una casa tan agradable.

Después de casarnos tuvimos esta bendición de tener un lugar en San Diego y también un cuarto para nosotros en México. Desde entonces, el camino de terracería, lleno de baches, ha sido pavimentado, las liebres y los coyotes han sido reemplazados por nuevos vecinos, los viveros han sido tumbados y reemplazados por grandes y lujosas casas.

Aun antes de casarnos, Eunie y yo tomamos algunas decisiones acerca de nuestro trabajo, y sabíamos muy bien que eso nos dejaría virtualmente sin descanso ni tiempo libre de nuestro pequeño mundo de ministerio por varios años. Así que ha sido de mucha bendición tener esa casa en San Diego, ya que parte de nuestro trabajo nos tiene tanto en el norte de la frontera como en el sur.

El Discipulado y Una Nueva Iglesia

Aunque la meta es servir, va un poco más allá. Dios nos ha rodeado de buenos compañeros de equipo que comparten una convicción con nosotros: la convicción de que un “ministerio” entre los necesitados no es realmente un “buen ministerio” si no incluye el discipulado, la enseñanza y oportunidades. Aunque esto pueda presentar un reto difícil por los preceptos que causan y alimentan la pobreza, debe hacerse si han de convertirse en futuros maestros, discipuladores y líderes que de manera efectiva alcancen a otros.

Ésta no es una tarea fácil en ninguna sociedad. ¡Mire los retos que Jesús enfrentó con sus discípulos! ¡Mire los retos que Él enfrenta al discipularnos a nosotros! El eje principal de una vida que está siendo transformada radica en un cambio de valores y una nueva cosmovisión. Entre más abrazamos los valores de Dios y una visión bíblica del mundo, más somos transformados.

Me imagino que es siempre mucho más fácil solamente “ministrar a” otros que “servir con” otros, proveyéndoles un discipulado apropiado, entrenándoles y equipándoles para verles a ellos hacer lo mismo. Tal vez, eso, en parte, explica por qué tantas iglesias modernas tienen un formato de “salón de clases” o “plataforma” centrado en reuniones, más que un formato de “modelo” en el que los líderes enseñen con el ejemplo, en lugar

de solamente dar una cátedra. Toma mucho tiempo. Llega muchas veces con heridas, desilusiones y contrariedades. A pesar de todo, podemos sinceramente decir que ha sido una bendición trabajar con tanta gente maravillosa. Algunas de estas maravillosas personas que fueron nuestro “ministerio” de ayer, son los responsables “ministros” de hoy.

A principios de 1994, organizamos un equipo de estudiantes/maestros de la iglesia Grupo México para trabajar en un nuevo asentamiento al este de Tijuana. Había regresado después de un año de trabajo en el Amazonas. Al regresar a México, trabajamos juntos con Juan, José y otros para organizar un esfuerzo de “estudiantes/maestros.” Empezó con mucha oración. Algunos de los miembros del equipo venían los sábados y domingos a trabajar y aprender. Algunos se mudaron al nuevo asentamiento.

En cuanto a la enseñanza, estaban muy nerviosos. Aquí nuestra obra tomó un rumbo diferente. Enseñaríamos a otros a enseñar. La meta del equipo sería levantar una nueva iglesia en la que finalmente los líderes de la iglesia serían de ese nuevo grupo de creyentes. Yo no sería el pastor. Los “estudiantes/maestros,” aunque aprenderían y liderarían la nueva iglesia, no serían los pastores. Trabajaríamos, enseñaríamos y discipularíamos con el objetivo de ver a hombres y mujeres alcanzados, enseñados, capacitados y preparados para guiar a su iglesia y a sus ministerios.

Aunque hubo muchos altibajos, y muchos retos en los primeros seis o siete años, Dios usó a los fieles miembros del equipo de una manera poderosa para hacer justamente eso. Enfrentaron la duda y hasta la crítica. Hubo algunos, incluso pastores, que expresaron fuertemente que el equipo nunca podría aprender a enseñar y a guiar efectivamente.

Además, expresaron que los de una futura congregación no podrían ser líderes porque fácilmente podrían volverse orgullosos o egoístas. De hecho, en algunos casos ha sucedido, pero ¿a poco no sucede lo mismo entre los pastores quienes han tenido una “preparación formal-tradicional?” El problema radica en la inmadurez espiritual, no en el nivel educativo de uno.

Aunque los miembros del equipo muchas veces estaban nerviosos, mantuvieron sus ojos en Dios, confiando en Su Palabra, Su Comisión, Su capacidad y, como siempre, Él es fiel.

Quince años después, una pequeña congregación en Terrazas del Valle se sostiene por sí misma. La iglesia es liderada por sus propios varones, que sirven y pastorean juntos, por líderes que hacen un buen trabajo, colaborando todos en equipo.

Aunque la iglesia es pequeña, en un asentamiento marginado y con recursos extremadamente limitados, ha sido bendecida de gran manera. Esta congregación ha enviado su primer misionero, de hecho tres, y proveen su sosteni-

miento con un increíble sacrificio. Luego enviaron a otras familias también, a servir en otra comunidad en las montañas, aun más necesitada que su propio asentamiento.

Las reuniones en la pequeña iglesia varían en duración. Durante estos últimos años, el “tiempo para dar gracias” -que es parte del servicio- ha durado de 30 minutos a más de una hora. A veces la enseñanza más impactante viene del “tiempo de dar gracias,” cuando el agradecimiento se convierte en una exhortación de la Palabra.

Sabemos que jamás se nos premiará por ser grandes cantantes, pero Dios sabe que cantamos de corazón. Durante el tiempo de la ofrenda no se pasa una charola entre los asistentes. En la privacidad de un rincón trasero del salón está una pequeña caja de madera. Como parte de la alabanza, las familias, o individuos, se levantan sin ningún orden específico, caminan hacia el rincón, oran, dan gracias y dan lo que Dios ha puesto en sus corazones. Generalmente lo que Dios ha puesto en sus corazones es mucho más de lo que uno pudiera imaginarse.

La enseñanza o “tiempo de instrucción” es práctico para la capacitación de la congregación, el ministerio y la edificación de la iglesia.

El pequeño, pero determinado grupo nos ha inspirado en verdad a Eunie y a mí. El ministerio de los hermanos se ha mantenido en gran

contraste con la imagen que se me quedó grabada en la mente, del pastor de una de las iglesias cristianas con más tiempo en Tijuana, una iglesia que se jacta de tener como miembros a algunas de las más prominentes personas de la ciudad. Meneando la cabeza, él me aseguró hace cerca de veinte años que trabajar en esas comunidades marginadas es una pérdida de tiempo. Ministrar en asentamientos donde el crimen, la violencia y el desorden reinan no daría fruto. Dios ha hecho grandes cosas en las vidas de las personas de este lugar, que han dado testimonio de lo grande que es Él.

Las siguientes palabras de testimonio y exhortación vienen de un tiempo de agradecimiento reciente durante una reunión del domingo.

La persona que habló todavía no es creyente. Vino un domingo a la reunión, por curiosidad pues había visto lo que le había sucedido a su amigo. “Yo también le quiero dar gracias a Dios. Estoy viendo que Dios es grande y poderoso. Estoy aquí porque he visto cómo Dios ha cambiado a mi buen amigo. Yo sé cómo vivía él; las drogas y la maldad gobernaban su vida. Desde que mi buen amigo oyó estos estudios de la Palabra de Dios y creyó en Él, su vida ha sido totalmente cambiada. Quiero que todos ustedes oren por mí porque quiero escuchar estas palabras de Dios. Quiero oír y entender, y creer como mi amigo lo ha hecho. Le doy gracias a Dios,

aunque todavía no lo conozco, pero veo cuán grande es Él.”



Bautismos en contenedores de 200 litros

Una Pequeña Iglesia Envía Sus Primeros Misioneros

En las iglesias del Grupo México y Terrazas del Valle, Dios continúa trabajando. En Terrazas del Valle nuestro pequeño y original grupo de discipulado se ha multiplicado. No es un grupo muy grande, pero se ha dispersado y ha mostrado fuertes bases.

José Barbosa, uno de los creyentes de la congregación de Grupo México, se involucró mucho más en el movimiento de los estudios cronológicos de la Biblia, un enfoque que se ha desarrollado con los años. Aunque él había oído la Biblia enseñada como una sola historia en Grupo México, ello se volvió más valioso en su vida al comenzar a compartirla con la gente de Terrazas del Valle.

En 1995, comenzamos a desarrollar más recursos de enseñanza. Aunque originalmente la intención era utilizarlos con nuestro grupo pequeño, los materiales empezaron a hallar una aceptación entusiasta en otros ministerios latino-americanos. José empezó a llevar el material de enseñanza a otras iglesias mexicanas, comenzó a ayudarles con cintas de audio, ilustraciones y más tarde un manual que Eunie y yo organizamos. Cosas maravillosas han pasado en muchas de estas iglesias, y José sigue compartiendo la bendición, multiplicando obreros, maestros y ayuda para ministerios en diferentes partes del país.

Este enfoque de la obra no solamente ha crecido en México, sino que ha alentado y ayudado a iglesias, escuelas, ministerios y centros de entrenamiento en otras partes del mundo hispano como: Argentina, Bolivia, Colombia, Cuba, Panamá, Paraguay, España y Venezuela. Seguimos acudiendo a la invitación de grupos en estos países para dar cursos de entrenamiento. En México trabajamos con José y otras personas para brindar esta oportunidad a un creciente número de iglesias y ministerios. Dios ha expandido este alcance, así como el reto de las iglesias mexicanas hacia las misiones mundiales por medio del arduo trabajo de otros dos individuos. Octavio Jiménez, un ingeniero químico y el Prof. Oscar Escalada, el Secretario General y representante internacional de la ACJ de México, han trabajado con nuestro consejo directivo en México y en varios ministerios promoviendo misiones transculturales en America Latina.

Habíamos estado en Terrazas tan sólo unos cuantos años cuando llevé a José a ver con sus propios ojos las cosas que había yo compartido con él y con la iglesia muchas veces acerca del verdadero trabajo misionero transcultural. Lo llevé a visitar a un amigo misionero veterano que trabaja con los indígenas Tarahumaras. La vida de José fue impactada profundamente al visitar a ese misionero y a los indígenas Tarahumaras con quienes no pudo comunicarse en español, pues sólo hablaban su idioma tribal. Esta experiencia impactó no sólo a José, sino también a su ministerio con las iglesias a las cuales anima a

involucrarse en esfuerzos misioneros serios.

Al poco tiempo después de regresar a Terrazas del Valle, José compartió lo que había visto, oído y aprendido ahí en las montañas de la Sierra Madre. Nadie se habría imaginado lo que pasó ese día; tres niños de la congregación aceptarían el reto misionero con seriedad. Su madre había muerto recientemente y el padre se mantenía fuera de casa haciendo viajes, cruzando cosas a los Estados Unidos.

Estos tres niños participaban en todas las actividades de la iglesia. Con el correr de los años se convirtieron en un gran ejemplo para todos y cada uno de nosotros. Nadie se imaginaba que el testimonio de José los había impactado tan profundamente. Sin embargo, aquel día, estos tres muchachos empezaron a orar en su casita, y continuaron orando.

La vida se hizo más difícil. Su padre desapareció por mucho tiempo y más tarde supieron que lo habían arrestado y encarcelado en una prisión en los Estados Unidos. Luego llegó un hermano mayor para ayudarles, pero al poco tiempo se peleó con otra persona, quien murió como resultado. Así que al hermano mayor lo metieron a la cárcel en Tijuana. Amelia, la mayor de los tres, tenía que trabajar tiempo completo, tratar de terminar su educación, y al mismo tiempo cuidar a su hermana más chica y al menor de la familia, el pequeño Antonio.

Un día Amelia preguntó si los tres podían hablar con los varones de la iglesia. Explicaron que después de haber pasado mucho tiempo en oración, llegaron a la conclusión de que Amelia debería ir y ser misionera a los indígenas, personas como las que había oído en el testimonio de José y habían visto en algunos de mis videos de otros lugares también.

Muchas cosas sucedieron en los siguientes meses. Los varones de la iglesia comenzaron a reunirse para hablar sobre la posibilidad de enviar a Amelia. Se dieron cuenta de la seriedad del asunto, en lo que respecta a lo que les costaría enviarla al centro de entrenamiento misionero de la Misión Nuevas Tribus. Pero, en ningún momento vacilaron. Estaban seguros que eso era lo correcto, aunque las familias de la iglesia tuvieran que sacrificar parte de sus propios alimentos.

Pero, ¿qué pasaría con los hermanos menores? Después de que Amelia fue aceptada en el entrenamiento misionero de cuatro años, Eunie y yo empezamos a considerar lo que podría pasar con sus hermanitos. Un día me reuní con Antonio, quien sólo tenía nueve años de edad, para preguntarle si comprendía en verdad lo que Amelia iba a hacer. Alzó la vista y me dio una muy clara y precisa respuesta, “Ella se irá muy lejos, aprenderá de la Biblia muy bien para poder ir a compartirla con los indígenas.”

“Tú sabes que ésta es una escuela para gente grande, Antonio, y tú no vas a poder ir,” le dije.

Antonio me miró directamente a los ojos, y confiadamente dijo: “Ya lo sé.”

Le hice varias preguntas similares a ésta, a las cuales cada vez me miraba haciéndome saber que ya sabía o había pensado en ello.

Había estado eludiendo la posibilidad del infortunio de ser separado de Gabriela, su hermana, y que fueran enviados a orfanatos por separado. Pero al preguntárselo me contestó de la misma manera: “Ya sé eso también.”

Al preguntarle qué pensaba acerca de la posibilidad de ser separado de sus hermanas, y tal vez nunca volverlas a ver, respondió: “Lo que pienso es que tal vez eso es lo que yo puedo hacer para que los indígenas puedan también oír la Palabra de Dios.”

Milagros. Algunos pequeños, otros grandes. Dios hizo posible que los tres se fueran juntos. La “imposibilidad” de enviar y apoyar sólo a uno, se multiplicó de repente por tres. La congregación de menos de quince familias se juntó alrededor de los tres, imponiéndoles las manos y orando por ellos para enviarlos muy lejos, a la escuela de entrenamiento misionero. No sería fácil, pero Dios bendeciría enormemente los sacrificios, los esfuerzos creativos y el compromiso de la pequeña iglesia.

Con una gran convicción, enviaron a sus primeros representantes al campo misionero. Para no encontrarse cautivos en la dependencia ni perder la convicción que tomaron tan en serio, rechazaron un ofrecimiento de una iglesia de los Estados Unidos para apoyar a su misionera. Con firmeza decidieron mirar “arriba,” en vez de mirar “al norte,” para buscar la provisión de Dios. En verdad es más bienaventurado el dar que el recibir. Pasaron cuatro años. La pequeña iglesia apoyó entera y completamente a los que había enviado. Amelia se graduó y ahora trabaja como misionera, junto con su equipo, en un grupo indígena de México. Amelia, Gabriela y Antonio han sido de mucho ánimo y ejemplo para nuestras vidas, y de gran bendición.



Otro bautismo público

Oraciones, Prioridades y Pesos

Un día, por la mañana, uno de los hombres de mi grupo de discipulado me impresionó profundamente. Habíamos terminado de orar junto con el grupo, entonces me pidió que habláramos en privado. Fuimos atrás de la letrina. Me dijo que había recibido un bono inesperado en la fábrica donde trabajaba. Continuó diciendo que él y su esposa habían hecho una lista de sus prioridades para el uso del dinero.

Antes de que pudiera terminar de hablar, pude imaginarme cuáles podrían ser algunas de esas prioridades: tapar las goteras del techo, emplastar las paredes de madera por donde pasan el viento, el polvo y la tierra, quizás echar un piso de cemento en la casa. Mis pensamientos se interrumpieron cuando él puso en mi mano un rollo de billetes y dijo: “Mi esposa y yo decidimos cuál es la prioridad. Este dinero debe ir al grupo de indígenas que está trabajando con el misionero en la traducción de la Biblia a su lengua indígena.”

Ha habido otras ofrendas similares. El resultado de esta visión ha sido la bendición de Dios en la congregación y por medio de ella. Y el resultado de las bendiciones ha sido una iglesia cada vez más generosa. Todo esto ha nacido de la oración. Los miembros de la iglesia se juntan a orar; oran por los enfermos, por los que han sido lastimados, por aquéllos que están enseñando la

Palabra y también por todos los misioneros. Un grupo se reúne cada semana y ora por los misioneros. Otros, oran en casa. Uno se levanta a las dos de la mañana con una extensa lista por la que ora.

Y aquí estamos, años después. La mayoría de los primeros creyentes son también “ministros,” cada uno involucrado de alguna manera, enseñando en la comunidad, sirviendo, ministrando, ayudando a otros más necesitados que ellos mismos, alcanzando a otros más allá de su propia comunidad. La pequeña iglesia se ha sacrificado para ser de bendición a otros y como resultado ellos son también bendecidos.

Aunque la iglesia es pequeña y de limitados recursos, tiene una gran parte en la obra de Dios. Hay muchas historias sobre la ayuda, las ofrendas, el ministerio y el ánimo que han compartido con diferentes ministerios tanto cerca como lejos.

Uno de los líderes de la iglesia tomó un trabajo de noche. Tenía varias ventajas a su manera de ver. Podría trabajar toda la noche, tomar unas horas para descansar en la mañana y en la tarde, y tener todo el día para servir en la comunidad y a la iglesia.

Dios nos envió a Eunice y a mí a trabajar en esta comunidad, a capacitar a los “estudiantes/maestros” que se dieron a sí mismos al servir allí para levantar una nueva congregación.

Hemos sido bendecidos grandemente por el tiempo que hemos pasado con cada persona, tanto de Grupo México, como de Terrazas del Valle y ciertamente hemos aprendido tanto como hemos enseñado.

Eunice y yo esperamos oír un día al Señor decirles a estos hermanos y amigos tan preciosos y apreciados: *"Muy bien, siervos buenos y fieles, entren y alégrese conmigo."* Nuestra alegría será completa al verlos a ellos, y a otros que hemos llegado a conocer a través de los años, en la presencia de Dios. ¡Esto será sin lugar a dudas una parte maravillosa en la eternidad para todos aquéllos que son nuestros héroes, aquéllos que fielmente se han sacrificado y han trabajado con nosotros por muchos años haciendo todo esto posible!



Niño de la calle inhalando pegamento



El autobús chico de nuestra iglesia



El Campamento

El Mañana Puede No Llegar

Todos nosotros, como compañeros en lo que Dios está haciendo para alcanzar al mundo, queremos dejar un significativo impacto. A veces podemos perder las oportunidades más grandes si pensamos en un impacto “significativo” en términos de grandes e impresionantes programas, grandes movimientos o de mucha gente, más que en el significado y la importancia de cada vida en lo particular. La vida tuya es importante y el Dios del universo te valora a ti. Tú eres una persona importante y los que están a tu alrededor también lo son.

Aunque Jesús hizo grandes cosas ante enormes multitudes, generalmente se retiraba cuando éstas llegaban a impresionarse de gran manera. Él no quería seguidores que se impresionaran. Él quería seguidores que creyeran, que realmente creyeran. Eso es lo que enseñó durante todo su ministerio. Por tanto, necesitamos ver el ministerio bajo esa misma luz. Aunque queremos ser parte de las cosas grandes y emocionantes, debemos enfocarnos en cada persona individualmente, en lo que significa cada uno de aquéllos a los cuales tenemos la oportunidad de servir.

Es posible que muchas veces nos encontremos tentados a “escoger un ministerio” como cuando uno trata de ganar a lo grande en una carrera de caballos. Vemos las probabilidades y tratamos de escoger los “proyectos ganadores.” Muchos de los

misioneros que conocemos, a propósito no escogieron proyectos ganadores.

Escogieron aquéllos que eran los “perdedores,” los “menos atractivos,” para darles oportunidad a ellos. Eso es lo que nuestro pequeño ministerio se ha dado la tarea de hacer, de valorar y mantener en alto lo que en muchos círculos “cristianos” no sería tan estimado.

No debemos considerarnos tan sobresalientes, pues todos podemos fallar, ni tan fracasados, pues la misericordia de Dios nos puede levantar. Nadie es una causa perdida hasta que ya no haya más oportunidades. Alguien con quien trabajamos puede estar muy cerca de tener la experiencia de una vida nueva, de la gracia y de la paz de Dios. El camino de la vida es una mezcla de pequeños milagros y de los que pudieron haber sido. Puede ser que las llaves estén en la puerta, pero que la puerta no esté abierta. Siempre nos inquietamos por saber si hicimos lo suficiente mientras estamos exhaustos de haber hecho todo lo que pudimos.

Hay una familia que muy amablemente me hospedó en su casa, me dio de comer y me ayudó cuando recién me mudé a la comunidad de Grupo México después de haber dejado mi trabajo de construcción. Durante años compartí la Palabra con el hombre de esa casa. Hicimos una buena amistad. A su manera era respetuoso y considerado en cuanto a nuestros puntos de

vista cristianos, aun cuando muchos domingos por la mañana se paraba ebrio en el camino y se burlaba de nuestras reuniones de la iglesia. Con una botella de licor en la mano, intentaba cantar nuestras canciones. Nuestro canto era generalmente tan deficiente que su borracho intento era a veces mejor que el nuestro. ¡No era tanto una burla, sino una verdadera humillación! En sus momentos sobrios tuvimos buenas conversaciones. “Puede que algún día crea esas cosas que usted está compartiendo conmigo,” decía: “Sí, algún día, pero ahora no.”

Una noche Eunie, yo y otros dos, subimos por un camino de terracería. Encontramos a mi amigo ahí, a medio camino. Sus llaves estaban en la puerta, pero la puerta no estaba abierta. Antes de poder entrar a su casa, había sido atacado, golpeado y arrastrado a medio camino, donde lo apuñalaron de muerte. Murió en un charco de sangre en el mismo lugar donde habíamos hablado tantas veces. Mientras dirigía mi linterna hacia sus ojos abiertos sin vida, recordé sus palabras: “Algún día. Sí, algún día...”

En una situación similar se hallaba otro joven de la comunidad con quien yo había hablado muchas veces. Aunque tuvo muchas oportunidades, parece que nunca tuvo tiempo de pensar mucho en las implicaciones de su vida, sus actividades o en las mejores cosas de la vida que pudo haber experimentado de la Palabra de Dios. Lo vi el día en que sus oportunidades se terminaron. Cuando lo vi ese día, estaba muerto.

Su cara estaba hinchada, su cuerpo completamente apuñalado. Su hermano menor siguió un camino criminal parecido y su pago fue ser quemado vivo cuando le prendieron fuego a su casita.

Veamos otra vez las cosas importantes de la vida. En cuanto a realizar un impacto significativo, bien haríamos en darnos cuenta que nuestro tiempo es limitado. Es limitado en muchos sentidos. Tiempo limitado también significa oportunidades limitadas, alcanzables solamente mientras hay vida. Y la vida en sí misma es demasiado frágil.

Un día encontramos a un joven a la orilla de un angosto camino; estaba muerto. Quien lo haya dejado ahí, ni siquiera se tomó la molestia de robarle el reloj. Aunque me fijé que su reloj mantenía la hora correcta, él había perdido su oportunidad de aprovechar el tiempo. Ah, cómo necesitamos ver el hoy como un día de oportunidad, el día de salvación y más que todo, un día de oportunidad para extender la mano a los que están a nuestro alrededor. El mañana puede no llegar.

Otras experiencias vienen a mi mente: lecciones, pensamientos, consideraciones y retos.

El pasar la noche con un joven indígena en el Amazonas; estaba inconsciente, convulsionando, le salían lombrices por la nariz y por la boca. La malaria casi lo mató esa noche. Finalmente mejoró y regresó a su aldea sólo para reinfectarse

de nuevo y morir poco tiempo después.

En una pelea entre dos grupos de indígenas, la cosa se puso verdaderamente fea. Se emitió por radio tal suceso, y luego llegó la Guardia Nacional de este país sudamericano por avioneta. Después de irse las avionetas, la cosa empeoró. Se me nombró para llevar a los presos y a los miembros de la Guardia Nacional río abajo en la noche. El indígena que me acompañaba y yo casi nos matamos en un accidente en el río. Los guardias estaban asustados y reaccionaron exageradamente. Volvimos a la normalidad y seguimos con nuestro viaje por el río en medio de la oscuridad. Nos acercamos a una aldea enemiga, yo quería pasar de largo y seguir río abajo. Sin embargo, el capitán me ordenó hacerme hacia la orilla. Se metieron los de la Guardia a la aldea disparando y luego nos ordenaron acostarnos en el suelo lodoso toda la noche bajo la vigilancia de un nervioso guardia armado con ametralladora. Los siguientes dos días con estos hombres, es otra historia. Las oportunidades vienen de la manera más extraña.

Está la muerte de una misionera muy querida amiga mía. Esa misma semana, cinco indígenas murieron de malaria. Unos años después, a un amigo misionero en Colombia lo secuestraron y lo mataron. Estos siervos y otros cuantos amigos también murieron por causa de su servicio; unos que entregaron su vida al servicio, otros que murieron en su servicio. Grandes hombres y mujeres, siervos humildes, dedicados en vida, y

comprometidos hasta la muerte.

También están los hermanos y hermanas de las iglesias de Grupo México y Terrazas del Valle en Tijuana. Muchos de ellos han sobresalido en el amor, la fe y la misericordia. Sus vidas sobresalen como faros de luz y ejemplo. Sus sacrificios, servicio y dádivas han servido de inspiración a cientos de personas que han oído de su testimonio. Algunos han sacrificado gustosamente, hasta su propio pan para que otros puedan tener la oportunidad de oír la Palabra de Dios. Aunque los números fluctúan; al momento de estar escribiendo estas líneas, ¡casi el 100% de las familias y/o personas de la iglesia están participando tanto en enseñar a otras familias en comunidades que se encuentran alrededor o en proyectos misioneros! Ellos se dan la oportunidad de servir hoy; el mañana puede no llegar. Cada persona es importante y significativa a los ojos de Dios.

Aunque pasamos algunas situaciones tristes como pareja, hay una en particular que siempre recordaremos.

En su pandilla le llamaban “Veneno.” Era un joven rudo y malo que lideraba una pandilla local en la comunidad en la que estábamos sirviendo. Aunque con frecuencia pasábamos frente al lugar donde se reunía la pandilla cuando salíamos a visitar familias, ellos raramente nos saludaban, a pesar de que siempre les hablábamos.

Esta situación cambió en un día de verano. Veneno se colgó del cuello en la cancha de básquetbol. Fue descolgado y logró salvar su vida. Poco menos de dos semanas después, una camioneta pasaba lentamente calle abajo. Veneno se encontraba en una esquina de la calle cuando la camioneta se aproximaba. Desde la parte trasera de la camioneta, unos jóvenes comenzaron a dispararle. Veneno empezó a correr pero una bala lo alcanzó por la espalda, y cayó a tierra. Sus perseguidores lo voltearon boca arriba y lo golpearon en la cabeza y en la cara. Lo dieron por muerto. No murió, pero quedó paralizado. Así que dirigió a su pandilla desde las limitaciones de una silla de ruedas.

Fuimos algunas veces a visitar a Veneno antes de irnos con un equipo de la iglesia en un viaje misionero. Al regresar del viaje encontramos a

Veneno pegado a su cama en su pequeño cuarto con piso de tierra. Al entrar al cuarto se percibía un olor rancio a carne descompuesta. Hablé con él acerca de su espalda y la bala que aún llevaba alojada en la columna. Veneno me dijo: “Hay algo que me preocupa más que mi espalda.” Jaló su cobertor tanto como le fue físicamente posible. Le ayudé a bajarlo hasta sus pies. Sus piernas y trasero estaban en estado de descomposición, complicándose más aún por no tener control intestinal. El excremento contaminaba sus heridas que se seguían descomponiendo.

Al siguiente día, José llevó a Veneno a un hospital cristiano donde fue vergonzosamente tratado. Después de que José los convenció y pagó, le limpiaron la carne descompuesta. José entonces lo regresó a su cama, ahora con los huesos de sus piernas expuestos.

Llevé a Eunie conmigo para cambiarle las vendas. Su trato cuidadoso y compasivo, combinado con una cariñosa sonrisa, minimizaba el desagradable olor que aún emanaba de Veneno cuando le eran quitadas las vendas usadas. Su condición empeoraba lentamente. José lo llevó al hospital general y discutió con los doctores que no lo querían internar. José los avergonzó de tal manera que un doctor admitió a Veneno. Tiempo después Veneno dejó el hospital con una colostomía que ayudó enormemente a evitar tanta contaminación en sus heridas.

Yo estaba profundamente conmovido por los esfuerzos de José y su esposa Seve, así como por los de algunos otros miembros de la iglesia que ayudaron de diferentes maneras y en condiciones desagradables. Nos ayudaban a cambiar las vendas de Veneno, pero él se estaba muriendo poco a poco. El hospital cristiano no quiso brindarle ninguna ayuda, aunque uno de sus doctores vino por su cuenta a visitar a Veneno varias veces durante los siguientes meses. La condición de descomposición del cuerpo de Veneno llegó a ser tan severa que los huesos de sus piernas frecuentemente se separaban y había que regresarlos a su lugar y fijarlos con unas vendas.

Cada viernes, Eunie tomaba los cobertores impregnados de fluidos putrefactos y pasaba horas lavando, desinfectando y doblándolas para su uso la siguiente semana. Hubo otras tareas que ella tomó que eran muy desagradables, aunque su disposición no lo demostraba.

Muchas historias tienen un final feliz. No así la de Veneno. Aunque llegó a ser creyente y abrazó fuertemente el perdón de Dios, nunca tuvo la oportunidad de regresar y dar las gracias como lo hizo el leproso en Lucas 17. Con frecuencia oramos juntos durante sus últimos meses. Aprendí de Veneno qué tan profundo puede ser el arrepentimiento. Eunie continuó lavando los cobertores. Yo le hacía curaciones y cambiaba las vendas. Durante la semana, otros hermanos de la iglesia también vendrían a ayudar.

Los hombres de la iglesia teníamos que hacer un viaje. Tuvimos la oportunidad de poner a Veneno en un centro de rehabilitación en donde Juan era entonces el director. Los hombres lo recibieron como una oportunidad de servir y ayudar. Lo animaban todo el día, lo alimentaban: Un hermano le cambiaba las vendas y lo cuidaba. Veneno estaba muy contento en el centro de rehabilitación, incluso empezó a subir de peso y a tener una mejor perspectiva de la vida. Pero un misionero americano que, en ese tiempo financiaba el programa de rehabilitación, no quería a Veneno ahí. Fue porque era un “miembro improductivo.”

Nunca voy a olvidar el día en que Juan fue obligado a llamarme para notificarme que teníamos que sacar a Veneno del centro. Es una historia tan triste que no la puedo contar toda. Era una noche fría cuando dos amigos y yo trasladamos a Veneno a su casa para verlo morir. Cuando Veneno supo a qué había venido yo, comenzó a llorar. Abandoné el cuarto y le pregunté a Juan si había alguna forma de hacer que Veneno se quedara. Juan quería, pero lo estaban forzando. No tenía opción.

Hubo un silencio total mientras yo cambiaba sus vendas y lo envolvía lo mejor que podía. Estoy llorando en estos momentos, sólo de pensar en ello. Mientras empujaba su silla de ruedas hacia fuera, todos los varones del centro de rehabilitación se alinearon en ambos lados del angosto camino. Nadie dijo ni una sola palabra,

Veneno miraba fijamente hacia delante.

Pusimos a Veneno en la parte trasera de la camioneta. Amortiguaba la silla de ruedas en mis brazos mientras bajábamos el áspero camino. Veneno comenzó a gritar de dolor por la bala aún alojada en su espalda. Traté de suavizar los saltos lo mejor que pude y oré con mi amigo mientras bajábamos por el camino lentamente. Nos tomó un poco más de una hora llegar a su casa, aunque me pareció más tiempo. Antes de que pudiéramos llegar, el hueso de su pierna se había desprendido y se le salió el hueso de la columna.

Al llegar, lo envolvimos en una sola pieza lo mejor que pudimos y lo pusimos en su cuarto. Los hombres de la iglesia habían sacrificado de sus limitados fondos y de su tiempo para echar un bonito piso de cemento, haciendo más limpio y bonito el cuarto de Veneno. Eunie y yo continuamos visitándolo durante sus últimas semanas. Eunie siguió efectuando algunas desagradables tareas.

Veneno se estaba poniendo amarillo; sus riñones comenzaban a fallarle, se estaba muriendo. Hicimos todo lo que pudimos. Aunque Veneno llegó a ser creyente, no tuvo la oportunidad de andar en Cristo aquí.

En su último día de vida, tuvimos una larga conversación. Yo estaba resentido por lo del

hospital cristiano, con el americano que lo hizo salir del centro de rehabilitación y por la falta de ayuda del hospital general. Al mismo tiempo estaba orgulloso, agradecido e impresionado con la entrega de servicio de todos los de la iglesia que habían ayudado sacrificadamente, y por el trabajo de Eunie y José. Pero nuestro amigo estaba cerca del final. Mientras hablábamos me incliné y le dije: "Veneno, vas a morir. Por tu confianza en Jesús, pronto estarás con Él. Aunque ahora no puedes caminar, pronto lo harás. Cuando nos reunamos de nuevo, haremos una larga caminata juntos." Él estaba de acuerdo. Luego me pidió que lo levantara un poco más en su cama. Unas horas después perdió la vista y sufrió una terrible muerte.

Hasta el último día, Eunie le preparaba comidas especiales, lavaba sus cobertores mojados y le mostraba compasión y gracia. Junto con José, Seve y los miembros de la iglesia que llegaron a ser amigos de un violento líder de pandilla, abandonado a su suerte, esperamos poder hacer con él en el cielo lo que no se pudo hacer aquí -- caminar, convivir y regocijarnos en la gracia de Dios junto con un joven llamado Veneno.



**Atacado por la pandilla local,
un joven tenía su estómago abierto**



**Víctima de una broma cruel. Este hombre fue
rociado con gasolina y prendido en llamas**

Los Diabólicos

Acampar es algo que yo no escogería como pasatiempo. Esto se debe probablemente a que gran parte de mi vida como misionero parece haber sido, de alguna manera, un largo viaje de campamento. A los jóvenes con quienes trabajamos, la palabra “acampar” parece siempre emocionarles mucho. Para algunos de nuestros chicos, es sólo la emoción de salir del barrio, para otros es una gran aventura y para los chicos más marginados ¡es como ir a un hotel de cinco estrellas! Me imagino que mucha gente considera el acampar como algo “rústico,” pero para algunos de estos chicos no es así. ¡Su propio lugar para dormir, un baño y tres comidas al día! ¿Qué más se puede pedir?

Por muchos años hemos participado en un campamento anual patrocinado por Von y su ministerio. ¡Hace algunos años estuve considerando terminar esta parte de nuestro programa con estos angelitos!

Conducía yo el gran autobús subiendo el empinado camino de terracería. Aunque aún era bastante temprano, muchos de los chicos ya esperaban al frente de la sencilla construcción de la iglesia, la primera de tres paradas. Habíamos invitado a algunos jóvenes de la pandilla local, “Los Diabólicos.” Sabíamos que este campamento sería difícil. Hicimos hincapié a los chicos sobre lo que esperábamos de ellos, especialmente a los

de la pandilla. Les pedimos principalmente tres cosas. No fumar en el autobús, no armas ni pleitos y no usar drogas durante el campamento. No queríamos asustarlos con una gran lista de prohibiciones. ¡Tan sólo cumplir con éstas tres sería todo un reto!

Estuve pendiente de mis chicos de la pandilla que, por supuesto, se sentaron en la parte de atrás del autobús. Yo no tendría quien me auxiliara hasta la siguiente parada. No pasó mucho tiempo sin que agacharan la cabeza y de repente había un fuerte olor a solvente por todo el autobús.

El propósito de este campamento en particular era darles a sesenta rudos adolescentes la oportunidad de escuchar la Palabra de Dios, de asistir a un campamento y de ver que realmente alguien los ama. Cumplir este propósito no sería fácil. El viaje fue de sólo unas horas, aunque me pareció más largo. Yo conduje el autobús. También iban otras dos camionetas.

Antes de llegar al campamento, muchos de los chicos ya andaban bien “arriba” por causa de las drogas, el pegamento y el solvente. Uno de los líderes del campamento pronto se vio rodeado por los miembros de la pandilla, listos para pelear después de que trató de pararlos cuando estaban golpeando a otro chico. A otro chico le habían tumbado los dientes en un pleito antes de llegar al campamento. ¡Éste fue sólo el principio del primer día de tres en el campamento! Qué

agradable habría sido invitar a un grupo de chicas cristianas en lugar de estos adolescentes. Los organizadores hicieron un gran trabajo y todo contra la corriente.

Aunque tuvimos algunos juegos de competencias que a los chicos les gustaban, hubo muchas otras actividades donde fue difícil decidir a quién se le debía dar el primer premio. ¡Las drogas, pleitos, robos, el aspirar pegamento y solvente, alcohol y echando su graffiti entre las “actividades oficiales” nuestras!

El segundo día, llevamos a los chicos de mejor conducta a pescar al mar en un barco. Treinta y cuatro chicos subieron al autobús. Media hora antes de llegar al muelle, paré el autobús para dar a los chicos una pastilla para evitar el mareo. Yo tomé dos, para evitar todo riesgo.

Al llegar al muelle nuestros treinta y cuatro pescadores se amontonaron en el barco pesquero. Qué hermosa y sana experiencia para estos jóvenes. Su primera vez en alta mar, una aventura en barco, ¡a pescar! Mientras el barco se internaba en el océano a través de las grandes olas, empecé a sentirme un poco mal. Me fui abajo, al fondo del barco a recostarme en una litera. Seguimos y seguimos y seguimos.

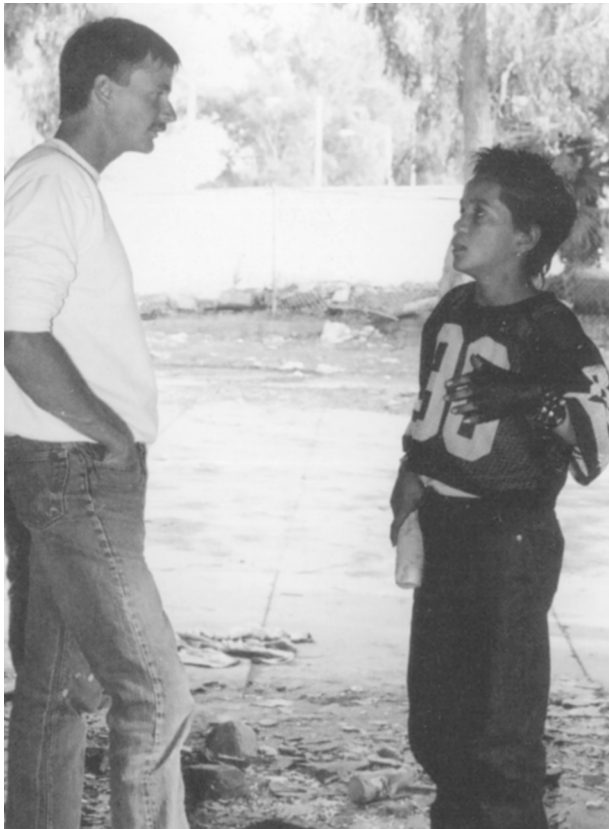
Después de un tiempo me preguntaba qué tan lejos estaríamos de la costa. Habíamos estado navegando por un buen rato. Por fin, los motores se apagaron y me pareció que ya estábamos en

aguas más tranquilas. Me levanté de la litera y subí a cubierta. No pude creer lo que veía; ¡estábamos de regreso en el puerto! Los muchachos, en su mayoría, estaban parados tranquilamente alrededor de la orilla del barco. El medicamento para el mareo había funcionado para algunos, pero no para otros que se habían mareado durante la travesía por el oleaje.

Las habilidades callejeras de supervivencia instintivamente tomaron a un par de estos muchachos. Sencillamente sacaron el cuchillo del depósito de la carnada y subieron como si fueran piratas hasta donde estaba el capitán. Le pusieron el cuchillo en la garganta y le dijeron que diera la vuelta y se regresara. Con el simple hecho de haberle puesto el cuchillo al capitán en la garganta, el gran viaje de pesca llegó a su fin. Nadie parecía estar demasiado triste por la experiencia y aparentemente no había desilusión alguna por haber ido a pescar y ¡no haber ni siquiera metido el anzuelo una sola vez en el agua!

Todo mundo parecía estar feliz de regreso a tierra firme. En el campamento, los demás estaban esperando la gran pesca para el esperado pescado frito. Para evitar un alboroto, compramos un atún grande fresco en el mercado, el cual presentó orgullosamente la pandilla al llegar al campamento. Nadie se atrevió a revelar de dónde realmente provenía el pescado.

Aunque para mí no es nada divertido este tipo de “campamentos,” fue un tiempo provechoso. “Ganamos” una puerta abierta para poder trabajar con estos muchachos. Unos cuantos nos han escuchado bien. La oscuridad y la opresión en la que viven diariamente en los barrios es un reto de toda una vida de ministerio.



Nuestro vehículo ministerial “multi-usos”



**Recogiendo drogadictos en
La Zona Norte de Tijuana**

Tienes Que Tener Más Fe

Dios actúa por medio de aquéllos que saben que no pueden hacerlo. Éxodo 3 - 4 es un perfecto ejemplo de esto. Aquí encontramos a Moisés buscando todo tipo de justificaciones para no tomar el encargo que le dio Dios de liberar a los israelitas de su esclavitud. Moisés dijo: “¿Y quién soy yo? No puedo ir. No tengo las palabras apropiadas. No me creerán. No soy bueno para hablar.” Casi se puede escuchar un murmullo de Dios a través del texto: “No es quién eres tú, Moisés, es quién soy Yo. No tienes las palabras apropiadas, Yo las tengo, no te creerán, a Mí sí; eres muy mal comunicador, pero Yo estaré contigo. Por eso te estoy enviando. Sabes que tú no puedes hacerlo. Yo estaré contigo.”

Un misionero sudamericano que conocí en Colombia a mediados de los años 80 tuvo que dejar al grupo indígena primitivo al que él y su familia servían. Debido a que no les fue posible regresar con esta aislada tribu, decidieron entrenar a otros latinos para misiones transculturales. Dios no sólo les ha dado muchas oportunidades de entrenar a otros, sino también de servir en varios otros ministerios.

En nuestra participación con este ministerio, hace algunos años nos dimos cuenta de una necesidad que sabíamos sería un verdadero reto que llevar a cabo. Parte de la visión era abrir un centro de entrenamiento en una lejana área

boscosa parecida a lugares donde pudieran trabajar muchos candidatos a misioneros. Se necesitarían un tractor, una camioneta, generadores eléctricos, herramientas, botes para transporte por río y materiales didácticos. Todo esto sería muy caro en los Estados Unidos, y en Sudamérica el precio sería aun más elevado de lo que cualquiera pudiera solventar. Otra dificultad era la falta de algunas de las cosas que se necesitaban en ese país. Oramos todos unidos. Junto con esta pareja de misioneros, Eunie y yo hicimos un viaje hacia las tierras donde querían poner el entrenamiento y oramos por todos los obstáculos que nos parecían imposibles.

Durante el siguiente año, muchos pequeños milagros se juntaron. Sin recaudar ni solicitar fondos, Dios juntó a Su pueblo para suplir todo. Teníamos casi todo: botes, motores, generadores, un tractor, herramientas y los materiales didácticos. Teníamos casi todo, pero nos faltaba todavía una camioneta 4x4. La única camioneta 4x4 que encontramos era la nuestra que teníamos para el trabajo en México. Fue donada hace algunos años por una pareja del Estado de Washington. Si enviábamos esta camioneta nos quedaríamos sin vehículo para nuestro trabajo en México. Otro problema era que la ley en ese país no permitía la importación de una camioneta usada.

Nuestros amigos y las iglesias de ese país que los apoyaban confiarían en Dios para hacer posible lo imposible: la importación, la liberación

aduanera, los impuestos y las tarifas portuarias. Nosotros confiaríamos en Él, para lo imposible: la provisión de estas cosas, y su embarque hacia Sudamérica. Todos esperábamos obtener un permiso especial de parte del gobierno. Ellos tenían una persona en un alto puesto en el gobierno, que trataba de obtener el permiso especial, pero fue transferida después de que el embarque venía en camino por lo que nuestras esperanzas se desvanecieron.

Hubo voluntarios de San Diego, y uno de Terrazas del Valle que estuvieron trabajando todo el día y parte de la noche cargando el contenedor de embarque de 12 metros que se encontraba en el estacionamiento de nuestra iglesia en San Diego. La mañana en que vendría la compañía transportista, Eunie y yo hicimos una llamada a Sudamérica. Todo había sido cargado, dejando el espacio justo para la camioneta. “¿Deberemos enviarla, y correr el riesgo de perder la camioneta y lo demás del contenedor?” preguntamos a nuestros amigos. Todos nos sentimos seguros de que la camioneta debería irse. Después de colgar el teléfono y ver la hora – no quedaba más tiempo. Nunca seré conocido como un hombre de mucha fe. Estaba seguro de que ellos deberían tener la camioneta, pero no así de correr el riesgo y hacerme responsable de ello ante todos nuestros colaboradores. Oramos y procedimos a subir la camioneta. Después de sujetarla bien, aseguramos las puertas y colocamos los sellos de embarque. Los de la compañía transportista

llegaron un poco después y se llevaron el contenedor de embarque.

Semanas más tarde me reuní con la pareja de misioneros en Sudamérica; Eunie se quedó para atender el trabajo en México. De los muchos eventos algo locos que nos sucedieron durante las siguientes tres semanas, tendré que dejar muchos fuera de esta historia. No será necesario mencionar que hicimos todo lo posible por sacar el contenedor del puerto. ¡Mis frustraciones y falta de fe también las voy a dejar fuera del relato!

El contenedor llegó al puerto sudamericano pero no había forma de que pudiera liberarlo de la aduana. Hicimos todo lo posible -- e imposible -- sin resultados. Inclusive teníamos a un capitán de la Guardia Nacional, un cristiano, que nos llevaba a donde no podían ir los civiles para abogar por nuestro caso. Acudimos a oficiales de alto rango del Ejército, la Armada y la Guardia Nacional buscando encontrar a alguien que pudiera abrirnos el camino.

Abogamos por nuestro caso ante las autoridades portuarias, los agentes aduanales y los militares que controlaban el puerto. Teníamos tarifas y cuotas que tendríamos que pagar que cada día se iban sumando por tener el contenedor todavía en el puerto.

Aun si no tuviéramos el problema de que la ley no permitía la importación de la camioneta, no había

forma de que alguno de nosotros pudiera pagar los impuestos, aranceles y recargos originados por las semanas que el embarque estaba varado en el puerto; y cada día continuaban acumulándose. Cada vez que batallo con “cuestiones de fe,” parece que Dios siempre envía a alguien a sacudirme. Por si fuera poco, había una ancianita que aumentaba mis dolores de cabeza. Cada vez que la veía, me recordaba que yo debía tener más fe. Era muy fácil para ella decirlo.

Las cosas fueron de “muy mal” a “súper mal.” Un día, nuestro amigo, el capitán, nos dijo que el embarque no sería liberado. Nuestra única posibilidad sería acudir al Presidente mismo, en la capital. Esta idea no me gustaba. Iríamos al Palacio Presidencial, el capitán entraría, y a través de los canales militares apropiados averiguaríamos donde podríamos interceptar al Presidente. Después de pasar por toda la seguridad, el misionero, el capitán y otro amigo me eligieron para hablar con el Presidente. Creo que me sentí como Moisés, pero mucho menos preparado.

Nos fuimos al lugar indicado y poco después, personal militar y de seguridad armado apareció por dondequiera. Un representante presidencial se aproximó y le comunicamos nuestra necesidad de hablar con el Presidente. El representante nos hizo pasar con el General que esperaba al Presidente. El General dijo que él se haría cargo de nosotros, hizo una llamada desde su teléfono

celular y nos dirigió a un coronel. El coronel fue muy amable, pero dijo que no podía ayudarnos. Lo que queríamos era imposible.

Entonces él nos envió con el funcionario de más alto rango de Hacienda y Aduanas para concertar una cita de último momento. Atravesamos la ciudad con mucha prisa y, al llegar, fuimos escoltados hacia un lujoso salón de conferencias. Estábamos sucios y sudorosos, y nuestro olor no era muy agradable después de corretear dos días por toda la ciudad. Después de nuestra reunión con el oficial de Hacienda, me dio su tarjeta, en la cuál escribió una nota dirigida a la autoridad del Puerto para que atendieran nuestro caso. Luego me dijo: “Estás en buenas manos.” Salimos apresuradamente de la oficina con su tarjeta, apurándonos para llegar antes del amanecer otra vez al puerto.

A la mañana siguiente, nuestra confianza se estrelló contra las rocas cuando la autoridad del puerto nos dijo que era ilegal lo que se le pedía. Se nos había terminado ya el dinero así como la esperanza. Si Dios no hacía un milagro para el siguiente día, perderíamos el contenedor. Nada había salido bien. Si acaso yo era misionero, me sentía como uno fracasado.

Llegó el día final, en el que tendríamos que aceptar nuestra derrota. Nos encontrábamos sentados en la oficina del agente aduanal cuando nos llegó un fax de la capital. Para mí en ese

momento, no fue gran cosa. Era la exoneración de algún impuesto. Es muy poco y es muy tarde, pensé. Un poco después llegó otro fax exonerándonos de los demás impuestos. Luego, llegó al escritorio de la autoridad del puerto un sobre con un elegante sello oficial del gobierno que contenía una orden oficial para que la camioneta pasara las aduanas. ¡Esto sí tenía que ser obra de Dios! Así que, aunque aún teníamos que enfrentar grandes recargos y aranceles portuarios, lo que siguió sólo pudo ser un milagro.

Salíamos corriendo de una oficina a otra, exhaustos y emocionados. Aunque sabíamos que debíamos mucho dinero a cinco diferentes agencias, cada agencia exoneró la tarifa, cargo o cuota. Era imposible, pero sucedió de alguna forma y todo en el último día, a última hora.

Era viernes ya tarde y el puerto estaba a punto de cerrar por el fin de semana. Por ningún lugar encontrábamos un camión para mover nuestro contenedor. Finalmente el agente aduanal nos consiguió un camión pero estaba literalmente desbaratándose. Rápidamente contratamos al chofer y nos dirigimos al puerto. Una vez más se nos negó el acceso al contenedor.

El chofer estaba enojado y molesto. Esta vez me sentía seguro de que en realidad estábamos “en buenas manos” y le dije: “No te preocupes. Observa. Estás a punto de presenciar un milagro.” Aun yo – con mi limitada fe – estaba

seguro que Dios haría algo. Nunca olvidaré su expresión de asombro cuando vio que salíamos con la carga a través de las resguardadas puertas, contra todas las normas y reglas ordinarias. Me senté en una cubeta entre el conductor y mi amigo el misionero. Mientras nos alejábamos ruidosamente del puerto, pasamos una estatua de algún santo católico, de buena suerte, patrón del camino. El conductor sonó el claxon, hizo la señal de la cruz y besó algún objeto religioso que portaba. ¡Debió haber hecho algo más que eso!

Cerca de la media noche, el sistema eléctrico del camión se quemó. El conducir por esas peligrosas montañas con los frenos desgastados repentinamente se complicó por el hecho de que no podíamos ver. Nos hicimos a un lado del angosto camino y colgamos nuestras hamacas debajo del camión. Los zancudos y mosquitos nos encontraron inmediatamente y las esperanzas de dormir se desvanecieron mientras el zumbido de los mosquitos aumentaba. Intentamos dormir por unas horas, luego nos dimos por vencidos. Descolgamos nuestras hamacas y otro camión grande nos dio un jalón con una cadena para poder arrancar el motor ya que solo no podía debido a la quemazón eléctrica.

Continuamos por la carretera lentamente a la luz de la luna. Unas horas antes de llegar a nuestro destino, vimos que las ramas de los árboles que bordeaban el camino estaban muy abajo y no dejarían pasar el camión. El conductor pensó que

si avanzábamos a buena velocidad podríamos romper las ramas. Así que avanzamos dejando grandes ramas tiradas por toda la autopista. El ruido al golpear los árboles era tremendo.

Después de catorce horas de camino, llegamos y descargamos esta provisión de Dios para Su pueblo, a Su tiempo y a Su manera. Como siempre, Dios no me consultó sobre cómo yo lo hubiera hecho mejor. La anciana cristiana del pueblo se rió de mí y señalándome con el dedo, jubilósamente, me recordó: “Sólo tienes que creer; tienes que tener más fe.” Es fácil para usted decirlo, pensé de nuevo, pero esta vez me sentí feliz de estar de acuerdo con ella.

De vez en cuando Dios hace milagros con las cosas “materiales.” Esto nos anima porque gran parte de la vida se relaciona con este “material,” sin embargo, entre todas las cosas, éstas son las menos importantes. Por muy grandes que nos puedan parecer, son aun más grandes los milagros que Dios quiere hacer en nosotros. Sí, a todos nos encanta ver que sucedan grandes cosas, pero mucho más valiosas son esas pequeñas cosas que Él hace en nuestras vidas. Dios quiere que no sólo recordemos que Él es capaz, sino que nosotros somos incapaces. Y claro, necesitamos, como dice mi amiga, la anciana, con su confiada sonrisa: “Hay que tener más fe. ¡Sólo debes creer!”



¡El único camión disponible!

Reflexiones Del Amazonas

Los misioneros, como todo el mundo, aprenden de quiénes les rodean. Quiénes están a nuestro alrededor, nos dan perspectiva, sabor y desafío a nuestras vidas.

A principios de 2001 estuve en Sudamérica, viajando a través del río, visité lejanas comunidades e indígenas que he conocido desde hace muchos años.

Después de muchas horas por el río, bajo el ardiente sol, al segundo día de nuestro viaje en bote, nos aproximamos a las cascadas. Conduje el bote a través de las turbulentas aguas hacia la base de la cascada. Mi amigo indígena y yo descargamos lo que quedaba de los 50 galones de combustible, el motor fuera de borda, las medicinas y nuestras provisiones. Las llevamos a la parte superior de la cascada antes de también arrastrar hacia arriba el pequeño bote. Ya entrada la tarde, llegamos a una aldea indígena, pero no encontramos a nadie. Poco después encontramos a toda la gente junto a un riachuelo en la selva.

Estaban pasando por una escasez de comida y estaban acampando en la selva, buscando diariamente algo para comer. Faltaba aún mucho para que sus siembras de plátanos, raíces y otras cosas dieran fruto.

Al llegar nosotros, encontramos algunos enfermos que necesitaban atención médica. Una mujer

estaba a punto de morir. Aun recibiendo atención médica inmediata, pensábamos que seguramente moriría. A media noche, fuimos a verla a su hamaca; entre tanto, el curandero intentaba frenéticamente sacarle la causa o el espíritu de su enfermedad. Le tomé la temperatura – un poquito más de 40.5 grados. Después de darle más medicina y un baño de agua fría, se durmió, su débil respiración apenas se escuchaba.

La siguiente noche, todos estaban un poco más tranquilos en el pequeño campamento selvático. La mujer indígena no había mejorado mucho, pero la medicina había empezado a revertir la enfermedad. Mi amigo indígena habló con la gente hasta muy tarde. Le escuchaban mientras se mecían lentamente en sus hamacas al lado de las pequeñas fogatas que alumbraban la selva y el campamento. A pesar de que había ya olvidado mucho de su lenguaje en los últimos años, cuando él comenzó a hablarles acerca de los extranjeros, tomé mi cuaderno y a la luz del fuego empecé a anotar sus palabras. Hace tiempo, este hermano indígena fue en un viaje fuera de la selva y nos observó a “los extranjeros” detalladamente y con curiosidad.

Muchas fueron sus observaciones. Algunas fueron graciosas. Sin embargo, una de ellas fue una lección para mí esa noche. Le contó a este grupo primitivo algunas cosas que para ellos eran imposibles de entender. Les dijo que la avioneta que ellos han visto algunas veces volando muy por encima de su selva, era sólo un bebé. Los

extranjeros tienen grandes aviones, realmente enormes. ¡Son tan grandes que tienes que subir por una escalera para entrar en ellos! Les dijo que todos los habitantes de cuatro diferentes aldeas conocidas por ellos podrían caber en el avión y “aún estaría vacío,” algo para ellos imposible de imaginar.

Mientras él seguía hablando, yo escuchaba a la gente comentar y exclamar con asombro por todo lo que les decía. Les contó de las “máquinas” que tienen los extranjeros, que son como el bote en el que llegamos, y que corren con rapidez, pero en el suelo (los automóviles). Era imposible que ellos se pudieran imaginar tal cosa. Se asombraron aun más cuando les dijo que estas máquinas llevaban dos linternas como la que tiene el extranjero, refiriéndose a la mía. “Viajan muy rápido en la oscuridad de la noche con sus linternas. Todos los extranjeros las tienen. Si uno de ellos se aproxima demasiado a otro, éste hará un ruido muy fuerte, ‘pii, pii’ para avisarle que está enojado y que se retire de su máquina inmediatamente.”

Les dijo que él mismo había visto estas cosas y que había estado en una de esas máquinas que corren en el suelo. Todo esto desató una gran conversación entre la gente, que expresaba enfáticamente su asombro y temor por la selva de los extranjeros. Hubo otras cosas que les contó acerca de nosotros y nuestra cultura que les fue interesante escuchar desde su punto de vista, sin embargo, la última, más que

entretenida, fue reflexiva.

Su comentario produjo expresiones de asombro entre ellos, pero en mí despertó tristeza. Continuó diciendo: “Los extranjeros nunca tienen hambre. A dondequiera que van, hay comida y siempre están comiendo. Hay mucha comida en su selva y siempre están comiendo. Nunca tienen hambre.”

Con esto, hubo aun más expresiones de asombro de esta gente que básicamente vive con hambre. No tienen ni la más remota idea de cuánto tenemos, ni tampoco podrían comprender la expresión verbal tan común que se escucha en nuestra selva (nuestra tierra), “Tíralo, ya no puedo comer más. Estoy lleno.”

Cuando nos acostumbramos a ciertas bendiciones, tendemos a olvidarnos de apreciar lo que tenemos y de ser agradecidos. Aun más, podemos adoptar la actitud de que tenemos derecho a tener, utilizar y hasta desperdiciar esas cosas y de que merecemos en abundancia lo que deseamos. Esto está más allá de la imaginación de mucha gente en el resto del mundo.

La gratitud es una disposición poderosa. Nos hace ser un poco más humildes y agradecidos. Puede aun llevarnos a ser algo así como diligentes mayordomos, contrariamente a sentir que merecemos tanta abundancia. Podría desafiarnos a vivir una vida más sencilla. La gratitud es también la más pura motivación de

todo verdadero ministerio, aunque parece haber poco de ella en muchos ministerios conocidos hoy en día. Es fabuloso tener en abundancia, pero más valioso aún es darnos cuenta que sólo es una mayordomía. Cómo cambia la vida cuando vivimos sinceramente agradecidos aun por las cosas más pequeñas.

No pude evitar pensar, “¿Cómo serían nuestras vidas de cristianos si tan sólo de vez en cuando estuviéramos la mitad de lo sorprendidos que estaban mis amigos indígenas de cuán bendecidos realmente somos? ¿Cómo puede este entendimiento aumentar hoy mi gratitud y desafiar mi vida cristiana hacia un nivel más alto?”

Las fogatas se consumieron y todos se quedaron dormidos en la oscuridad. Los sonidos de la selva, ranas, pájaros, animales, truenos y lluvia a distancia ahogaron los últimos comentarios; sin embargo yo tuve que pensar un poco más.

Años atrás me había impresionado otra lección que aprendí en compañía de amigos indígenas y otro amigo de los Estados Unidos que me acompañaba.

Viajábamos en una canoa larga, a través de tres ríos, finalizando con un largo trayecto por un angosto arroyo hacia una comunidad en la que trabajaríamos. Aunque los ríos estaban bajos debido a la falta de lluvia, navegamos los tres ríos sin problema. Pero en el último, un angosto

arroyo, fue otra la historia. Había innumerables árboles caídos sobre el río. Las bajas aguas nos mostraron muchos obstáculos que normalmente son cubiertos por ellas.

Mientras yo conducía el motor fuera de borda por entre las rocas, grandes ramas y árboles caídos, caimanes y grandes mantarayas se fugaban en las aguas poco profundas. Si encontrábamos un árbol caído parcialmente sumergido en el agua, pasábamos la canoa por encima de él a toda velocidad. En el último momento cortaba el acelerador y levantaba el motor para evitar golpearlo contra el árbol. Aunque “saltamos” por encima de muchos árboles, hubo otros que tuvimos que cortar.

Al final del primer día todos teníamos ampollas abiertas de tanto usar el hacha. No llevábamos nada de comida con nosotros porque habíamos anticipado llegar a la comunidad antes del anochecer. Cuando oscureció, nos paramos. Colgamos nuestras hamacas, y agotados nos dormimos.

Al día siguiente despertamos temprano y continuamos. Ya entrado el día, todos estábamos más que agotados, nuestras manos estaban destrozadas y teníamos mucha hambre. Yo estaba en la parte trasera de la canoa conduciendo el motor fuera de borda.

Mientras dábamos una vuelta cerrada por el río, de pronto un indígena del frente de la canoa

empezó a agitar los brazos. Apagué el motor y comenzamos a deslizarnos hacia atrás. Lo que estaba fuera de mi vista es lo que a los indígenas de adelante les emocionaba—la cena.

Vi sólo un poco de ello mientras retrocedíamos lentamente. Parecía un enorme neumático tirado en la orilla del río. ¡Una enorme serpiente! La canoa se detuvo de pronto pues la parte trasera donde yo estaba alcanzó la orilla. Todos estábamos emocionados. ¡Cenaríamos esta noche!

Debí haberlo pensado dos veces. A ellos les pareció que yo debía tomar la escopeta puesto que yo estaba justo a la orilla donde se detuvo la canoa. Mientras me quedaba en la canoa con la escopeta en la mano, los ademanes y expresiones afirmativas de los demás no parecían darme ninguna valentía. El avispado indígena que estaba junto a mí pudo ver que yo no estaba muy animado a subir por el barranco del río para enfrentar a la serpiente solo. Así que se paró también y dijo: “Vamos.”

Pensé que si él no estaba preocupado, yo tampoco lo estaría. Al empezar a subir por la ribera del río, susurró: “Dispárale a la cabeza.”

Cuando llegamos a la parte alta de la orilla, repentinamente se me quitó el hambre. A sólo dos metros frente a nosotros estaba una gigante anaconda dormida.

Mi compañero estaba justo detrás de mí, dándome ánimo. Levanté el arma y lentamente avancé hacia un lado de la anaconda. Apuntándole a la cabeza, mi nerviosismo desapareció mientras jalaba el gatillo. Pero en lugar del esperado “pum,” se escuchó un inquietante “click.” Después del “click” tuve la sensación de estar en una horrible película de terror. No podía creerlo. De pronto me sentí tan impotente.

Algunas veces los cartuchos de escopeta no se disparan a la primera. Rápidamente jalé de nuevo el martillo, apunté, y para mi incredulidad, se oyó otro “click” en vez de un “pum.”

Antes de que yo pudiera preocuparme de por qué el arma no había disparado la segunda vez, la anaconda se despertó. Su enorme cabeza volteó hacia mí y en una fracción de segundo arremetió contra mi cara. Creo que ser feo tiene sus ventajas. De alguna manera debí parecerle a la anaconda más feo de lo que ella me pareció a mí, porque después de verme la cara se hizo a un lado y bajó al río, dirigiéndose hacia la canoa. Permanecí ahí viendo cómo se extendía esa enorme serpiente, arrojándose al río.

Estaba asombrado. Me di vuelta para ver la expresión de mi amigo indígena, pero él ya no estaba detrás de mí. Tan pronto como yo había levantado la escopeta para dispararle a la anaconda, él había corrido de regreso a la canoa.

Descendí hacia la orilla. Todos estaban tan asustados que no querían hablar; sentados, se miraban unos a otros. No habían escuchado nada cuando de repente se les apareció una “anaconda voladora,” que venía bajando hacia ellos, pasando por debajo de la canoa, para finalmente perderse en el río.

El cartucho que falló me hace pensar que con frecuencia depositamos nuestra fe en que las cosas saldrán bien de una forma u otra. Pero no siempre sucede como creemos que debería suceder. Esto puede servirnos como un recordatorio para mantener en orden nuestras prioridades y valores de vida.

Aunque hubiera sido bueno cenar esa noche, de cualquier manera fue mejor ir a la hamaca sin haber sido la cena. Jeff Hummel, de Pensilvania, fue un gran estímulo para todos en este viaje y tomó todo con una buena actitud, incluyendo la “anaconda voladora” que descendió desde arriba hacia él y los indígenas, a la orilla del río.

Aparte del trabajo que fuimos a hacer ahí, el hermano Hummel había reunido fondos para obtener medicinas contra la malaria, las cuales no se podían conseguir en ese país. Debido a su esfuerzo, se salvaron varias vidas.

¡Cada vez una nueva lección! Arranqué el motor y continuamos por el río. Llegamos a la aldea ya tarde el siguiente día.



Rumbo a una aldea severamente afectada por la epidemia de malaria

Ideas Erróneas

A finales de los años 70 y a principios de los 80, yo, como incontables otras personas, tenía muchas ideas erróneas acerca de los misioneros y de quienes los “apoyan.” No pasó mucho tiempo, sin embargo, para que estas ideas recibieran un ajuste. Al estar trabajando con grupos, iglesias y misiones en Norte, Centro y Sudamérica, me di cuenta que a varios niveles prevalecían ideas erróneas respecto a la vida misionera y a quienes colaboran en ella. Estas ideas erróneas nos han llegado a preocupar porque tienden a contribuir a una cantidad de premisas muy dañinas.

A mediados de los años 90, estas preocupaciones nos llevaron a escribir un artículo de dos partes que se publicó en la revista de la Misión Nuevas Tribus “Brown Gold.”

- Primera Parte -

Ideas Erróneas:

Nos quedamos con estereotipos de misiones que necesitan ser actualizados.

“Este misionero fue perseguido por un jaguar. Luchó con un caimán, matándolo con sus manos para tener con qué alimentar a su familia cuando se les había terminado la comida.

Cuando estaba entrando a una aldea a enseñar la Palabra, le dieron en el hombro con una flecha de 2 metros. En otro viaje que hizo para llevar la Palabra de Dios a una aldea no alcanzada, una boa de 4 metros salió de la espesa selva, enredando a nuestro misionero y por poco lo mata.

Después de caminar cinco días en la selva, sin comida, se encontró en medio de una guerra entre tribus, las flechas volaban de un lado a otro.

Mientras tanto, su esposa lavaba ropa a orillas del río cuando las pirañas la atacaron. Sangraba mucho debido al brutal ataque y aunque estaba a punto de desmayarse, aún se pudo coser sus propias heridas con una aguja e hilo de coser.”

Con esta introducción, el pastor de la “Primera Iglesia” presentó a la familia misionera que estaba de regreso del campo misionero en su estancia sabática. Junto a él se encontraba el esposo, flaco, quizá de unos 55 kilos y 1.70 metros; la frágil esposa saludó a la congregación casi con voz inaudible.

Las primeras palabras que el misionero compartió fueron: “Nosotros, en el campo misionero no somos diferentes a los demás. Nuestras luchas son las mismas que las de ustedes. Batallamos con nuestra carne igual que ustedes. Nadie necesita un llamado especial para

las misiones transculturales, las misiones son para gente común...”

Los ojos de los miembros de la congregación se pusieron tan grandes como los faros de un camión. Un profesor, con su familia de cinco miembros, sentado en la primera fila pensaba para sí: “¡Gente común! Esta gente me parece muy lejos de ser común. ¿Qué quiere decir con que no se necesita un llamado especial? Que me lancen flechas, que me ataquen tigres y serpientes gigantes y matar bestias salvajes sólo para poder tener el desayuno no es mi idea de una profesión. Para vivir así, necesitaría un muy, muy especial llamado de Dios.”

Aunque la cara de las misiones mundiales ha cambiado mucho en la década pasada, y está cambiando a un ritmo creciente, muchos de nosotros todavía vemos a los misioneros como una raza especial de otra época. ¿No es extraño que muchos sostengan la idea de que los misioneros son diferentes, no tan ordinarios, y que se dude de lo que proclaman, que no se necesita un llamado especial para vivir tal vida salvaje?

La verdad es que las circunstancias, situaciones y estilos de vida, varían en el campo misionero tal como sucede en casa. Nos quedamos, sin embargo, con estereotipos de misiones que requieren ser actualizados. Lo que muchos misioneros han estado tratando de comunicar a nuestras iglesias no es tanto la idea de que la

vida en otros lugares es comparable con la de ellas, y que los retos de la vida que uno enfrenta son similares. Generalmente no lo son. Sin embargo, cuando un misionero dice que sus vidas allá en el campo misionero transcultural no son diferentes a las nuestras aquí, puede más bien estar refiriéndose a un asunto más interno que no se puede explicar tan fácilmente, pero irónicamente, es algo que podemos fácilmente identificar.

Aquí va: La vida en esos lugares puede en verdad ser diferente, pero su enfoque está en aquéllo que refleja un cambio que Dios hace surgir en nosotros, cautivando al hombre interior, encendiendo el deseo de caminar con Jesús, a llevar su Palabra a los perdidos, aun yendo a tierras lejanas a compartir Su Palabra de vida. Éste es el fuego de vida que tiene un significado para *todos* los creyentes.

Todos necesitamos ser desafiados--nuestra fe necesita ser desafiada--pero es Dios quien dará la mejor dirección geográfica. Lo más importante es *quiénes somos, no a dónde vamos*. Así que ya sea que te sientas o no como un ansioso voluntario para las misiones transculturales, la verdadera raíz del asunto es caminar “en Jesús,” no tanto caminar “siguiendo a Jesús.” Tratándose del interés en las misiones, deberíamos buscar ser mejores cristianos que misioneros. ¡Un buen misionero puede ser enviado a casa!

Veamos Marcos 5. Un hombre poseído por un demonio fue liberado por Jesús. Este hombre vivía en tinieblas, esclavizado por el enemigo, quien buscaba destruirlo física y espiritualmente. Este hombre se enamoró de Jesús y de inmediato estuvo dispuesto a hacer cualquier cosa por Él y hasta buscó ir con Jesús a otras aldeas. ¡Aún así, este misionero fue enviado a casa!

“Al volver Jesús a la barca, el hombre que había estado endemoniado le rogó que lo dejara ir con él. Pero Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: ‘Vete a tu casa, con tus parientes, y cuéntales todo lo que el Señor te ha hecho, y cómo ha tenido compasión de ti.’ El hombre se fue, y comenzó a contar por los pueblos de Decápolis lo que Jesús había hecho por él; y todos se quedaron admirados.” (Marcos 5:18-20)

Si alguna cosa falta en nuestras iglesias más que cualquier otra, y aun en nuestros campos misioneros es, sobre todo, nuestra falta de gratitud, la cual da vida a todo testimonio, e inspira a muchos a venir a Jesús, preguntándole, “¿Dónde me quieres usar, Señor?”

Para terminar, el campo misionero transcultural es realmente parecido al lugar donde vivimos de algunas maneras. En ambos lugares se necesitan “buenos misioneros.” Así que, ya sea que se haya inscrito para ir a un lugar lejano, o que Dios le haya mantenido trabajando en su tierra - el lugar es de menos importancia.

Después de todo, tal vez no sea bueno para matar caimanes o huir de los tigres y de las víboras (¡pero por favor, ore por aquéllos que sí lo hacen!). Las misiones en el extranjero han cambiado mucho, pero el fuego que las motiva no. Este fuego necesita ser reavivado.

“El hombre se fue, y comenzó a contar por los pueblos de Decápolis lo que Jesús había hecho por él; y todos se quedaron admirados.” (Marcos 5:20)

- Segunda Parte -

Ideas Erróneas

¿Cómo pueden las misiones encajar en la vida de una persona común?

Se despierta temprano y sale de su casa antes que sus hijos se despierten. Lucha contra el tráfico y debe mantener una agenda casi imposible de cumplir. Con sus propias manos debe cumplir tareas increíbles para ganar un ingreso con el cual alimentar a su familia. Vive y trabaja en un ambiente generalmente caracterizado por gestos y/o charlas inmorales y ofensivas. Debe luchar con límites de tiempo, cupos y exigencias como parte de su vida diaria para proveer para su familia y ¡ay! - por medio de sus ofrendas - ¡hacer posible que los esfuerzos misioneros avancen para alcanzar a las tribus perdidas con el evangelio de Jesucristo! Sí, éste

es la heroica persona a quien comúnmente se le conoce como “persona que apoya.”

Las ideas tradicionales nos han dejado con curiosas percepciones de los misioneros extranjeros, más no son ellos los únicos que portan un estereotipo equivocado. Se ha dicho: “Si usted no puede ir a un campo misionero, puede, *al menos*, dar para que alguien más pueda ir.” Eso suena como una tarea de menos importancia. ¿Es posible que haya un prejuicio en contra de aquéllos que no necesariamente tengan el don para hacer un servicio en el extranjero? ¿Puede que haya algunas ideas erróneas en cuanto al papel del colaborador?

¿Ha tenido alguna vez la sensación de que es tan bueno como lo sea la medida de su apoyo financiero cuando se trata de las misiones? ¡Usted es más importante que su billetera! Me permito recordarle que aunque no todo creyente tenga el deber de vivir “un estilo de vida misionero,” todo creyente tiene el deber de vivir un “estilo de vida cristiano.” Un creyente en los días de Jesús quería seguirle, más Jesús le dio otra tarea importante: “*Vete a tu casa... y cuéntales.*” (Marcos 5:18-20).

No debemos cometer el error de ver nuestra participación o llamado como exclusivamente geográfico o como una tarea orientada a un determinado campo de acción. Es más importante quiénes somos en Cristo, que dónde vivimos o qué hacemos. En las misiones de hoy

necesitamos un doble análisis constructivo, tanto en el campo misionero en el extranjero como en el de casa. Las ideas erróneas prevalecen.

Así que es posible que usted sea uno de esas personas que Dios ha escogido para usar en casa, pero puede ser que usted tenga el deseo de ser parte de lo que Dios está haciendo para alcanzar a los perdidos en el extranjero.

Pero ¿cómo pueden las misiones encajar en la vida de un tipo común?

Después de todo, entre ir y venir del trabajo, asistir a la iglesia dos veces por semana y tratar de balancear la familia y el ministerio en la comunidad, la verdad, no queda mucho tiempo. Y después de ir por los víveres para poner la comida en la mesa, el pago de la renta o de la hipoteca de la casa y otras cuentas, es posible que no quede mucho dinero. Podría usted preguntarse, ¿qué podríamos mi familia y yo hacer para que los perdidos puedan ser alcanzados?

Me gustaría darle las siguientes sugerencias a quienes desean hacer más por las misiones pero tienen tiempo y/o finanzas limitados.

1. Considérese a usted mismo como miembro de un equipo. Si ora o da a un misionero regularmente, yo no le consideraría un patrocinador, sino un socio, un miembro del equipo.

2. Aunque una sociedad o un equipo, requiere que cada participante lleve a cabo ciertas tareas, recuerde que la persona que está en el campo misionero no puede hacer su parte si nosotros en casa no hacemos la nuestra. ¡El de casa es igualmente importante!
3. Ya sea en el campo misionero o en casa, cada uno de nosotros como cristianos necesita evaluar las prioridades y lo que consideramos como “necesidades.” Todos nosotros podemos hacer ajustes en nuestro estilo de vida para la edificación del Reino.
4. No solamente ores por un misionero, pídele a él que ore también por ti. Los misioneros no son los únicos que necesitan oración. No pienses que están demasiado ocupados. No pueden darse el lujo de estar tan ocupados como para no orar por ti, así como tú puedes apartar tiempo para orar por ellos.
5. Intercambie dos o tres peticiones de oración con su “socio” misionero. Sea específico y personal, y pídale a su misionero que haga lo mismo.
6. Tómese ese tiempo que pasa en el camino yendo al trabajo o de compras para ponerse a orar por su misionero. Aun si sólo viaja cinco o diez minutos, ese tiempo de oración es mucho más del que muchos cristianos pasan orando en casa.

7. Rompa ese estereotipo de ser un “apoyador de misiones,” que se sienta una vez al mes a enviar un cheque de apoyo. No se trata de eso. ¡Qué idea tan errónea! Usted es un miembro vital de una sociedad, de un equipo muy importante.

Las Piezas del Rompecabezas

Aunque Dios me ha permitido el privilegio de servir en la selva y en varios países, el lugar donde he pasado la mayor parte de mi ministerio ha sido en México, hasta la fecha. Los años de trabajo hasta el día en que escribo estas líneas han estado llenos tanto de alegres como de tristes experiencias, violencia y libertad, gran compañerismo y profunda soledad. Algunas cosas son difíciles de describir, otras, lo mejor es no mencionarlas.

Al principio de este pequeño libro dije: “El siguiente relato no es una reflexión acerca de los eventos, cambios o logros de ninguna persona, sino más bien es una serie de eventos que reflejan un proceso del avance del Espíritu de Dios, al ser estorbado por el pecado y muchas deficiencias.”

Nuestras vidas son como un rompecabezas que lentamente se van armando. Todas las piezas juegan un papel en el drama de la vida, algunas son grandes, otras más pequeñas. Han pasado casi tres décadas desde que empecé a escribir lo que se convertiría en este libro. Me doy cuenta con tristeza de muchos defectos en mi vida, más ahora que hace veinte o veinticinco años. En mi vida, espero que cada pieza del rompecabezas me siga haciendo reflexionar más aún en la persona, el amor y la gracia de Dios. Aun en esta esperanza, yo sé que me quedo corto. Al terminar estas páginas finales, me regreso para

ver su contenido. He compartido algunas cosas personales las cuales confío, espero y oro que sean de alguna manera de ánimo y ayuda para quiénes las han considerado.

No creo tanto que cada uno de nosotros esté en diferentes niveles de crecimiento espiritual, sino más bien que todos nosotros estamos creciendo espiritualmente en diferentes áreas de la vida. Dios quiere alinear nuestras vidas de una manera en la que solamente Él es capaz, en un mundo tan lleno de desilusión, dolor, tragedia y vanidad que a todos nos afectan. Algunos de nosotros, que estamos muy ocupados con muchas cosas, incluso con “cosas cristianas,” podemos encontrar que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que le dimos mucha atención a la manera en que el “rompecabezas” de nuestra vida se está armando. Es posible que se nos dificulte “equilibrar” las diferentes piezas de la vida conforme viajamos por sus estaciones. Aun así, cada uno de nosotros tenemos el poder para determinar qué tanto de nuestra atención va a darse para el desarrollo de nuestra fe a través del rompecabezas que es nuestra vida.

La única diferencia real entre los cristianos es que algunos viven su fe, mientras que otros ni siquiera piensan mucho en ello. Mientras que algunos buscan conformar sus vidas a la Palabra de Dios, otros tratan de acomodar la Palabra de Dios a sus propias vidas y valores. Cada uno decide cómo edifica sobre ese fundamento que es Cristo. (1 Corintios 3:10-15).

¿Está usted, amigo mío, teniendo dificultad para poner las piezas en los lugares correctos? ¡Que estas páginas le sirvan de desafío y de aliento! ¡Si usted está luchando, no está solo! Pelee la buena batalla, termine la carrera, mantenga la fe; Dios está armando su vida. ¿Es usted alguien que ha luchado para ver cómo puede encajar su vida en el “cuadro completo” de la vida o ha luchado para reconciliar su fe con lo demás de la vida? ¿O siente que debe haber más en cuanto a su “vida cristiana,” pero tal parece que no puede encontrarla? Ahí está, no se desanime, mi apreciado amigo. Siga buscando; puede ser que esté más cerca de lo que se imagina. Cada pieza del rompecabezas tiene su lugar.

El año pasado estuve por un corto tiempo en Venezuela. Durante parte de ese tiempo, pude volver a viajar varios días por el río para visitar a un grupo de indígenas que había conocido hacía años. Me llevé conmigo a un amigo indígena a quién había conocido hacía casi 30 años. En ese entonces y hasta la fecha, lo he visto como un creyente comprometido. He visto cómo Dios ha trabajado desde entonces en y a través de su vida. Su constante perspectiva eterna acompañada de su firme preocupación por su gente me han inspirado profundamente. Hay mucho que podría yo decir acerca de esta persona, su fe y su valiente testimonio. Hemos viajado juntos muchas veces a aldeas distantes.

Hace muchos años, viajamos lentamente de noche por el río y encontramos una aldea. La

gente corrió emocionada hasta la orilla del río, llevando antorchas para ver quiénes éramos. Nos llevaron a la aldea a pasar la noche. Ya cuando llegamos a la aldea, un shamán salió y nos preguntó qué hacíamos allí. Él estaba muy molesto porque sus espíritus se habían asustado con nuestra llegada. Se burló de mi amigo y trató de poner a la gente en nuestra contra.

Yo estaba cansado, pues había navegado todo el día conduciendo el bote, así que colgué mi hamaca y me fui directo a dormir. Ya muy noche, mi compañero oyó a la gente que tramaba hacernos daño. En la madrugada, oscuro todavía, me despertó. Sin hacer ningún ruido descolgamos las hamacas y salimos por una pequeña abertura en la pared de la aldea que daba a la jungla. Salimos a toda prisa hacia la canoa, arranqué el motor y nos internamos en la espesa niebla.

Unos años más tarde, él quería regresar a hablar con la gente de ahí. Regresamos por el río hasta llegar a la vereda que llevaba del río a la aldea. Había muchos bejucos, así que, con el machete, nos tuvimos que abrir camino. Al llegar encontramos una aldea vacía, con manchas en el suelo por toda la aldea, como rastro de los cuerpos de los muertos que habían quemado. Casi toda la gente había muerto de una epidemia de malaria y los sobrevivientes habían quemado los cadáveres. Conforme caminábamos en silencio alrededor de la aldea, vi la profunda tristeza en los ojos de este amigo que esperaba

poder ayudarlos.

Aunque está un poco más viejo ya (¡me imagino que yo también!), sigue firmemente andando en el camino de Dios. El año pasado, mientras regresábamos por el río, después de visitar unas aldeas, nos hicimos a la orilla y nos detuvimos para pasar la noche. Despejamos un área para acampar y colgar nuestras hamacas. Después de juntar leña y encender una fogata, nos sentamos en nuestras hamacas y comenzamos a platicar. Le pregunté por diferentes personas que habíamos conocido a través de los años. Habló con una profunda tristeza de aquéllos que habían oído la Palabra de Dios, pero que no estaban siguiendo Su camino. Habló por un buen rato.

Mientras hablaba, parecía estar más conmovido al recordar a aquéllos que habían “arrojado el habla de Dios” para irse por otros caminos, caminos que les habían traído mucho dolor y tristeza. Hizo una pequeña pausa, miró hacia el suelo, luego dio un salto al lado de la fogata, golpeándose el pecho. Y con una convicción abrumadora alzó su voz, “¡Pero yo nunca lo voy a desechar! ¡Jesucristo es mío! ¡Él es mío y nunca arrojaré al Gran Espíritu! ¡Él es el único camino!” Creo que no se suena tan impactante en español, pero se entiende el mensaje.

Explorando el significado, el propósito y la suma de todas las búsquedas de la vida, ¿ha llegado usted también a esta misma abrumadora convicción? ¿Puede usted decir con nuestro

amigo del Amazonas: “Sí, Él es el único camino, Él es mi único camino”?

Cuando Jesús llamaba a personas en lo particular a que lo siguieran, ellos caminaban con Él, no tanto siguiéndole a Él. Haríamos bien en acercarnos un poco más al Señor, a no estar tan entregados a los valores y búsquedas insignificantes de esta vida, a costa de las cosas de mayor valor.

“Las cosas de mayor valor” se ven con más claridad cuando las comparamos con las otras búsquedas de la vida que se oponen a ellas. ¿Cuáles son estas “cosas de mayor valor”?

*Amar al Señor tu Dios
con todo tu corazón
y con toda tu alma
y con toda tu mente
y con todas tus fuerzas...*

*y amar a tu prójimo como a ti mismo.
No existe mandamiento mayor que éste.*

Así que, *De Vez En Cuando*, tómese algún tiempo para mirar hacia atrás, reflexionar, reevaluar. Lo breve de la vida no nos permite hacer muchas de esas paradas. Por eso, de vez en cuando, tómese un tiempo para mirar atrás, recordar, meditar y reflexionar.

Reflexione en las vidas, experiencias, lugares y eventos que han formado y alterado su ser,

sus valores, su perspectiva y sus propósitos en la vida. Tómese un tiempo para agradecer a Dios por quién y qué es usted en Él, por lo que tiene y, si es posible, aun por sus dolores, sus pérdidas y sus desilusiones. La vida es corta. Hagamos lo mejor de ella para la eternidad. Mantengamos nuestros ojos en Jesús, el Autor y Perfeccionador de nuestra fe.

Ahora es el momento, el mañana puede no llegar. Jesús está ante nosotros, ante una gran multitud y llama otra vez...

Acerca del Autor

Rick (Ricardo) Johnson es fundador y director de International Action Ministries (Ministerios de Acción Internacional). Junto con su esposa Eunice, sigue ministrando en aldeas y comunidades como las que se mencionan en este libro.

Su obra les permite a otras personas colaborar con ellos y con las personas con quienes están sirviendo. El ministerio se está multiplicando por medio de la enseñanza y discipulado a otras personas para que puedan andar con el Salvador, obedeciendo todas las cosas que Él nos ha mandado.

Cualquier donativo que venga por medio de esta publicación será utilizado para la obra de International Action Ministries. Todo donativo se utiliza para ofrecer oportunidades a los que menos tienen y para ver a quienes son el enfoque del ministerio de hoy, convertirse en los ministros de mañana.

Rick y Eunice Johnson
International Action Ministries
2610 Galveston Street
San Diego, California 92110

iamaccion@gmail.com

